HIJOS DE LA ARGENTINA
(DONDEQUIERA QUE ESTÉN)

ANALÍA SIVAK

eudeba

Hijos de la Argentina

(Dondequiera que estén)

Analía Sivak

eudeba

Sivak,
Analia
Hijos
de la
Argentina
:
donde
quiera
que
estén...
. - 1a
ed. -
Ciudad
Autónoma
de
Buenos
Aires :
Eudeba,
2015.
E-Book.
ISBN
978-950-23-2423-4
1.
Derechos
Humanos.
I.
Título
CDD 323

Eudeba
Universidad de Buenos Aires
1º edición digital: Abril de 2015

© 2014
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: *Sue Takahashi*

Queda
rigurosamente
prohibida,
sin la
autorización
escrita
de los
titulares
del
“Copyright”,

bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.
ISBN edición digital (ePub): ISBN 978-950-23-2423-4

rain-books digitalizaciones
www.rain-books.com

Índice

Presentación
Analía Sivak

Prólogo
Luis Moreno Ocampo

Marianela

Alexis

Carolina

Tati

Lucila

Juan

Paulina

Martín

Juan Diego

Presentación

Los nueve entrevistados en este libro son hijos de desaparecidos o asesinados durante los meses previos y durante los años de la dictadura militar que gobernó en Argentina entre 1976 y 1983.

Todos ellos tienen, además, una característica común: en algún momento de sus vidas se fueron de la Argentina hacia España. En ningún caso la decisión de irse fue del todo ajena a lo que durante la dictadura les tocó vivir. Algunos decidieron quedarse en España, algunos volvieron.

Comparten muchas otras similitudes: son hijos que no verán a sus padres encanecidos, que solo estuvieron unos pocos años con ellos, o ni siquiera. Son hijos que hoy ya son más grandes de lo que nunca serán sus padres asesinados. Son hijos que en algún momento de sus vidas se zambulleron en su pasado para intentar comprenderlo y hoy cuentan sus deseos para el país y para el futuro.

Todos ellos tienen, además y por supuesto, enormes diferencias. Sus ideas reflejan una visión amplia y heterogénea de las consecuencias de la dictadura en el presente y sus respuestas son una muestra del pensamiento de una generación que hoy tiene la edad que tenían los que en los 70 quisieron cambiar el país.

El objetivo de este trabajo es colaborar en la difusión de lo ocurrido, reflexionar sobre las consecuencias del pasado en el presente de la Argentina, descubrir qué piensan los que hoy piensan sobre el tema, insistir en la difusión para que llegue a oídos de algún hijo apropiado que aún no conoce estas historias.

A todos los entrevistados, a Marianela Galli, Alexis Banylis, Tati Abachian, Lucila Teste, Carolina Bettanin, Juan Villarreal, Martín Mozé, Paulina Tovo y Juan Diego Botto, gracias por compartir sus vidas, sus silencios y sus palabras.

Analía Sivak
Entrevistadora

Prólogo

Una búsqueda de explicaciones que se resiste a terminar

En la Argentina, desde 1976 hasta 1983, el Estado nacional fue utilizado para cometer crímenes masivos. Treinta años después de la caída de la dictadura militar, Analía Sivak nos propone seguir buscando una explicación de lo que pasó y sus consecuencias. Los crímenes masivos son una catástrofe social cuyas consecuencias son difíciles de medir.

Analía Sivak nos ayuda a entender lo que vivieron y lo que viven los hijos de quienes fueron las víctimas directas del conflicto. Nos permite reflexionar cómo el conflicto perdura en el tiempo. En la Argentina se hizo mucho para investigar el pasado, sin embargo "mucho" nunca es suficiente, "mucho" es nada cuando matan a mi hermano, cuando matan a mi padre.

Es fundamental seguir analizando las consecuencias, estudiar qué les pasó a las víctimas y preguntarnos si han podido, y cómo, superarlo. Este libro indaga en esa otra dimensión, la vida presente que convive con el pasado que no se olvida. Y lo hace desde una perspectiva sugerente porque está escrito por una persona que también fue víctima de la violencia en la Argentina y que ha podido preguntar a los entrevistados desde una mirada compartida.

En la Argentina no lo sabíamos, pero en los 80 el mundo empezaba a tener claro que no iba a aceptar nunca más la ejecución de crímenes masivos por parte de ciertos individuos para mantenerse en el poder. En esa dirección, el juicio a las Juntas Militares en 1985 fue un proceso social y político transcendental no solo para nuestro país, sino para la humanidad.

Tras la debacle del gobierno militar durante la Guerra de las Malvinas, el debate sobre la justicia se convirtió en un tema central del retorno a la democracia. La resistencia militar a que se investigara concluyó en la proclamación de la "autoamnistía" por parte de quienes dejaban el poder y esto generó mucho más debate todavía. La primera ley del Congreso Nacional de 1983 fue dejar sin efecto la "autoamnistía" y el primer decreto del nuevo presidente fue pedir juicio y castigo a los culpables. El juicio era el corolario de una acción social y política sin precedentes. El fin de la impunidad fue la respuesta a un reclamo social.

La violencia de los 70 y la respuesta de América Latina a esa violencia muestran que la región lideró la idea de terminar con la violencia política. La caída del muro de Berlín, los cambios democráticos en África, la primavera Árabe son signos de esa evolución.

La firma del Estatuto de Roma en 1998 creó la Corte Penal Internacional y se constituyó en la piedra fundacional de una nueva forma

de orden. Un orden basado en la no impunidad para los que cometen crímenes masivos desde el poder. Hay un compromiso de 121 Estados nacionales de America Latina, Europa, África, Japón y Corea, Australia y Canadá para terminar con la impunidad. Pero el mundo todavía tiene que consolidar esta evolución. Estoy convencido de que para dar un nuevo impulso a la idea del fin de la impunidad necesitamos trabajar en educación y aprender a enseñar los problemas de justicia. Hijos de la Argentina (dondequiera que estén) colabora en este sentido porque muestra individuos, cuenta sentimientos, odios y amores, preguntas y respuestas, y preguntas sin respuestas, porque cuenta con nombres propios la vida de los hijos de las víctimas que fueron bebés en los 70 y hoy son hombres y mujeres que continúan su camino entre España y la Argentina, entre el recuerdo de sus padres, las nuevas concepciones de justicia y sus propios proyectos de futuro. Celebro la aparición de este libro que se transforma en un aporte más a una búsqueda que no debe terminar.

Luis Moreno Ocampo[1]

---

1 Luis Moreno Ocampo (Buenos Aires, 1952), fue el fiscal adjunto en el Juicio a las Juntas Militares que gobernaron la Argentina desde 1976 a 1983 y que se transformó en el primer caso presentado contra altos mandos responsables de asesinatos en masa después de los Juicios de Nuremberg. Varios años después, en 2003, fue elegido por unanimidad para desempeñar el cargo de Fiscal Jefe en la Corte Penal Internacional. En 2012 culminó su función como fiscal tras el juicio a Thomas Lubanga que marcó precedente histórico en el recorrido de la justicia mundial. Luis Moreno Ocampo también ha trabajado con varias organizaciones locales, regionales e internacionales. Fue presidente de Transparencia Internacional para América Latina y el Caribe y miembro del Consejo Consultivo Mundial y la Junta Directiva de Transparency International. Fue uno de los fundadores y presidente de la organización Poder Ciudadano y miembro del Consejo Asesor del “Proyecto sobre la Justicia en Tiempos de Transición” y “Nuevas Tácticas en Derechos Humanos”. En diversas ocasiones ha sido profesor visitante en la Universidad de Stanford y la Universidad de Harvard.

Marianela

En el comedor del colegio están por servir la comida. Hay olor a sopa de verduras y hace frío. Antes de comer, hay que rezar. Los alumnos miran hacia abajo, como enseñaron las maestras. Marianela está sentada en una silla en la punta de la mesa.

Marianela tiene, como todos sus compañeros, el guardapolvo blanco. Pero su ritmo al moverse es otro. Algo en su cuerpo se agita con la cadencia de los que han estado en ese lugar del que no se vuelve. Marianela volvió. Los alumnos juntan las palmas de las manos en posición de rezo.

Los ojos de Marianela suben y se abren como si mirara al cielo. Deja las manos sueltas a los costados. Tiene nueve años y aún mantiene ese gesto de inclinar la cabeza hacia arriba como hacía de bebé, cuando la soltaron. Cuando volvió.

Sus compañeros empiezan a rezar. Ella todavía no. Su boca marca una sonrisa. Está contenta porque hoy tuvo clase de matemáticas y aprendió a multiplicar. Ahora puede calcular exactamente hace cuántos meses están secuestrados sus papás. Mueve los dedos: 8 años, 96 meses.

Sigue mirando hacia arriba. Ninguna maestra se acerca para corregirla. Quizá su pequeño cuello recuerda así la última vez que vio a sus padres. Algo en su cuerpo siente que el lugar donde la llevaron con ellos era un pozo. Alguien le dijo que si uno hace un pozo en Buenos Aires, aparece en China. Piensa que cuando sea grande, si ellos no aparecieran todavía, rezará para ir a China.

Junta las manos para empezar. Las maestras le hablaron del cielo y del infierno, uno arriba y otro abajo. ¿Cuál arriba? Piensa. Ella los tuvo juntos, cuando su mamá la acunaba en el agujero.

Las compañeras van terminando y Marianela finalmente se anima a empezar. Ruega todo su pequeño cuerpo, el que estuvo en el agujero con sus padres, el que fue liberado en soledad, el que solo recuerda del secuestro lo que no se puede recordar, el que hoy necesita a sus padres. Ruegan las palabras de Marianela con un tono suave: “Que aparezcan”. Silencio. Sigue mirando hacia arriba. Nadie aparece todavía. El silencio acaba de golpe y vuelven los murmullos, y entra la cocinera con delantal celeste y la sopa caliente. Un almuerzo más.

> [Este almuerzo transcurrió hace 23 años en Buenos Aires. Hoy Marianela Galli tiene más de treinta y habla sobre ese día y los previos, y los que siguieron, desde Madrid].

Me acuerdo que eso me derivó directo al psicólogo. Tengo recuerdos de que estaban todos ahí como rezando y yo solo pedía por ellos, para que volvieran... la maestra le avisó a mi familia y, al día siguiente, empecé a ir al psicólogo.

El secuestro

Tenía un año y medio y fui secuestrada con mi mamá y mi papá y mi abuela. Un domingo al mediodía de la casa de mi abuela. Era un almuerzo familiar y viene un grupo de civiles, un grupo de tareas, y nos llevan a todos.

–¿Te acordás algo?

Nada. Nada. No me acuerdo de nada. Tenía un año y medio y no tengo ningún tipo de recuerdo.

–¿Imágenes, sensaciones?

Nada, nada. Quizá explicaciones. Porque cuando era chiquita tenía miedo a los perros, quizá porque sé que a mi papá lo torturaron con perros. Pero yo no recuerdo.

Nos llevan el 12 de junio de 1977. Sé que pasamos por otros lugares y después terminamos en la Escuela de Mecánica de la Armada, la ESMA, en el altillo que llamaban "Capuchita". Al día siguiente mi papá cumplía años, el 13 de junio.

Yo fui liberada el 15. Mi papá y mi mamá pidieron que me devolvieran a mi familia porque era muy chiquita y tenía problemas de cadera, no podía caminar y estaba con un tratamiento médico. Me querían dejar en la casa de mi tía pero ella no estaba. Entonces se lo dejan al portero, me dejan a mí al portero. El me lleva a la comisaría porque no localizaba a mi tía. La comisaría no podía tener a menores de edad, entonces terminé en Casa Cuna. Pasé la noche ahí y al otro día mi tía me vino a buscar.

Mi papá, mi mamá y mi abuela nunca aparecieron.

La vida con mis tíos

Desde entonces quedé con mis tíos. Desde chiquita mi tía siempre me dijo "yo soy tu tía Mónica", "él es tu tío Carlos", porque si aparecían mis papás iba a ser complejo para mí decirles "mamá" o "papá" a los dos. Así que siempre supe la verdad, pero a medida que vas creciendo es distinto. En un momento tuve mucho lío en mi cabeza porque decía "¡Ay!, y si aparecen me voy a tener que ir con ellos y no quiero, estoy bien acá con mis tíos". A veces al contrario, me peleaba con mis tíos y pensaba "¡Ay!, ojalá que

vengan mis papás para no tener que aguantar a mis tíos...". Las cosas de chicos.

Me sentía un bicho raro porque pensaba que a mí sola me había pasado. En el colegio primario no encontré a nadie que le hubiera pasado lo mismo. Después, en el secundario, creía que tampoco. En realidad sí había una chica, pero me enteré después y nunca llegamos a hablar del tema.

–¿Tus compañeros del colegio te preguntaban algo?

Sí, y a mis mejores amigas les conté. Si no les contaba, no entendían nada. A mi mamá, que es mi tía, no la llamo "mamá", le digo "Moni". Cuando le hablo a la gente de ellos sí les digo "mi mamá y mi papá", pero a ella no la llamo "mamá" ni a él lo llamo "papá". El apellido no cuadra tampoco, porque yo tengo Galli y mi tío es otro apellido. Mi hermano es otro apellido también.

A mis amigos más íntimos les contaba con límites y ellos tampoco preguntaban mucho más. A veces me inventaba historias, porque había gente a la que no le podía contar. Mi tía sí tiene el apellido Galli, entonces yo decía "porque ella estuvo casada con otro..." o "mis papás murieron en un accidente". No decía que los habían secuestrado. A veces me decían "Marianela Perinelli" (el apellido de mi tío) y yo me sentía rara pero no decía nada. Internamente pensaba "¡Ay, no!". Eran unos años en los que tampoco se podía hablar mucho y había gente con la que no tenía la confianza para decirlo. Era todo muy íntimo, muy entre la familia, el dolor quedaba entre nosotros.

Empezar a entender

Cuando fui más grande, después de los veinte, empecé a leer varios documentos y encontré un testimonio de una de las mujeres que estuvo secuestrada con nosotros en la ESMA, Lila Pastoriza. Ella atestiguó el caso de mi familia diciendo que creía que mi mamá estaba embarazada de dos meses. Yo no había sabido nada del posible embarazo hasta ese momento. Entonces traté de contactar a esta mujer, sin decirle nada a nadie de mi familia. Busqué en la guía de teléfono, todo a escondidas, como si fuera detective, y la ubiqué. La llamé por teléfono y le toqué el timbre. Le dije "Yo quiero saber, yo soy tal, quiero saber si mi mamá estaba embarazada, ¿hay posibilidad de que tenga un hermano o no?" Era el momento en que había escuchado lo de los chicos apropiados. Me dijo "No estoy segura, a tus padres los secuestraron en junio del 77, en agosto los trasladaron y el traslado significaba la muerte, los vuelos de la muerte, todos los miércoles". Ella recordaba eso, pero me dijo: "Por las dudas andá a Abuelas de Plaza de Mayo y denunciá porque con estos psicópatas nunca se sabe, quizá la llevaron a otro lugar y la hicieron tener el hijo...".

Entonces hice la denuncia en Abuelas y me saqué sangre para la muestra de ADN.

–¿Supiste algo a partir de la denuncia?

No. Lo que me dijo la testigo es que ella no creía que hubiera podido nacer, decía que eran dos meses de embarazo, que tampoco era seguro. La testigo me dijo "muchas perdimos la regla de los nervios y de la situación, de la mala alimentación". Pero también me enteré que una prima de la familia se había encontrado un día antes del secuestro con mis papás y mi mamá le había dicho que creía estar embarazada.

Unos malos se llevaron a mi papá

Lo que supe de mi papá fue, en principio, desde mi tía, su hermana. Lo pintaba divino como persona, con sus valores, era su hermano querido. De mi mamá tenía poca información porque con la familia de ella, en principio, no hubo mucho contacto. Entonces ahí tenía una ausencia. Estaba desequilibrada un poco la cuestión hasta hace poco, que me reencontré con una de mis dos tías maternas y, de a poco y con muchos obstáculos de por medio, empezamos a tener acercamientos.

Reconstruí más la figura de mi papá que la de mi mamá. De mi papá y de mi abuela, eran la familia paterna, tenía más información, pero desde un punto de vista familiar, emocional. Mi tía fue la que se movió para buscarlos, hizo hábeas corpus, hizo denuncias en la ONU, en la Conferencia Episcopal, en el Ministerio del Interior, en las comisarías. De todo esto había en mi casa una carpeta llena con todo ese tipo de información.

Mi tía me iba contando pero de chica lo ves tan diferente. Yo estaba descontextualizada totalmente. No sabía lo que era "dictadura", "golpe militar". Lo entendía desde "Se llevaron a mis papás", "Unos malos se llevaron a mis papás". Como un chico, en clave de niño. Descontextualizado históricamente.

La vida antes del secuestro

Antes del secuestro vivíamos en Villa Adelina, en una casa medio clandestina. Nos habíamos mudado un montón de veces. A esa casa donde vivíamos nunca volví.

–¿Te acordás algo de tus papás?

No.

–¿Tenés alguna sensación de haber estado con ellos?

Nada. Tengo fotos. Hace un tiempo me encontré con mi tío abuelo (el hermano de mi abuela que secuestraron) y me decía que cuando yo regresé

de la ESMA después de tres días, yo miraba siempre así, con la cabeza hacia arriba como si mirara al cielo. Y claro, mis papás me tenían a mí y estaban encapuchados. Entonces los miraba así, desde abajo. Pero no, yo no me acuerdo nada. A ver si ahora cuando vaya a la ESMA me vuelve algún recuerdo.

–¿Vas a ir a la ESMA?

Sí, ahora que es museo.

–¿Qué te contaron de tus papás?

Mi papá tenía quince años cuando entró a la Escuela Naval. Estuvo ahí desde el 65/66 hasta el 72. El 17 de noviembre del 1972 organizó, con unos compañeros, una sublevación y como castigo le dieron la baja temporaria, es decir, que no lo destinaban a ningún sitio como marino pero lo tenían ahí, en pase a disponibilidad. Cuando asumió Isabel Perón como presidenta, en el 74, Emilio Massera, por entonces Comandante en Jefe de la Armada, pidió que le dieran la baja definitiva para expulsarlos de la Marina a él y a otros más. A partir de ahí, mi papá se dedicó a militar en Montoneros. Después se salió porque criticaba la excesiva militarización de la organización. Entonces se fue con Rodolfo Walsh y otra gente. Walsh había montado la Agencia Clandestina de Noticias, ANCLA, y mi papá fue informante, pertenecía al servicio de informaciones de la agencia, con esta mujer que mencionaba antes, Lila Pastoriza. Mandaban cables con la situación de Argentina, de la dictadura. Mi papá militaba bastante. Tenía un trabajo pero no ganaba mucho, estaba como pelado de plata. Mi abuela, cuando me tuvieron a mí, nos ayudó mucho económicamente. Cuando a él lo expulsaron de la Marina ya no recibía ni la pensión. No tenía ningún ingreso, se dedicaba al rubro de la metalurgia gracias a la ayuda de mi tío y por necesidad de hacer algo, pero su vocación era la Marina.

Mi mamá era de la Juventud Peronista. Cuando me tuvo a mí –eso me cuentan–, se dedicó mucho a mi crianza. Había tenido una vida emocional un poco fuerte porque se llevaba bien con su mamá pero muy mal con su papá. Eran tres hermanas y ella era la rebelde de las tres. Su mamá falleció cuando ella tenía veinti tantos y eso le afectó mucho. Entonces con el primer novio que apareció se casó y se fue. Con ese novio la relación fue un desastre. Hasta que después encontró a mi papá y me tuvieron pronto. Cuando nací, ella se ocupó de estar conmigo, y como además yo tenía problemas de cadera, tenía que estar ahí. Era profesora de literatura, trabajaba en el Ministerio de Bienestar Social de la Provincia de Bueno Aires y también había trabajado en una empresa de Eveready haciendo formación de adultos.

Los desaparecidos

A mí no me gusta que a los desaparecidos se los muestre solo como víctimas. Ellos eran personas con ideas, pensamientos, valores y una lucha. Ellos querían otro tipo de país. A veces se les da ese rol de desaparecidos, de víctimas, que sí, ellos son víctimas, pero se deja de lado todo el resto. Para mí es importante todo el resto y es un proceso que lo vengo llevando a cabo desde hace tiempo.

Mi familia nunca me dijo "tu papá era montonero", esa era una mala palabra. Quizás si los tuviese ahora... ellos eran muy peronistas, yo no soy peronista. Me encantaría debatir sobre eso. Son cosas que ellos tuvieron que pensar en su contexto histórico. Hay miles de historias de desaparecidos que hay que contar. Hay que hacerlos aparecer con sus ideas, con su lucha, con su perseverancia, sus ideales de querer cambiar, sus formas de decir "Acá se puede hacer algo".

Siempre es difícil contar las derrotas, siempre fue difícil, pero es necesario porque es la historia argentina, es así de claro. Cada vez que hablo ahora de mi papá, es la historia argentina. Hay que contarla, hay que hablar y debatir. Se cometieron errores en ese momento pero por eso mismo hay que abrir el debate.

–¿Cuáles eran sus ideales, qué era lo que querían?

Primero, la democracia. Mi papá luchó por la democracia porque él cuando se sublevó estaba en un gobierno dictatorial, de Lanusse. El había estudiado todo el siglo XX, quería un país donde hubiera libertad y los valores de justicia social, él se preocupaba por las diferencias, las desigualdades que había, se preocupaba porque existía gente que tenía tanto y gente que no tenía nada, y el tema de los derechos de la gente, de los más desfavorecidos. El lo veía como marino, él recorrió el mundo en el 71, hicieron un viaje con la Fragata Libertad por todo el mundo, tenía interés por el tema de Latinoamérica. Tengo escritos suyos sobre Martí, Bolívar, estudiaba mucho el tema latinoamericano y cómo se dieron en América Latina los procesos políticos sociales y de opresión. También hay que pensar el contexto histórico de los 60, el Mayo Francés, la Revolución Cubana, la Guerra de Vietnam... en todo el mundo estaba aflorando un movimiento. A él le interesaba todo lo que pasaba en el mundo, no solo en Argentina. Hablaba alemán perfecto, hablaba inglés perfecto, leía todo el tiempo. Le gustaba mucho la literatura, escribía poemas. Cuando estuvo preso en el 72 con la sublevación, escribió un libro de poemas, yo tengo el libro. Tenía muchas noviecitas, le seguían porque él era como esos bohemios, tocaba la guitarra, escribía poemas, las chicas morían. El atraía, parece, me lo dijeron bastante. Era muy sensible y sobre todo creía que se podía cambiar, sabía que había cosas que no estaban bien y tenía la convicción de cambiar y de que otro país era posible y de que había otros valores que no eran lo que les inculcaban en la Escuela Naval, como

torturar y reprimir a su propio pueblo. El no estaba de acuerdo con eso. Sobre todo, él pensaba en lo colectivo, siempre como parte de un colectivo. En la sublevación fueron varios. Cuando él participó en Montoneros también. Después se fue a la agencia de noticias. Siempre haciendo algo, de alguna forma queriendo cambiar, desde distintos puntos de vista y espacios políticos. Desde adentro de las Fuerzas Armadas no pudo, desde adentro de la organización Montoneros tampoco. Buscó el cambio desde el periodismo, desde la agencia de noticias. Mi tía le decía "Salite del país". Estaba muy fichado, mismo desde la Marina. El decía "No, yo ya me salí de la organización". Creo que subestimó demasiado a la cúpula militar, no imaginó que iba a haber tanto derramamiento de sangre, no pensaba que iba a ser tan cruel, tan inhumana.

–¿Cómo vivís la tendencia a creer que en la dictadura todos los militares eran "los malos"?

Antes no entendía. Hoy sé que mi papá fue torturado por sus propios compañeros. Por eso no hay que generalizar, hay que ver con matices, analizar la situación. Aunque no se habló mucho, sí que hubo –ya desde la época del 55– un montón de gente que sí quería otro tipo de Fuerzas Armadas.

A mí papá y a los compañeros les enseñaban, por ejemplo, simulacros para luchar contra obreros que tomaban una fábrica, cosas así, o los torturaban a ellos y los usaban como simulacro de tortura. Esto hay que mirarlo dentro de una doctrina, que es la Doctrina de Seguridad Nacional implantada por Estados Unidos y la doctrina francesa también. Dentro de las Fuerzas Armadas hay influencias y hay choques de poderes y también de visiones y de ideología. Las Fuerzas Armadas Argentinas siempre fueron normalmente elitistas y los que llegaban a generales eran siempre hijos de otros generales, nunca se democratizó, y siempre se reprodujo esa estructura. Cambiar después de tantos años es muy difícil pero es necesario abrirlas, democratizar las instituciones militares, sobre todo hacer mucho hincapié en la educación militar. Me contaba un amigo de mi papá, por ejemplo, que venía un tipo de Estados Unidos y daba una charla y ellos le discutían un poco, porque ellos tenían los valores de San Martín, de Belgrano, Bolívar, y chocaban con esos métodos que les hacían reprimir y con toda la doctrina de seguridad interior, de guerra contra la subversión. Es interesante analizar cómo de una misma promoción, un grupo sigue unos valores y otros los contrarios. Tengo un libro de la promoción de mi papá donde hay gente que estuvo en la sublevación, gente de una sensibilidad conmovedora, y después tenés a gente como Alfredo Astiz o Ricardo Cavallo. Esta discusión de valores no solo se da en la Fuerzas Armadas, se da en la política, en las empresas y en todos los ámbitos.

Los asesinos sueltos

Me fui de la Argentina en el 98. Primero a Estados Unidos y después llegué a España. Antes de irme había trabajado en un restaurante en Palermo Chico, donde venía gente como Astiz, venía gente de esa calaña y tuve que bancarme esa situación. Yo trabajaba en la caja, por suerte no tuve que servir, pero de repente entra este tipo con otros. Una chica me dijo "Mirá quién está" y a mí me agarró como una crisis, me tuvieron que traer tilo porque estaba muy nerviosa y lloraba y lloraba. Eso fue en el 98. Yo pasaba todos los días por la casa de Massera, vivía muy cerca, tenía ese trabajo, iba caminando... Massera vivía en Libertador y el otro ahí, y también veía a gente de toda la época del menemismo, ver hacer todos sus chanchullos, fue horrible.

Era un momento en que había bastante crisis, fue en el 98, entonces veías a todos estos con toda la ostentación y haciendo todo tipo de transacciones, en el restaurante hacían sus negociados. Y después la gente que trabajaba ahí la estaba pasando mal porque no le alcanzaba para fin de mes. Eran dos mundos que no cerraban. Era una impotencia pensar que estaba en un país donde estos asesinos caminaban como querían por la calle, decía "¡No puede ser!".

Cuando me vine a vivir a España comencé a estudiar sociología y al mismo tiempo conocí a los chicos de la Asociación HIJOS.[1] Yo creía que era un bicho raro, siempre estaba descolocada porque todas mis amigas tenían sus papás normales. Descubrir la Asociación HIJOS me cambió la forma de cómo se entiende la militancia, de que no hay jefes, de ser horizontal, que se discuta, se debata. Conocí a un montón de gente de una calidad humana increíble y muy inteligentes, que me enseñaron muchísimo, y entre la facultad y esos encuentros empecé a entender más la cuestión y me significó mi liberación, no sé cómo explicarlo. La forma de entender un montón de cosas me permiten hoy tener un poco de paz conmigo misma.

También me pasaron cosas especiales. Había empezado a estudiar economía y al final me decidí por sociología. En el 2005, empiezo el contacto con un compañero de mi papá y me dice que él y mi papá habían empezado a estudiar sociología cuando los dieron de baja en la Marina. Se habían metido en la facultad, la misma carrera que muchos años después elegí yo. Ellos no pudieron terminarla.

Antes no me cerraban cosas, estaba inquieta o no estaba del todo satisfecha, también la terapia que hice me ayudó, pero sobre todo el estudio, la actividad con los chicos de HIJOS, y ver desde una perspectiva más internacional lo de Argentina o el tema que también pasa acá en España con lo que fue la dictadura del franquismo. Entendí que en Argentina lo que estamos pasando ahora –los juicios[2]– es algo histórico, que la propia sociedad juzgue a los genocidas me parece un paso que no me lo hubiese imaginado en mi vida. Pero todavía existen trabas dentro

del propio sistema judicial u otros sectores de la sociedad argentina así que es necesario seguir con la lucha.

No digo que Argentina ahora es el paraíso, pero algo se está avanzando, por lo menos muchos de los represores están en una cárcel, aunque lo ideal sería que fueran condenados lo más rápidamente posible y no tener la desgracia de volver a verlos nuevamente por las calles.

La vida que no fue

–¿Cuál fue el impacto más importante que te produjo la desaparición de tus papás y tu abuela?

Me sacaron la oportunidad de criarme con mi familia y con gente que luchó por unos valores que considero legítimos.

–¿Te hizo otra persona?

Algo cambió en mí, sí, me hizo otra persona. Me cambia, es presente, me está cambiando. Para mí es un proceso que no sé si algún día terminará. Incluso también a mi hermano, al resto de mi familia, ya no es lo mismo.

–¿Cuál fue el mayor impacto para la Argentina?

Pasó algo que fue una desgracia para el país, afectó a 30.000 personas. A la Argentina le sacó todo, le sacó esa generación y con ello sus deseos de cambiar las cosas por una sociedad más justa.

Las consecuencias se sienten, está lo que pasa ahora, la ausencia total de valores, del materialismo que existe, importa más cuánto tengo, importa poco construir colectivamente, está la individualización, el egoísmo. Además, la forma en que se hizo, matar a 30.000 personas, ¡hay que cargarse a 30.000 personas porque no te gustan sus ideas!

No es casual que América Latina sea el continente más desigual del mundo. Todo encaja. Se hizo mucho daño a la sociedad y a la democracia. Lo ves también con esto, por ejemplo, de que desaparece López,[3] siguen actuando con el mismo odio y con la misma violencia. Es su forma de entender y eso hay que cambiarlo. No se puede con los recursos del Estado masacrar a sus ciudadanos. Hicieron un montón de cosas más, robo de niños, robo de propiedades, torturaron, secuestraron, todo ese accionar... fue el fracaso del Estado y de la democracia también.

Por eso es tan importante que se sepa, no solo desde mi punto de vista, desde lo que pueda contar yo, sino desde lo colectivo, que pueda haber voces que cuenten un poco el tema, de cómo se va construyendo esta identidad o cómo uno va construyendo la figura de los padres.

–¿Cómo sentís la diferencia entre muerto o desaparecido?

Primero está la ausencia del cuerpo y no saber qué hicieron con él.

Hasta ahora a mí nadie me dijo qué pasó. Lo reconstruí por testigos, pero a mí nadie de los poderes estatales me dijo “Con tu familia pasó esto y esto... los tiraron al mar”. Yo supongo que pasó eso, pero en realidad no lo sé. Entonces eso, no tener el cuerpo y decidir qué querés hacer con tu familia, si querés enterrarlos, si querés cremarlos y tirar las cenizas a no sé dónde, es simbólico pero tiene un sentido. Eso de no poder, de no saber nada... el mismo Videla lo dijo “desaparecido es que no existe”. Eso es lo que ellos quisieron hacer, pero ahora la sociedad y la lucha de los organismos, de un montón de gente, dice “Existieron”.

–¿Te imaginás que en algún momento pueden aparecer?

No. Pero están conmigo de alguna forma.

–¿En algún momento creías que podían aparecer?

Sí, claro.

–¿Cuándo dejaste de creer que aparecerían?

Después de varios años, después de mis veinte años, era obvio que no.

La Argentina

–¿Le tuviste bronca a tus padres en algún momento?

Sí, sobre todo al pensar por qué mi papá no salió, no se fue. Le habían dicho “Andate”. Pero no los juzgo para nada a ellos. Hubo un solo culpable y fue el terrorismo de Estado que hizo desaparecer a un montón de gente, exiliar a un montón de gente, que asesinó y que tendría que haber usado las herramientas del Estado de derecho y optó por la violencia y la represión para imponer su modelo de país, sus ideas y su política. Hoy vemos las consecuencias. Quien tiene que pagar y hacerse responsable por lo que pasó es el Estado y los poderes militares y económicos aliados en su momento.

–¿Podrías perdonar?

No. Justicia y que se pudran en una celda. Ni perdón, ni tampoco olvido.

–¿Qué sentís por la Argentina?

Por un lado, siento apego, es donde me crie. Pero a la vez sé que hay mucha injusticia, que parece que la vida vale poco, que hay poco respeto, poca democracia.

–¿Sentís al país responsable de la muerte de tu familia?

Sí, totalmente.

–Estás volviendo a vivir a la Argentina.

Sí. Quizá si no se estuviera dando el contexto de los juicios, sería más difícil. Sí, para mí el Estado terrorista durante el 76 al 83 y ciertos sectores dominantes de la sociedad tuvieron responsabilidad en la muerte de mis papás, de mi abuela y de un montón de gente. Los juicios me ayudan a querer volver. Ahí voy a estar. Yo acá seguí el juicio a Adolfo Scilingo,[4] él era de la ESMA también. Fue mi primer contacto y fue fuerte. Estuvo bien para prepararme para lo que viene. A la megacausa de la ESMA quiero ir. Vamos a ver qué pasa.

No pretendo la venganza, quiero la justicia, que se haga responsable a toda esta gente y si se puede unir a los poderes económicos, también. Sé que ahora empiezan por los militares, pero hay mucha complicidad, y mucha de esa gente todavía sigue en las instituciones y fuera de las instituciones. Hay mucho chanta, mucho corrupto, mucha mala gente, violenta, que por el poder mata, que no le importa nada, entonces lamentablemente sigue eso.

Si voy a la Argentina es también para pelear para que no se reproduzcan ese tipo de comportamientos, para cambiar las cosas. Ahora me siento mejor preparada desde la teoría y desde la práctica. Tenemos mucho para hacer. También tengo preguntas –sobre todo a la gente de mi edad–. Me gustaría saber cómo ven las cosas, si unen lo que ocurrió con lo que está ocurriendo en otros países o si lo ven como el pasado nada más. Me gustaría preguntarles qué ven en la actualidad como herencia de la dictadura.

Madrid, 29 de septiembre de 2008

1. La Asociación HIJOS (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) fue fundada en 1995 para combatir la impunidad y trabajar en la restitución de la identidad de familiares secuestrados y apropiados. Tiene filiales en distintos puntos de la Argentina y sedes en otros países de América Latina y Europa.

2. En 2003 la Corte Suprema de Justicia de Argentina declaró la imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad y en 2005 la inconstitucionalidad de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final. De esta manera quedó abierto el camino para la apertura y el avance de una gran cantidad de causas judiciales por violaciones a los derechos humanos cometidos durante la dictadura. Se establecieron 289 causas en todo el país, en las que habrían 556 personas procesadas..

3. Jorge Julio López fue secuestrado en 1976 y llevado a distintos centros clandestinos hasta su liberación en 1979. En 2006 declaró en el juicio contra 26 policías militares y civiles que actuaron en el llamado Circuito Camps. Luego de dar su testimonio a la justicia, López fue secuestrado en la ciudad de La Plata y desde entonces permanece desaparecido.

4. En abril de 2005, Adolfo Scilingo fue enjuiciado en España por delitos de lesa humanidad

cometidos entre 1976 y 1977 en la Argentina y condenado a 640 años de prisión. La sentencia consideró probado que participó en los “vuelos de la muerte” y fue responsable de la muerte de 30 personas. El fallo marcó un precedente histórico al ser el primer represor de la dictadura argentina procesado y condenado por un tribunal extranjero. Dos años más tarde, el Tribunal Supremo Español elevó su condena a 1.084 años.

Alexis

Solo un mechón rubio y las orejas del oso sobresalen entre las sábanas. Alexis duerme abrazado a su muñeco naranja. En la otra cama ronca sereno su hermano. Los guardapolvos para el jardín de infantes están listos sobre la silla. El libro de cuentos quedó cerrado. En la otra habitación duerme la hermana. En el aire quedan rastros de la cena con milanesas. En el comedor, el papá mueve sus dedos en las cuerdas de la guitarra sin hacerla sonar.

La mamá llega a la casa después de sus clases en la escuela nocturna. Entra a los cuartos y besa a cada uno de sus hijos, los tapa aunque ya estaban tapados. Los mira dormir.

El papá calentó las últimas milanesas y conversan. Tienen miedo. Pero pronto acabará el terror, o al menos las amenazas por teléfono. Todo está listo para viajar a Australia.

El papá hace sonar bien suave la guitarra. La mamá sonríe. Se oyen golpes en la puerta. Primero se asustan pero la voz que responde es una voz conocida.

Alexis y sus hermanos duermen. El oso cayó a un costado.

El padre deja a un lado la guitarra y abrirá la puerta. Tendrá un segundo para reconocer al hombre que entra y otro segundo para darse cuenta de que ese hombre lo traicionó. Detrás entrarán diez matones armados. El padre tendrá un segundo más para saber que lo van a fusilar. El cuerpo del padre quedará en el suelo.

Alexis y sus hermanos ya estarán despiertos. La madre tratará de taparles los ojos para que no vean tan cerca ni a su padre ni a la muerte. No le alcanzarán las manos. La madre, lo que de ella subsista, llevará a sus hijos a la casa de al lado.

En el cuarto de los vecinos, Alexis quedará inmóvil y mirará fijo el cuadro que tienen colgado: esas fotografías antiguas, coloreadas, de una familia feliz. Se olvidará para siempre de su oso naranja. Mirará fijo el cuadro para absorber desesperado una esencia de familia, para intentar que no se quiebre la suya, que no se quiebre. Pero alrededor ya estarán sonando sirenas y lamentos, y Alexis comenzará a odiar ese cuadro. Cuando crezca y por las noches su cuerpo le pida a gritos una familia feliz, Alexis recordará ese cuadro y lo odiará.

Pero ahora Alexis todavía duerme. Nadie ha golpeado a la puerta todavía. Alexis duerme. Duerme. Se empieza a oír suavemente la guitarra.

> [Pasaron treinta y tres años. Alexis Banylis está viviendo en Madrid y a lo largo de la entrevista irá contando su historia].

Mi papá se llamaba Carlos Alberto Banylis. Hijo de un lituano. Mi abuelo había llegado a la Argentina y fue criado por unos alemanes en Fuerte Esperanza, en Santa Fe. Todos eran pronazis, incluso mi abuelo era un poco nazi. Mi abuelo contaba que en la época de Perón los ayudaron bastante, que incluso trabajó en el archivo Odessa, con la entrada de nazis a la Argentina. Mi abuelo lo crió solo a mi papá. En ese ambiente, con dinero, lo mandó a un colegio privado. Tenía catorce años mi papá cuando se hizo comunista, era muy jovencito y empezó a militar.

Era un tipo muy inteligente, le gustaba mucho la música, era guitarrista, sabía mucho de literatura, de música clásica. Estudiaba creo que ingeniería o matemáticas, no lo sé. Era muy culto, muy serio. Se dedicaba a estudiar, trabajar, militar, siempre muy aplicado en todo con excelentes notas. Es el rasgo que siempre me destacan todos: "¡Qué inteligente era tu papá!". Y le encantaba la militancia.

Hacía muchas cosas al mismo tiempo, eso me acuerdo. Por ejemplo, además de estudiar, militar y trabajar y criar a sus tres hijos, había puesto una fábrica de zuecos de madera en un taller al fondo de la casa. Tocaba la guitarra, tocaba en peñas, no paraba ni un minuto. Con mi mamá se habían conocido en la escuela secundaria: Nora Cid, hija de gallegos. El papá de mi mamá era un gallego exiliado que combatió a Franco y a Perón en la Argentina. Lo opuesto a mi abuelo paterno.

El único recuerdo que tengo de mi papá es un viaje a Salta, en un colectivo hecho tipo casa rodante. Le gustaba mucho el norte del país, quería mucho a los santiagueños, tucumanos, salteños, tenía amigos que eran de ahí. Le gustaba mucho el folklore, amén de que en casa había Tchaikovsky o Beethoven. También le gustaban mucho Los Fronterizos, un grupo de folklore de izquierda.

Quería mucho a la clase trabajadora. No le gustaban los ricos, eso es cierto. Aunque parecía un burgués por lo de la literatura. Era extraño, le gustaba mucho lo popular, el pueblo, pero tenía un costado estético más refinado. Cuentan que no le gustaba mucho el fútbol y se hizo de River porque en el partido le dijeron que para llegar a la clase trabajadora había que hacerse de algún equipo y él se hizo de River porque iba ganando en aquella época. De ahí que yo soy de River.

–¿Cómo era el país que soñaba tu papá?

El paraíso socialista.

–¿Hay algo que no quieras que te pregunte?

No. Ya estuve mucho tiempo sin hablar.

Tardaron dos años en matarlo

Mi papá trabajaba en una empresa que se llama Transporte del Oeste. En esa época los empleados trabajaban como componentes, que eran como socios del dueño, con un sueldo de mierda y cualquier cantidad de horas de trabajo.

En el 70 organizaron una huelga bastante importante en el transporte en Buenos Aires y consiguieron objetivos, lograron un convenio de trabajo y tal. En los años 71, 73, mi papá lideró, junto con otros compañeros, la idea de un sindicato que no fuera la CGT. La comisión de delegados que ellos tenían se llamaba Interlíneas, que era entre delegados de diferentes empresas y lograron varias reivindicaciones en la provincia de Buenos Aires. Creo que mi papá en esa época ya había dejado su trabajo, pero a partir de ahí empezaron a amenazarlo de muerte.

Cada rato llamaban a mi casa. Tardaron dos años en matarlo, digamos. Hasta que lo encontraron y lo mataron. Lo mató la Triple A en el 75 en mi casa, en Ituzaingó, en la zona oeste. Habían ido a buscar a tres: a mi papá y a dos compañeros más que habían dirigido aquella huelga. A los otros no los encontraron. A la hija de uno de ellos, de once años, creyendo que el padre estaba oculto y tratando de que se presentara, la arrastraron por el asfalto y le arruinaron la cara de por vida. A mi papá lo encontraron porque siguieron a mi mamá a la noche y porque la policía había declarado zona liberada toda la zona de Ituzaingó donde vivíamos. Estábamos todos en casa, eran las once de la noche, lo sacaron contra una pared y lo fusilaron. Al estilo Triple A con sesenta balazos y un tiro de gracia.

–¿Vos estabas?

Sí, estábamos todos. Mis dos hermanos y mi mamá.

–¿Cuántos años tenías?

Tenía cuatro, mi hermana cinco y mi hermano tres. Mi papá tenía 32 años y mi mamá 29. Recuerdo aquella noche, no recuerdo lo del asesinato pero sí recuerdo el caos. Eran las once de la noche, ya estábamos en la cama durmiendo. Mi mamá acababa de llegar, terminaba la secundaria que había retomado, la casa estaba en construcción, en esa época se estilaba que la gente de la zona del conurbano fuera haciendo su casa, la casa estaba avanzando. Estábamos a cinco o diez días de irnos a Australia, porque ya era demasiada presión. Creo que inclusive estaban hasta los pasaportes. Y no pudimos.

Entonces bueno... Eso fue el 10 de junio del 75. Eran como diez o veinte tipos en tres coches. Nos llevaron esa noche a la casa de unos vecinos. Me acuerdo esa habitación a la que me llevaron en la que había luces y mucho jaleo.

Según cuenta mi mamá, nos sacaron a todos afuera y nos taparon los ojos o algo así y fusilaron a mi viejo. Luego los vecinos nos llevaron a nosotros adentro y recuerdo un cuadro horrible de esos de casamiento, que están como entre nubes los casados, ¡feísimo!, recuerdo siempre ese cuadro y de ahí que los odio. Esos cuadros pintados. Esas fotos de casamiento pintadas. Ese cuadro estaba en la habitación de los vecinos y yo con mi hermanos estábamos en una cama.

Después supimos que se había declarado zona liberada porque un policía que jugaba a la pelota con mi papá en el barrio se le contó a mi mamá esa misma noche, no sabía que era para él. Supimos que la policía estaba al tanto, que era la Triple A. Vino todo el mundo, salió en la prensa y al otro día hubo una huelga de transporte en la provincia.

Nos fuimos de Buenos Aires disfrazados como si fuéramos de camping.

A partir de ahí viene lo peor. Vino el golpe. Acusan a mi mamá de tener enterradas armas en el patio de la casa, cosa que no era cierto. No sé que relación hacen y la policía se queda con la casa. El Partido Comunista, que era donde militaba mi viejo, nos saca. Nos meten primero en un galpón en el que adentro había una casa, donde ahora está la Avenida Gaona, en Acceso Oeste, que en esa época estaba en obras. Era un galpón enorme en el que había una fábrica de puertas y adentro había una casa. Nos esconden ahí durante un tiempito y después nos sacan de nuevo. A mi mamá ya la empiezan a perseguir, tenemos allanamientos y qué se yo. Nos llevan a vivir a Salta a una casa en la que había muchos chilenos refugiados de la dictadura de Pinochet. Ahí estamos un año y nos vamos porque hubo tres allanamientos. Entraban a mi casa, que era una pensión, y por supuesto, se robaban todo: fotos, colchones, nos dejaron en la ruina. Por suerte, las veces que llegaron nosotros no estábamos. Para ese entonces ya sería mediados o fines del 76. La cosa se pone todavía peor, todavía peor. Nosotros ya no podemos ni comunicarnos con la familia. Se cortan todas las cartas. No podíamos llamarlos porque, claro, los comprometíamos.

Entonces la seguridad que teníamos nos lleva de Salta a Tucumán en un camión, nos tienen viajando mucho, eso fue muy largo.

Mis hermanos y yo tuvimos una escolarización bastante mala, porque nos cambiaban a cada rato. En Salta fuimos a preescolar. No nos acostumbrábamos. Mi hermano menor se había puesto muy violento. La situación era terrible, era salir volando con un bolso. Luego, cuando ya no se podía estar en Salta nos fuimos a Buenos Aires de nuevo, estuvimos escondidos en casas de gente que ya ni me acuerdo, lo tengo un poco borrado. Hasta que deciden llevarnos a Santiago del Estero, en donde viví toda la dictadura. Nos fuimos de Buenos Aires en un Renault 4 disfrazados como si fuéramos de camping. El viaje tardó un mes o más. Vivimos en un pueblito que se llama Campo Gallo primero y en otro que se llama Monte

Quemado después.

Vivíamos de la pensión que recibía mi mamá por mi viejo, algunos compañeros habían hecho una colecta y después en Santiago otros compañeros del partido nos ayudaban con ropa usada que nosotros la vendíamos o cambiábamos por comida.

Un cuaderno Gloria con explicaciones de cómo escaparnos

En el 77 la seguridad del partido nos abandona, nos dejan tirados en Campo Gallo. En el pueblo no había ni médico. Solo estaba la policía, el correo, la Iglesia y el colegio primario. Solo había colegio primario. Ahí empezamos la escuela con mis hermanos. Ahí empieza lo peor de lo peor. No teníamos ni un mango y mi mamá no podía trabajar. Empieza también la peor época de la dictadura.

No sé de qué manera dan con mi mamá en este pueblo. Un día viene la policía a la madrugada, nosotros vivíamos en un rancho con piso de tierra, y viene el radioperador de la policía y le dice a mi mamá: "Señora, no sé qué hace usted ni nada pero le aviso que acaban de llamar de Santiago que vienen a buscarla. Haga lo que tenga que hacer". Entonces esa noche mi mamá empieza a tirar todo lo que nos quedaba: una cebrita preciosa de Checoslovaquia de porcelana que era de mi papá, fotos, los pequeños recuerdos que nos quedaban los tiró a una letrina, todo lo que nos identificaba. Nos fuimos al monte a escondernos hasta que se hiciera de día. Fue una noche muy curiosa. Mi mamá era una piba de San Telmo y del monte no sabía nada. En aquel lugar no había agua caliente, no había luz eléctrica, nada. Nos vamos, no sé qué es lo que pasa, luego volvemos, ya no estaban los que habían ido a buscarnos. Nos quedamos un tiempo más ahí, no podíamos irnos a ningún lado, las noticias eran cada vez más terribles y mi mamá estaba consciente de todo lo que pasaba.

Después de un tiempo, nosotros ya estábamos en tercer o cuarto grado de la primaria con una educación muy básica, viene el peor momento para todos. Era el 78, justo en el mundial. Viene la policía. Empiezan a secuestrar a gente conocida, a la maestra de mi hermana, al pibe del pueblo que era el único al que le gustaba el rock y con el que jugábamos al ajedrez, seminarista, padrino de mi hermana del bautismo. Empiezan a agarrar a la gente, a meterle pistolas en la boca, averiguando dónde estábamos nosotros y a mi mamá no le queda otra opción que ir a pedir ayuda al cura. Nos esconden adentro de la Iglesia, confiando que ahí no iban a poder entrar. El cura le dice a mi mamá "Me voy a Santiago a hablar con el obispo para ver qué se puede hacer".

Fue como novelesco porque ya estaban por matarla. Venían a matarla. A nosotros durante todo ese lapso nos dejaba en diferentes casas. Me acuerdo que mi hermana Valentina tenía un cuaderno Gloria con explicaciones de cómo escaparnos si agarraban a mi mamá. Estaba escrito

en el cuaderno para mi hermana que es la más grande, éramos muy chiquitos, en ese cuaderno mi mamá nos explicaba a quién llamar, cómo viajar, nos lo hacía aprender a todos y decía que mi hermana era la que iba a mandar, que había que hacerle caso. Teníamos las instrucciones.

Nos quedamos en la Iglesia. El cura le dice a mi mamá "Vuelvo para la misa de las ocho. Si entro directamente y doy la misa es que está todo bien; pero cualquier otra cosa, se tienen que escapar". Llega el cura y da la misa pero luego le dice "Van a dejarte tranquila pero hay que bautizar a los chicos y después del bautizo te tenés que cambiar a otro pueblo donde no te conozca nadie, vas a ver al cura tal, que ellos estarán al tanto".

–¿Entre tanto sufrimiento, te divertías en algún momento o jugabas como un chico de la edad que tenías?

Era bastante fantasioso. Vivía en una aventura. Cuando estaba en Campo Gallo para un cumpleaños de siete u ocho le pedí a mi mamá que me regalara un sombrero. Me bañaba a la tarde y salía a dar una vuelta por el pueblo. Resaltaba mucho porque era muy rubio.

Era un pueblo de cien familias, mucha gente no hablaba español, hablaba quechua. No habían visto la tele, no sabían lo que era Buenos Aires. Entonces yo por la tarde salía con mi sombrero, juntaba a los pibes y les contaba historias. Les hablaba del hombre nuclear, la mujer biónica... me encantaba. Era como escribir.

Un día también nos tuvimos que ir de ahí. Nos mudamos al otro pueblo y ya nos dejaron en paz. Empiezo cuarto grado de la primaria. Desde el 79 hasta el 83 estuvimos en Monte Quemado. Finalmente mi mamá ya puede conseguir trabajo. Trabaja en la Municipalidad como secretaria o algo así. Nos dan una casa. Empieza a tener otro color la vida. Pero de todas maneras seguimos sin contacto con nadie y en bastante pobreza. En esa época mi mamá fuma tres paquetes de cigarros por día y llega a pesar 35 kilos. En su habitación lloraba. Fueron demasiados años y mucha soledad y mucha pobreza. En Navidad no comíamos más que una sandía a veces. O no había regalos de cumpleaños. La vida era sobrevivir y nada más. Ahí estuve hasta primer año del secundario. En el 83 volvimos a Buenos Aires y empezaron a ponerse en contacto mis abuelos y mis tíos. Fuimos a vivir a Guernica, un lugar en las afueras de Buenos Aires. No me gustaba nada. No teníamos ni qué ponernos, ni zapatillas, la gente se reía de mí. Nadie se preocupaba por la dictadura. Si vos contabas que te había pasado algo de esto no te hacían ni puto caso, a nadie le importaba. Eso fue lo más feo de cuando fui adolescente.

Aprendí a mentir

–¿En todos esos años fuiste consciente de lo que estaba pasando?

Me acuerdo que en el colegio siempre me sentí un poco más listo que los demás porque sabía lo que pasaba y los demás no. En el colegio nadie hablaba de eso y mucho menos en el campo. Mi mamá siempre nos dijo todo tal cual, no nos mintió nunca, no nos inventó ninguna historia. Nosotros sabíamos qué había pasado y sabíamos desde chiquititos qué era el golpe militar.

Sabía, primero, que había que callar, no decir en el colegio que había muerto mi papá. Fundamentalmente era eso. ¿Viste el primer día? Te dicen "¿Qué hace tu mamá?, ¿qué hace tu papá?" Tu papá murió, y era muy raro un niño con un padre muerto. Entonces aprendí a mentir. Era un clásico. Con mis hermanos decíamos cualquier barbaridad.

–¿Te acordás qué inventabas?

Sí. El clásico era que había pisado un jabón y se había resbalado en la ducha. Me lo inventé un día. Me parecía verosímil. Creo que nunca le inventé otra muerte más que esa: un jabón, un golpe en la nunca y se había muerto.

Empezó la inquietud esta de saber qué había pasado con mi papá

A los catorce años me fui de mi casa. No tenía zapatillas para ponerme, me enojé con mi mamá y me fui a trabajar. Primero fui cadete y después entré en la empresa de mi primo. En ese momento empezó la inquietud esta de saber qué había pasado con mi papá.

Un amigo de él, Pepe, no sé cómo dio con el teléfono de mi tío y llamó. Eran los íntimos amigos de mis papás, Pepe y su esposa Marisa, habían logrado irse a Checoslovaquia y se salvaron. Un día fui a verlos. Solo. Mi mamá no quiso ir. No quería ver a nadie porque se había desmejorado mucho físicamente, estaba flaca, la cara le había cambiado, su cuerpo era otro por el estrés. Creo que tampoco fue a verlos por miedo, nunca superó el miedo, creo que ahora tampoco.

Fui a ver a Pepe a su oficina. El me mandó a ver a la gente del periódico Diario Sur, Duhalde y Nadra. Me recibieron. Luego me mandaron al Partido Comunista, al Comité Central, me recibieron muy bien aunque siempre quedó la bronca de por qué nos abandonaron. Una parte del PC argentino –la Convergencia Cívico Militar– apoyó la dictadura por el asunto del trigo que la Unión Soviética compraba a la Junta Militar y los dirigentes abandonaron a la base militante. Por suerte hubo un Congreso en el que se expulsó a muchos de los que habían apoyado la dictadura.

Los del Comité Central me dieron trabajo. Ellos tenían una productora y un periódico, ahí me puse a trabajar de camarógrafo durante varios años. No terminé el colegio pero nunca dejé de cultivarme y siempre estudié literatura. Trabajé ahí hasta la caída del muro de Berlín en el 89 cuando todo se puso peor. Después de eso empecé a colaborar con el periódico

escribiendo notas.

En esos años empecé a militar. Empecé a ir a Regional Oeste. Todo fue como la búsqueda de mi papá. Me encontré con viejos camaradas de mi papá y otros nuevos.

La lucha de nuestros padres

–¿Cómo empezó tu relación con la Asociación HIJOS?

También hice muchas cagadas. Trabajé de camarógrafo y la pasé bastante bien durante los años que duró. Pero cayó el muro de Berlín, empezó la crisis económica en la Argentina y me quedé sin trabajo. Y me mandé una cagada. Había salido con un amigo, estas cosas de adolescentes, y de desesperado quizás. Estaba en una época muy mala, me dijeron "Vení" y fui. Y me agarraron. Fui a la cárcel y estuve preso por robo un año.

Estando preso vi cómo es otra parte del país. Estuve seis meses en una comisaría y vi que son todos delincuentes, todos trabajan con delincuentes. La comisaría es un nido de delincuentes: los policías, los comisarios, si no están en el secuestro están en robo de coches, cocaína, putas, todo eso me tocó verlo ahí.

Estuve un año y salí. Vi un infierno. Vi los valores de la gente que hace eso, la escala de valores es otra. Pero cuando salí me di cuenta de que esa escala de valores estaba por todos lados en la sociedad: "El que no roba es un gil".

Cuando salí me dieron trabajo en la librería Liberarte y empecé a hacer terapia con mi psiquiatra que me ayudó mucho. El me decía que lo que yo buscaba era eso, la muerte. Era bronca con mi padre.

–¿Reconocés que le tenías bronca a tu padre?

Puede ser.

–¿Por qué?

Por esto, porque me tocó estar solo. Me hubiera gustado que no me pasara lo que me pasó. Fue muy largo, muy agitado. Fue demasiado y yo era muy joven.

Me puse a estudiar literatura. A estudiar, a estudiar. Casi toda mi vida cambió de nuevo. Me volqué muchísimo a la literatura. Mi psiquiatra me había recomendado que no militara porque me hacía mal. Porque decía que –él decía, yo no acabo de creérmelo–, que yo cargaba con la mochila del fracaso de aquel sueño. Entonces me alejé un rato de la militancia y me puse a estudiar mucho. Empecé a escribir. Escribí poesía. Después me pasé a trabajar a la librería Fausto. Mientras trabajaba ahí, en el 95, empezó la Asociación HIJOS.

En la librería me comentaron que en otra sucursal había una chica, Anita, que tenía sus padres desaparecidos y me preguntaron si la quería conocer. La conocí, nos pusimos a charlar un día, lloramos por supuesto. Ella la pasó peor porque no tiene tampoco a su mamá. Me contó que su hermano estaba yendo a HIJOS y fuimos juntos a una reunión. Empecé de nuevo a militar. También me había sentido muy solo en mi militancia anterior porque no había muchos chicos a los que les hubiera pasado esto. Era muy raro, o no hablaban o no había muchos, no sé. No existía HIJOS ni se hablaba de nada de esto. Siempre eras muy raro.

En HIJOS empecé a hablar, a escuchar vivencias que tenían unos y otros. De golpe eran muchos, cientos de chicos. Empezaba a identificarme, veía otros dramas, otras vidas, chicos apropiados, otras mentiras. Era gracioso porque nos contábamos las mentiras que habíamos dicho durante tanto tiempo. Había un chico, por ejemplo, Grinberg, que contaba que siempre decía que su papá había muerto por saturnismo. Saturnismo es exceso de plomo en la sangre y a su papá lo habían ametrallado. Las historias de la muerte eran muy divertidas, todos contando esas cosas raras, o que tu mamá no era tu mamá, que era tu tía. Nos hacía gracia y nos ayudaba un poco. Encontré amigos, familia. Porque no había podido compartirlo antes de esa manera con nadie, nunca se pudo decir nada. Con ellos cambié mucho.

–¿El hecho de que a tu papá lo mataron en el 75 marca diferencias con quienes fueron asesinados durante la dictadura del 76?

No, lo veo como parte de lo mismo. Siempre pensé que la Triple A o los represores de esa época son los que luego dieron el golpe. Si mataron a mi papá y luego persiguieron a mi mamá, para mí eran parte de lo mismo. No lo veía muy diferente, sólo me sentía un poco mejor porque yo por lo menos sabía dónde estaba, con respecto a los que no tienen a sus papás y no saben qué pasó con ellos.

En 2002 vine a vivir a Madrid. Me puse a trabajar con un socio en una tienda de ropa, el negocio fue mal, lo dejé, me puse a trabajar en una librería. Ahí conocí a Joel, el marido de Marianela Galli, que vino un día a la librería. Me pareció muy curioso porque vino a preguntar por el libro El Vuelo de Verbitsky y no era argentino. Me pareció raro. Mandé a pedir el libro a Buenos Aires. Tardó como dos meses. Joel se pasaba y preguntaba por el libro. El día que llegó el libro le pregunté "¿Y vos por qué querés esto?". "Porque me interesa, porque estoy en esto". El militaba en HIJOS. Le conté un poquito de mi historia. Surgió una relación entrañable y me dijo "Hay una reunión de HIJOS en tal lugar..." La reunión era enfrente de mi casa. ¡Enfrente! No podía creer la coincidencia. Fui a la primera reunión y ahí conocí a todos y ahí me agarró más entusiasmo. Volvía a militar y volvía a HIJOS. Y milité con más entusiasmo acá en Madrid que

todos los años anteriores allá en Buenos Aires, supongo que porque la realidad política acá me afecta menos que si fuera allá. A partir de ahí fueron todos mis amigos de acá, de ahora, relaciones muy profundas. Me siento acompañado, todos trabajamos juntos, la mayoría de las asambleas son en mi casa. Marianela, por ejemplo, se convirtió en mi hermana pequeña, a quien adoro. Desde entonces estoy en HIJOS y nuestro trabajo diario, político no partidario, es levantar estos valores que decíamos antes, lo que queremos es un mundo más justo.

En lo que hago en HIJOS reivindico la lucha de mi papá, desde luego sin el dogmatismo de la época. HIJOS es un ámbito en el que hay chicos de todas las corrientes de sus padres, y eso es lo que rescatamos, la lucha de nuestros padres.

La familia normal

–Si pudieras elegir solo una respuesta entre tantas, ¿qué fue lo más importante que cambió la muerte de tu padre?

Siempre pensé en eso. Todo. El hambre. Nos convirtieron de golpe en presas. De chico quizá era una aventura, viajar y demás. Pero ahora pienso y la respuesta es "Todo". Si no hubieran matado a mi papá, hubiera terminado de estudiar, lo hubiera tenido a él, lo extraño, necesitaba de él, mi mamá no estaba bien, necesitaba un poco de ayuda, si hubiera tenido a mi papá hubiera cambiado mucho todo. Incluso errores que cometí en la vida. ¡Qué se yo! Hubiera tenido una casa: una mamá, un papá y una casa. Eso sí que lo extrañé siempre porque nunca tuve casa, nunca tuve barrio. La estabilidad, no sé, la familia normal: que viene el papá y hay trabajo y tiene su plata y vos solo estudiás. A mí no me tocó eso. Me hubiera encantado. Tener una pieza y estudiar.

–A nivel nacional, ¿cómo creés que cambió la Argentina a partir de las muertes de la dictadura?

Todas las muertes de la década del 70 lograron el país que hay hoy. Un país salvaje, lleno de mafiosos, tanto así que los represores de la época siguen ahí y son corruptos. Lo que quedó de Argentina en muchos sentidos es esa falta de ética. Trabajé con el gobierno radical, tengo amigos y conozco gente en el peronismo. El país está corrupto hasta la médula y eso es lo que creo que combatían nuestros viejos, el papá de Marianela, el mío y tantos.

No digo que todos sean corruptos, pero me refiero al país. Por eso me vine a vivir a España, tengo muy pocas ganas de volver a Argentina. No es que no me interese, porque sigo desde acá militando y sigo haciendo cosas para el país, pero me pone muy triste ir a Buenos Aires, me cuesta mucho ver lo que pasa, ver cómo están los trenes, ver la pobreza de la gente que

cada vez está peor. Recuerdo siempre cuando se hablaba de las villas, mi viejo trabajaba con gente de ahí, y pienso en lo que son hoy: guetos de delincuencia, droga, muerte, violencia, degradación moral. En aquella época era gente que venía del interior del país a trabajar, "los cabecitas negra". Los años de Menem me parecieron nefastos para el país, en el que ganaron esos valores. ¿Cómo se reforma eso? No lo veo. Milité muchísimo. Empecé a militar en el PC en el 89, las divisiones en la izquierda son terribles, me parecen inclusive absurdas y me llegué a cansar.

–¿Serías capaz de perdonar a quienes asesinaron a tu papá?

Lo pensé mil veces. De hecho pensé una temporada que quería ir a matarlos. Averigüé, llegué hasta un lugar. Mi papá abrió la puerta aquel día porque conoció una voz, sino probablemente no hubiera abierto o hubiera hecho algo. Pero mi papá abrió, los golpes en la puerta y esa voz eran de un entregador. Llegué a averiguar quién era y dónde estaba. En ese proceso me di cuenta de que la venganza no existe. Lo pensé mucho. Más aún, cuando pasé una temporada en la cárcel haciéndome daño y pensando "¿De qué sirve que yo vaya y mate a un tipo de estos y vaya luego a la cárcel? ¿Qué hubiera cambiado?" Por eso creo mucho más en la justicia que en la venganza. Perdonar no. De eso nada. Pero sí justicia. No es odio lo que me mueve, es justicia.

–¿Fueron enjuiciados los asesinos de tu papá?

Se sabe quiénes son. Pero no hubo proceso judicial todavía. El año pasado se abrió la causa y se está investigando. Es la causa general por grupos operativos. Nosotros decidimos no llevar la causa individual porque eso hace que vaya todo mucho más lento. Estamos en la causa conjunta de todos los miembros del PC asesinados por la Triple A. Son quinientas víctimas.

Se investiga la organización Triple A, aunque el responsable está muerto, se cree que hay activos un montón. Cuando yo trabajaba en el subte en Buenos Aires, por ejemplo, era responsable de cientos de empleados. Tenía que hablar mucho con la seguridad del subte, que es una empresa y la manejaba Miguel Ángel Rovira. Ahora está detenido como uno de los responsables de la Triple A y yo estuve hablando con él cien veces y no lo sabía. Vamos a ver cómo sigue esto.

–¿Tenés un sueño o alguna pesadilla recurrente?

Tengo muchas pesadillas relacionadas con la muerte. Sí, siempre. Una vez por semana. Sueño batallas.

La casa

–¿Te afecta tu historia al momento de pensar en tener hijos?

Sí. De hecho no los tengo. Tengo sobrinos. Tengo el síndrome de que no me puedo establecer. No encuentro un lugar. Madrid me gusta pero no. Buenos Aires no me gusta. Aunque me gusta la pizza de ahí. Supongo que también me afecta que no tengo una casa. Que nunca tuve. Añoro eso. Tener una casa y decir "Vivo acá, acá me quedaré". Todavía no lo sé. No sé qué va a pasar.

Había cobrado la indemnización de mi papá pero el corralito de Cavallo y la devaluación me hicieron perder todo el dinero. Tenía que cobrar 50.000 euros y cobré 15.000. Mi idea era comprarme una casa y se cayó todo. De nuevo sin casa. Algo que me hubiera venido bien, no apareció nunca. Desapareció.

Madrid, 31 de octubre de 2008

[En 2010 Alexis se fue a vivir a Barcelona. En febrero 2012 nuevamente desarmó su casa y se volvió a vivir a la Argentina].

Carolina

Todavía tiene en su piel el color brillante que le dejó el sol del Caribe. En su forma de hablar se oyen los ecos de haber estado aprendiendo palabras en una guardería de Cuba. Dentro de poco, Carolina empezará tercer grado y tendrá nuevos amigos, y serán sus amigos a pesar de que no podrá hablarles del mar de aquel lugar donde vivió.

Ahora camina de la mano de su mamá que le muestra Buenos Aires. Carolina tiene puesto su vestido rojo preferido y un pañuelo de colores en la cabeza. Sonríe porque sabe que está caminando por la ciudad donde finalmente, después de tantas casas, van a quedarse. Casi salta al caminar por el entusiasmo que le agita el cuerpo, porque en el avión la mamá le explicó que volvieron a vivir al país donde nació.

Llegan a una plaza y Carolina descubre al fondo la casa pintada de rosa que había conocido en fotos cuando estaba lejos. La mamá le habla de la gente de Buenos Aires, de que todos toman mate, de que ahí cerca está su nueva escuela. Caminan por debajo del arco de la casa pintada de rosa y Carolina mira a los soldados vestidos de azul que permanecen firmes de pie, que no se mueven.

Entonces tira de la mano de su mamá, porque cada vez que le habla tira de la mano para que su mamá se incline apenas y le preste más atención, y le pregunta:

–Mamá, ¿y los tanques?

–¿Qué tanques, Caro?

–Los tanques mamá, porque como estamos en guerra...

La mamá le dice que por suerte no hay tanques y le muestra las palomas que se acercan porque una señora les tira miguitas de pan. Las palomas comen.

Carolina vuelve a tirar de la mano:

–¿Entonces la guerra terminó? –pregunta alegre, dando pequeños saltitos bajo el pañuelo de flores. La mamá le acaricia la cabeza pero no contesta. Las palomas levantan vuelo y se alejan. Carolina está contenta porque en vez de tanques descubre palomas en la ciudad donde llegó para quedarse.

[Ahora con más de treintaaños, lejos de la infancia, de Cuba y de Buenos Aires, Carolina Bettanin recuerda su historia instalada en Madrid].

Mi familia es una familia de Buenos Aires. Mi mamá, María Inés

Luchetti, militaba en la Juventud Peronista. Como trabajadora social empezó a vincularse con el movimiento de curas tercermundistas y dentro de esa actividad barrial y social se vinculó después con la organización política Montoneros.

Mi papá, Leonardo Bettanin, además de las cosas que iba estudiando –periodismo, historia y filosofía–, también era militante de la Juventud Peronista. Empieza a militar dentro de la organización Montoneros. A los 19 años de mamá y 24 de papá, se conocen. Forman pareja. Se casan en 1972. Tienen la primera hija –Mariana– en el 73. Mi papá asume como diputado nacional por la Juventud Peronista en el 74. A fines de ese año la organización Montoneros los trasladó a Rosario por la persecución que tenían de la Triple A. En esa época mis viejos pasan a la clandestinidad. Nazco yo, en Rosario, en el 75. Mi papá ya no era más diputado. Estaban clandestinos los dos. Después nace mi otra hermana en el 77 –Cristina–.

Para mantenerse, lo que hacían en esa época en Montoneros, era socializar los sueldos. Mientras papá fue diputado, el sueldo entero lo ponía en la organización, así como lo ponía el albañil, el trabajador de una fábrica o un empresario –aunque no había tantos empresarios–. Todo eso se concentraba y los responsables de cada zona dividían lo recaudado de acuerdo al grupo familiar. Obviamente el sueldo de diputado era altísimo, pero si papá ganaba diez y nosotros con mamá y dos nenas, vivíamos con cinco, se repartía. Cuando pasan a la clandestinidad, el sostén económico pasa a ser únicamente la organización gracias a los sueldos de los compañeros que podían aportar, aunque había muchos que no podían porque estando clandestinos era bastante difícil que pudieran trabajar. También existía el dinero del secuestro a Bunge y Born,[1] con lo cual se mantiene toda la parte económica de la organización, no solo a nivel militar sino a nivel de vida de la gente que está todo el día militando.

Un país, antes que nada, posible

–¿Cómo era el país que imaginaban tus papás?

El país que ellos imaginaban era un país, antes que nada, posible, totalmente posible, totalmente real. A veces se piensa en utopías, que no digo que no fuesen, pero parece como que fue una quimera, algo inalcanzable. Ahora, 30 años después, cuando la gente habla de eso dice “Ay… un país más justo…”. Pero era totalmente posible, estaba ahí. Realmente ellos pensaban que iban a tomar el poder y en ese momento. Hoy en día es muy difícil contextualizar.

Era una generación muy grande que estaba avanzando y había muchas condiciones dadas desde lo político, lo cultural, por la revolución que estaban viviendo otros lugares de Latinoamérica, lo que estaba pasando en Europa, y todo el movimiento que estaba generándose en Argentina.

Estaban volcando un montón de estructuras.

Lo que ellos querían era pensar en una Argentina que fuera –es un tópico de los tres puntos del peronismo pero era así–, un país con justicia social, económicamente libre e independiente, y entonces políticamente soberano.

En tanto que vos tengas una independencia económica, vas a tener una soberanía política. Lo que se buscaba era la independencia total, la libertad, la justicia para todos los habitantes del país y la igualdad de oportunidades. Buscaban que los pibes pudieran estudiar todos por igual, que hubiera salud para todo el pueblo, que no estuviera el país sojuzgado o dependiente del colonizador de turno, llámese España, llámese Estados Unidos, llámese Inglaterra, cualquier potencia que viniera a llevarse nuestros recursos y pagara dos pesos por eso y se llenara de oro, que es lo que viene pasando desde la colonización hasta el día de hoy con guerras en el medio, con dictaduras en el medio, pero es lo que seguimos siendo, un país dependiente, más o menos encubierto pero sigue pasando lo mismo.

Y buscaban un país más justo y más libre para que nosotros pudiéramos habitar. Nosotros, sus hijos. Y nuestros hijos y los hijos que vinieran después, para las generaciones que venían. En ese marco que parece de palabras enormes y grandilocuentes estaba el entregar la vida como lo hicieron ellos.

Es muy difícil entenderlo hoy. Era difícil en ese momento para tanta gente que no se comprometió y no se sumó a la lucha y hoy es difícil también entender que era de verdad que se estaban jugando, no era una cosa romántica y nada más. Había cuestiones concretas de dar la vida, de entregar el día a día por un futuro para nosotros. Algunos nos quedamos sin papá o sin mamá. Pero si hubieran ganado, nosotros no seríamos hoy los pobrecitos (aunque para algunos somos los hijos de los héroes), no seríamos esas “víctimas”, entre comillas, porque creo que la mayoría de los hijos de desaparecidos o de muertos no nos consideramos víctimas de nada y muchos estamos orgullosos de eso.

Puedo pensar “No tengo papá” y es un bajón, claro, si lo pienso a nivel individual es un bajón y voy a arrastrar toda la vida el sentir la ausencia de papá, el sentir que podríamos haber sido una familia que desestructuraron, que un tiempo desestructuraron, porque la victoria estaba también en que no te desarmaran como desarmaron a algunas familias. Es muy difícil de analizarlo así, porque si me quedo en la historia familiar nuestra, me podría quedar en el lamento, en la tristeza, que existe. Existe la ausencia y existe el agujero emocional. Pero también existe toda una cosa mucho más grande que si no la entiendo desde ese marco, si no la entiendo desde el marco de militancia, no entiendo la historia, no los entiendo a ellos.

El niño cuando es niño no lo comprende, lo único que entiende es que

el papá no está y que a la noche mamá no está en la cena. El niño no entiende pero todo lo perdona, y por amor es capaz de sobreponerse a todo. Cuando uno es más adulto, ahora, a los 34 años, puedo analizarlo desde otro lugar. La ausencia está, el dolor está y me va a acompañar siempre, pero por otro lado está una lucha que no han ganado, lamentablemente, pero que nos han dejado a muchos, y no solo a los hijos, porque no hace falta haber pasado por eso para entender ese legado. Era pensar de verdad en el bien común. Ahora parece que algunos querían hacer una locura. Era una locura, claro que era una locura. Pero locura era lo que estaba pasando y lo que sigue pasando de estar oprimiendo un país y de que hay cincuenta que siempre se van a beneficiar con el sudor de quinientos y cada vez peor. Y los pibes siguen sin comer bien, y los pibes siguen sin estudiar bien y siguen llevándose el oro y siguen reventando las minas del país y siguen llevándose el gas y todos los recursos que tenemos y siguen las multinacionales en nuestro país o peor. O peor. Si ves los índices de lo que era en el año 70 y lo que pasa ahora, hoy es diez veces peor.

–¿Vos sí entendés a tus padres?

Las contradicciones están en yo siendo hija y cosas que a mí me han faltado como niña, pero claro que los entiendo. No sé qué hubiera hecho yo en ese momento. Todos decimos que hubiéramos hecho lo mismo, yo qué sé. Creo que el contexto me hubiera ayudado a salir a la calle como ellos, a salir a luchar como ellos, pero no lo sé. Hay que tener también un coraje muy grande y pasar por cosas que han pasado muchos compañeros que de solo pensarlo me da escalofríos. Lo que sí es verdad es que había un pensamiento colectivo de las cosas y es muy difícil verlo desde lo individual ahora, es casi imposible poder interpretar esa historia. Desde lo individual, es imposible. Si lo pensás desde lo colectivo, que era una organización que pensaba todo el tiempo socialmente, colectivamente, donde había un objetivo real y que todo estaba en función de eso, arremetían con todo, eran unas bestias. La familia estaba por eso. Ellos iban a tener hijos para crear un país libre donde hubiera justicia social, igualdad de oportunidades para todos y sus hijos se iban a criar en ese suelo. Entonces, dentro de eso, había que ir y luchar. No te podías quedar en tu casa. Desde ese lugar, claro que los entiendo. Los entiendo, los valoro, y merecen todo mi respeto. Profundo respeto hacia mis padres y sus compañeros. Después puede haber críticas. Pero sí, los entiendo, los comprendo y los reivindico.

Mamá nos tapaba

Era enero del 77 y nosotros estábamos viviendo en Rosario, en el barrio obrero, mi mamá tenía 28 años y estaba embarazada ya de nueve meses de

mi tercera hermana. Mi papá tenía 32.

Estábamos todos en la casa, algunos durmiendo la siesta. Yo creo que estaba durmiendo. En esa tarde, el 2 de enero del 77, el ejército hace un allanamiento, un operativo, en nuestra casa. En esa tarde, a la hora de la siesta, secuestran a mi mamá, secuestran a mi abuela paterna que estaba ahí pasando unos días con nosotros, nos secuestran a mi hermana Mariana y a mí –mi hermana de tres años y yo de un año y medio–, mi mamá embarazada, secuestran al compañero de mi tía paterna, a mi tía la asesinan, asesinan a mi papá, asesinan a un compañero que también estaba ahí escondido en casa. Mamá nos tapaba, pero adelante nuestro lo asesinan a papá y a los demás. Nosotras estábamos subidas al techo de un vecino y ella nos tapó cuando fue el fusilamiento. Después nos llevaron en el carro de asalto a lo que sería la Jefatura de Policía en la localidad de Rosario, a mi tía asesinada la llevaban con nosotras, su cuerpo al lado nuestro.

No sé cuántos días después unos tíos paternos recuperaron los cuerpos y tanto mi tía como mi papá están enterrados en el cementerio de La Plata.

–¿Te acordás algo de todo esto?

No, no tengo un recuerdo consciente. Seguramente lo hay inconsciente, guardado en la memoria, en el cuerpo.

Mi hermana Mariana y yo estamos unas horas en la Jefatura y nos rescata mi abuela materna que nos va a buscar desde Buenos Aires a Rosario. Le avisaron a ella porque había un militar en la familia que "ayudó", entre comillas, porque sino quizás tardaba más en rescatarnos. Mamá y mi abuela paterna, Juani Bettanin, se quedan en Rosario presas ilegales. Es decir, que no las ponen como presas legales sino como figuras desaparecidas.

El 16 de enero, catorce días después del operativo, mi mamá detenida da a luz a mi hermana. La llama Cristina Inés, Cristina por mi tía asesinada, Inés por ella misma. El parto fue en la Asistencia Pública de Rosario. La sacan para parir y de ahí la trasladan a la alcaidía de la Jefatura de la Policía de Rosario, donde días después se reencuentra con mi abuela.

Mamá tiene la suerte de que Rosario, que dependía del Segundo Cuerpo del Ejército en esa época, no tenía la costumbre de robar nenes. Mi mamá decide tenerla en celda, con lo cual mi mamá se pasa nueve meses con mi hermana, dándole de mamar. En toda esa época mi abuela Juani también está con ella en la celda, pero tienen diferentes recorridos dentro de lo que fue la cárcel. A mi abuela la torturaron. A mi mamá no, sí que le dieron los golpes y lo que hacían comúnmente pero no le dieron picana, que era el método que utilizaban para sacar información. A mi abuela sí, la violaron y la torturaron varias veces.

Mi abuela tenía cincuenta y dos años. Tenía tres hijos. Leonardo, mi

papá, Cristina, que fue la que también asesinaron ese día y Guillermo, que había desaparecido seis meses antes. Los tres hijos, los tres militantes peronistas y montoneros, a los tres los asesinaron. En realidad uno está desaparecido y dos asesinados. Ella estuvo un tiempo con mi mamá presa y después la trasladaron a Devoto, a una cárcel que está en la Capital Federal en Buenos Aires.

Todo este tiempo nosotras fuimos criadas con mi abuela materna y a los diez meses, más o menos, a mi mamá la liberan en Rosario, se va con nosotras a Capital Federal, a Belgrano donde nosotras estábamos y esperamos a que salga mi abuela Juani de Devoto. Cuando sale Juani hacen todos los trámites y nos exiliamos en Italia donde nosotros tenemos familia, como tantos argentinos.

El exilio

Salimos de Argentina las tres niñas Bettanin –Mariana, Carolina y Cristina–, mi abuela Juani y mi mamá. Nos exiliamos. Nos vamos al Veneto, al norte de Italia, donde estamos viviendo casi un año y medio. En ese tiempo mi mamá y Juani se vuelven a contactar desde el exilio con Montoneros para seguir militando y empiezan a trabajar desde afuera sobre las denuncias para informar sobre lo que estaba pasando en el país.

De Italia nos vamos a España. Estamos exiliadas en Madrid dos años, donde mamá y mi abuela ya se rearman con Montoneros y siguen militando.

Me crié en el exilio con chicos con papás asesinados, desaparecidos o que habían estado en cana, esa era parte de mi realidad junto con la realidad de jugar, de ir al cole, de tener amigos, de reírme, de ponerme a llorar por algo, de pelearme con mis hermanas. Estábamos dentro de la situación de ser hijas de militantes y de estar exiliadas y todo, pero tengo recuerdo de una infancia feliz y de juego, dentro de todo esto que es un bajón.

En Madrid mamá vuelve a formar pareja con un compañero, también montonero, Hugo Ramos, que también tiene dos hijos con una anterior pareja, que también sufrió exilio.

Después nos vamos a Cuba por otros dos años. Ahí estuvimos viviendo en una guardería que tenía la organización para hijos de compañeros que sus papás estaban militando o estaban muertos. Finalmente volvimos a Argentina en el año 83 con la democracia.

El regreso

Volvimos a mis siete u ochos años. Me acuerdo cuando llegamos a Argentina y yo decía “Mamá, ¿y los tanques?”, “¿Qué tanques, Caro?”, “No, porque como estamos en guerra...”. Y esperaba... no sé... no sé qué esperaba ver. Por suerte no vi ningún tanque cuando llegué. Me imaginaba

una guerra, mamá decía que Argentina estaba en guerra y que todavía no podíamos volver y "¿Por qué no volvemos al país?", "Porque todavía no se puede, porque hay dictadura". Entonces yo me imaginaba ver eso.

Llegamos a Buenos Aires y al principio seguíamos clandestinos. Todavía en el 83 hubo desapariciones importantes, entonces la cosa estaba densa. En el 84, 85, empezamos a vivir como familia: mamá, papá Hugo, Mariana, Cristina y yo. Mamá queda embarazada y tenemos otra hermana, María Laura Ramos, la cuarta. Así somos familia, vivimos en familia, junto con mi abuela Juani que seguía vivía, murió hace unos poquitos años. Mis viejos siguen militando en lo que fue el Peronismo Revolucionario, que fue como una nueva forma democrática donde eran todos exmontoneros, los que habían quedado y los que estaban todavía de acuerdo en seguir militando. En el 89 ya dejan su participación activa en la militancia y nos vamos a vivir al interior de Buenos Aires, a San Pedro. Transcurrimos, dentro de lo que se podía, como una familia normal en el período democrático. Nos criamos normal, íbamos a la escuela, hacíamos actividades.

–¿Le contabas tu historia a los amigos en la escuela?

No decíamos que veníamos desde el exilio o que veníamos de Cuba. No se podía. Decíamos que veníamos de México. ¡Mentira! ¿Quién nos iba a creer? Veníamos re cubanas, hablábamos re caribeñas las tres. ¡De mexicanas no teníamos nada! Habíamos pasado una semana en México antes de llegar a Argentina, nada más. Éramos tres cubanitas en esa época. Pero había que decirlo. Nos mandaron a una escuela en Paternal que era progre, un lugar semiprivado, entonces iban un montón de hijos de compañeros, era un buen lugar para empezar a insertarnos. Estaba densa la escuela en esa época en Buenos Aires.

–¿Sabías que tenías que mentir?

Sí, porque nosotras fuimos educadas en la verdad en todo el exilio. Desde que yo me acuerdo, nos explicaron por qué papá había muerto, qué era lo que estaba pasando en el país, que había una guerra y qué era lo que estaba pasando con los milicos, que a papá lo habían matado los milicos, entendíamos que éramos niñas exiliadas, que éramos hijas de montoneros. Todo esto que cuento ahora, desde chiquita que tengo uso de razón que lo sabía, que lo entendía así.

Nosotros tuvimos la suerte de que mi vieja, con todo el dolor porque es un bajón tener que decirle eso a un nene, nos explicó siempre la verdad. Vivís desde otro lugar cuando es así. Hay algo que ya tenés resuelto, es la verdad. Más, menos doloroso, pero es lo que te pasó. Es lo que le pasó a tu familia y de dónde venís. El origen tiene que ser verdadero. La verdad es el origen. Si no, no hay vuelta. Si no, siempre vas a estar caminando sobre un

terreno incierto y algún día la verdad saldrá a la luz.

Y me fui a la aventura

–¿Cómo siguió tu vida?

Terminé el secundario, estudié unos meses para hacer letras en la Universidad de Buenos Aires, dejé, estudié dos años para maestra primaria, dejé. Y ahí empecé teatro. Hice dos años y pico de teatro en Buenos Aires y me vine a vivir a España. Salí en el 99, estuve viajando un tiempo y me instalé en Barcelona en el 2000. Estudié cinco años teatro en Barcelona y después me vine a Madrid y hace tres años que vivo acá.

La salida mía de la Argentina en el 99 fue a la aventura. Así de simple. Con un interrogante al principio, a ver qué hacía. Salí con una mochila. Tenía ganas de irme de Buenos Aires. Estaba estudiando teatro pero tenía ganas de conocer otros lugares. Me acuerdo que mi viejo, mi papá de crianza, me decía "¡Explicame por qué te vas!" Y yo le decía "Pá, si tenemos de vida 70 años, 80, que use dos, tres, ¡diez!, para vivir en otro lugar, no pasa nada." Y me fui a la aventura. No sabía qué iba a hacer. Me acuerdo que mamá me dijo que no me pusiera la presión ni de que me tenía que quedar en algún lugar ni de que tenía que volver, que hiciera lo que quisiera. Con dolor seguramente, sin mostrármelo, de que se estaba yendo su hija.

Sé que mi decisión de quedarme en España, una vez que empecé a estudiar, a vivir en pareja, provocó un dolor en mi familia. No dejaba de ser, por un lado, la distancia de una hija, la ausencia con presencia una vez al año. Por otro lado, estaba lo ideológico que tienen mis padres, una hija de ellos elegía otro país que no era Argentina para estar. Les dolía que Argentina no fuera un lugar que los jóvenes eligieran para vivir. Lo supe entender después. Al principio era una lucha, sin decirlo y sin verbalizarlo, de que yo estaba acá y tenía como una cierta "culpa", entre comillas, de haber elegido otro lugar. Ellos que te la hacían sentir sin darse cuenta: "Luchamos por este país y nuestros hijos se van". Entonces fueron pasando los años.

–En ese tiempo te acercaste a Teatro por la Identidad.[2]

Exacto. A los cinco años de estar en España empiezo en Teatro por la Identidad. Empiezo a tener un compromiso mayor con mi historia. Teatro por la Identidad trabaja con Abuelas de Plaza de Mayo en la búsqueda y recuperación de los chicos que robaron los militares en la dictadura y a través de diferentes obras cuenta historias que tienen que ver con la recuperación de la identidad.

Teatro por la Identidad reúne mi parte como actriz, mi parte vinculada a lo que sería una gestión cultural, que es algo que me interesa de las

actividades que hago y después reúne una parte militante, que es algo que a mí me hace bien, y el compromiso con la historia y el sentir que estoy haciendo algo para un objetivo claro que es la recuperación de los nietos. Mientras sigan faltando nietos, el objetivo está claro.

En el año 2000 empieza Teatro por la Identidad en Buenos Aires. En el 2004 empieza en España. En Barcelona en 2006. Cuando me entero, me engancho enseguida. La idea era empezar a crear textos en España, no solamente usar los de Argentina. Y así engancho.

Empieza toda una parte mía de aprendizaje, de crecimiento y de reconciliación con mi historia y con mi mamá. Todo esto duró casi diez años. Pasaba el tiempo y fui necesitando cada vez más a mi familia. De las Bettanin, yo siempre fui un poco la más rebelde, la que se tatuó, la que salía, la que iba a recitales. Mi adolescencia fue muy caótica, siempre había algo conmigo, era una cosa mucho más enfrentada con mi vieja: "¡Así no salís, arreglate el pantalón!", "No quiero", "¡Entonces no salís!", "¡No salgo!" Siempre para quilombo.

Había un enfrentamiento desde la rebeldía de la adolescencia y después de grande un "no compromiso", entre comillas. Fue acá en Europa donde lo encontré. En Argentina obviamente a las marchas iba, estaba vinculada con hijos de compañeros... pero nunca estuve tan comprometida como ahora. Tal vez necesité irme. Necesitás objetivar para querer entender o no, o decir "Esto ya está, es mi pasado" o "Esto es parte de lo mío pero no vuelvo a él". En mi caso fue irme para reconciliarme y para empezar a comprometerme desde el lugar que yo eligiera.

Cuando empiezo a militar con Teatro por la Identidad, leía obras que no me terminaban de convencer y dije "Yo puedo escribir algo, puedo contar mi historia". No es una historia de apropiación. Pero igualmente pensé que, hablando sobre identidad, podía contar mi historia. Me puse a escribir para hacer una pieza para el ciclo.

No soy dramaturga, me puse a escribir desde lo testimonial. Me ayudó muchísimo la que en ese momento era la directora de la obra, Bárbara Becker, y la otra actriz, Leila Barenboim. Éramos tres trabajando. Siempre mi vida fue un relato como te lo estoy relatando ahora, "Me llamo así, asesinaron a mi papá y después nos vamos, bla, bla, bla...". El cuentito que me sé, se convirtió en un texto teatral, se tenía que convertir en un texto teatral, tenía que pasarlo por un lugar de emoción para convertirlo en "arte", entre comillas, como si fuera a escribir una partitura o a pintar un cuadro.

Pero no podía. Escribía y no podía escribir. Y las llamaba a las chicas llorando y les decía "No puedo". ¡Y era mi historia! Era la historia que me sé de memoria, que la tengo vivida, que la tengo reflexionada, llorada, odiada en algún momento, complejizada, dada vuelta para adelante y para atrás, psicoanalizada, pero al pasarla por el canal del arte me era

imposible.

Entonces las llamaba a las chicas llorando, “No puedo escribir”. Me decían “Bueno, tranqui, mañana vamos, tomamos unos mates y lo hacemos juntas”. Ellas venían, tomábamos unos mates, no hacían nada, yo estaba ahí y escribía. Después la directora me ayudó a estructurarlo desde lo dramático y desde lo dramatúrgico. Ahí nace Trenzas, que es esta obra que son 25 minutos, que habla sobre mi historia.

Cada uno tendrá su fórmula, cada hijo lo hará de alguna manera, no lo hará, no lo sé. Pero en mí, en mi proceso como ser humano y como mujer que ahora soy, me sirvió y fue sanador para reconciliarme, de alguna manera, con mi vieja por tantos reclamos.

Es como una entrega de amor también y devolución a mi familia, a mamá más que nada. Papá no está pero queda en mi corazón ese tipo de devolución y agradecimiento. De entender que, a pesar de tanto dolor y tantas ausencias, tantos renunciamientos que tuvieron un costo para nosotros, la base de lo que ellos hacían era el amor. Eso es muy difícil de entender, mucho hijos no lo pueden entender, yo lo hablo con muchos compañeros de HIJOS y ellos dicen “¿Qué me importa eso? Si no estaban. ¿Qué me importa si no les importó morir? ¿Qué me importa?” Y cuando podés entender eso del amor... pero lo podés entender si te criaron con amor.

Eso, si no es amor, que me lo vengan a contar

Muchos que no tuvimos a un componente familiar, en mi caso papá, tuvimos a alguien, una abuela en mi caso. Nosotros tuvimos la fortuna de tenerla a Juani, que fue como un ángel que nos cuidó siempre y que fue la que nos mantuvo siempre fuerte y en alto la memoria de los Bettanin. Los tres estaban muertos y no había forma de construirlos si no era por el relato de ella, de mamá también, pero más que nada de ella por ser la madre de los tres.

Muchos tuvimos cerca también a los compañeros de nuestros padres, que no eran dementes, no era autómatas, no eran marcianos que estaban ahí empuñado armas solamente en contra de los milicos. Eran jóvenes, seres humanos, que lo estaban haciendo por amor de verdad. Eso que te decía antes de pensarlo para una generación entera, no estaban pensando solo en nosotros cuando decían “Hay que luchar contra los milicos y hay que liberar este país y si hace falta hay que empuñar un arma”. Estaban pensando en nosotros y en todos los pibes de la villa también. Y en los hijos de los hijos y en todos los que venían después. Eso, si no es amor, que me lo vengan a contar. Era una lucha por amor, después en el medio te podés poner a pensar y a debatir el tema de la opción por las armas o no, o errores estratégicos. Pero era una lucha. O te metés o no te metés. Criticar ahora, 30 años después, a la lejanía y no entender que ahí había que poner

toda la carne al asador o no, me parece fácil, me parece simple y todo esto es demasiado complejo.

Trenzas tiene que ver con el amor y tiene que ver con eso. A mí me sirvió, en mi proceso, que además de ser hija de quien soy, estudié teatro, y tiene que ver con lo que para mí fue sanador y con el proceso que tuve que hacer como ser humano, que recién lo pude hacer a los 26 o 27 años, cuando empecé con Teatro por la Identidad.

Antes no militaba, sí había participado de reuniones de la agrupación HIJOS en Capital cuando recién empezaban, cuando tenía 19 años. Pero en esa época también HIJOS era un espacio donde todos se contaban las cosas y se encontraban, era "¡Ay, a mí me pasó lo mismo!" Y yo ya venía de toda mi historia con un montón de gente que le había pasado lo mismo. Venía de estar en la guardería en Cuba, con hijos de compañeros, cuando volvimos en el 83 participamos como dos años de un taller que era para hijos, ellos eran mis amigos, no me sorprendían sus historias.

–¿Nunca te sentiste rara?

Sabía que era una nena, y después una adolescente, que tenía una historia particular, y cuando la contaba todo el mundo quedaba como que no sabía que decirte, que teníamos esa cosa, entre comillas, "especial". Pero distinta, no. De eso siempre se preocuparon Juani, mamá y toda la familia. Se preocuparon especialmente de insertarnos como personas normales. Por eso siempre se luchó por el tema de la escuela pública, aunque la primera escuela era medio concertada. Pero después siempre se luchó por la escuela pública, por que viviéramos en barrios, ya bastante teníamos con nuestra historia para sentirnos "especialitos".

–¿Qué le reclamabas a tu mamá?

Los reclamos eran por el tema de las ausencias. Es difícil echarle la culpa al muerto, en general el muerto queda cristalizado, queda como el héroe, entonces papá era el héroe y mamá, que era la que había quedado viva, era la que seguía viviendo al lado tuyo y la que te cría, la que te sigue amando y la que comete errores. En ese cometer errores, como tienen todos los papás, tuvimos un exilio en el que ella sigue militando. No se dedica a criar a las nenas y vivir en Europa. Mi mamá se exilia y sigue militando, incluso más que antes. Si hay algo que a mi vieja le dio fuerzas fue la cárcel y la muerte de papá para decir "No voy a dejar de militar, no voy a dejar de luchar, por lo mismo, porque está pasando lo mismo o peor, porque la represión está siendo cada vez más feroz".

En esa opción de ella, estábamos nosotras. Si mamá tenía que ir a hacer algo o estaba en un curso político o se iban a hacer denuncias a Ginebra, nosotras estábamos solas, con mi abuela. A muchos nos pasó eso. En general, el reclamo del hijo viene en la adolescencia, que te rebelás, que

ves a tus papás y ya no son los que pensabas, cuestionás y ponés en tela de juicio un montón de cosas de la educación que te dieron. A mí me vino un poco más tarde. A los 19 o 20 años, pero fue feroz. Fue feroz con mamá, fue duro. Trenzas, que viene casi ocho años después, fue como una especie de reconciliación. Después quedan cosas y charlas eternas con mi vieja, donde siempre sale el tema, charlas de tres horas y media porque tendremos algunas otras carencias como familia pero las charlas son eternas, y todo se habla, y todo se explica.

–¿Tu abuela podía hablar también de tu papá?

Sí, le dolía, pero hablaba. Siempre. Juani era un libro abierto, memoria constante, de anécdotas, de cosas lindas, de cosas alegres y divertidas, de lo que eran los encuentros antes de la dictadura, de los encuentros de los compañeros, de que a la casa de los Bettanin se iba siempre. Juani era muy noctámbula y mi abuelo era artista plástico y director de teatro, entonces era una familia muy bohemia: papá periodista, estudiaba como tres o cuatro carreras, mi tía fotógrafa... era una familia que vivía de noche siempre, no sólo en los 70. Mi abuelo pintaba a cualquier hora y escuchaban música. Sus hijos y los compañeros iban a alguna reunión y cuando terminaban se iban a lo de Juani y a la una de la mañana Juani se ponía a hacer fideos o a preparar algo de comer. Siempre había anécdotas y cosas divertidas dentro de lo que se podría pensar como una tragedia, que de alguna manera lo fue.

Papá en el cuerpo

–¿Tenés recuerdos de tu papá?

No, nada. Nada. Estoy segura de que hay un registro en mi cuerpo de las cosas, inconsciente también, que hay un registro de papá en el cuerpo. Entiendo que estuve con él hasta el año y medio de vida, con lo cual mi papá está en el recuerdo emocional.

También lo asesinaron adelante mío. En algún lugar eso está, lo tengo clarísimo. Esas cosas están.

Un día, en un paseo por el zoológico de Buenos Aires, llamaron por los parlantes a un empleado del lugar. Con ese sonido, a mi hermana y a mí nos agarró un ataque de llanto. Mamá nos explicó que cuando fue el operativo en casa habían gritado por el megáfono que salga tal, y los gritos... Ese tipo de cosas, que uno piensa que no están, pero las secuelas quedan, son impactos físicos y de memoria que tiene el cuerpo.

Además hay algo que a mí me pasa, en particular. Yo sé que a mi abuela la torturaron y sé los métodos de tortura en general que se dice que hubo. Lo sé de forma oral, de haberlo escuchado. En mi familia, tanto Juani como mi mamá, decían que ellas no iban a entrar en detalle sobre

los métodos de tortura, que si nosotras algún día de adultas queríamos saber podríamos leer los testimonios que están y que hicieron ellas, Juani a la CONADEP,[3] mamá también en los juicios, pero que nosotras éramos las responsables adultamente, que ellas no iban a entrar en detalles. Nunca leí los testimonios. Pero sí me pasa algo con la tortura: cuando empiezan a hablar, una tontería que digan, me pongo a llorar o me pongo mal o no quiero ver películas que hablen sobre eso o, si viene el momento, me tapo la cara. Es una cosa automática, como si me hicieran play, aunque yo no tengo un registro de eso porque no estaba ni cuando torturaban a mi abuela ni a mi mamá ni estuve cerca de sesiones de tortura, como pasó con otros nenes.

–A pesar de tu historia trágica, sos una persona muy alegre.

Eso tiene que ver, por un lado, con la personalidad. Y además sí hay una alegría familiar. Aprendimos, a pesar de todo, a conservar la alegría y luchar por eso contra todo. Tiene que ver con la educación que tuvimos, con la infancia que tuvimos a pesar de lo trágico. Soy de fácil sonrisa. Además porque tampoco quiero entrar en una cosa lacrimógena, que es muy fácil y razones tengo. Pero, ¿sabés que bajón sería?

Volver

–Después de diez años afuera, volvés a vivir a la Argentina, ¿cómo fue tu decisión?

Es netamente afectiva. Si pienso en volver al quilombo que es Argentina, obviamente ahí no hay razones muy cabales. Lo digo irónicamente pero bastante en serio también para lo que significa volver al país con toda la inestabilidad que puedo llegar a tener, desde lo laboral o desde el día a día que se hace bastante más difícil que en Europa. Pero mi sensación es que en España puedo estar bien como estoy, porque estoy bien en el trabajo, estoy bien en Teatro por la Identidad, pero si se me sigue pasando el tiempo acá no sé si voy a ser tan feliz como quiero ser. Sé que puedo ser más feliz y siempre busco eso.

Siento que mis viejos me educaron para ser libre, creo que en esas cosas han logrado bastante con nosotras, con las cuatro. En esa libertad está la decisión de elegir el lugar donde vivir o lo que quiera hacer y pelear por eso. Ahora mi sensación es que ya se me cumplió una etapa, que me puedo seguir quedando, que no está mal, que en España estoy muy feliz y que ocurrieron cosas muy lindas y todo lo que estoy contando es importantísimo. No me llevo ni dinero ni otras cosas que para algunos pueden ser importantes, pero hay valores y otras cosas que pude conseguir acá sola, que a veces necesitás eso, individualizarte dentro de tu familia para poder crecer y para poder elegir, y volver a ella.

Tengo ganas de estar cerca de mi familia, de mis amigos, y quiero estar

en Argentina, que es un lío en muchas cosas, pero soy de allá y quiero estar allá. Hay cosas del día a día de los valores de cómo se mueven acá en Europa que no me cuadra, no me gusta. Lo respeto, son diez años que llevo en España, es un país muy lindo en muchas cosas pero muy injusto y muy hipócrita en otras. Están viviendo a costa del sudor y de lo que pasa en muchos países sudamericanos.

–Volvés a la Argentina en el momento de la reactivación de los juicios, ¿influyó esto en tu decisión de volver?

No, esto no tiene que ver con mi decisión. En el 84 mi mamá y mi abuela volvieron a Rosario e hicieron todas las denuncias que fueron el comienzo de la megacausa Feced sobre el servicio de informaciones de la Jefatura de Policía de Rosario. A raíz de esto se llegó a encarcelar a Feced y a muchos de los que habían participado en la represión de Rosario. Con las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final la causa caduca. Se reabre con la anulación de esas leyes. Pero la decisión de mi mamá y de mi abuela siempre fue no volver a comparecer porque lo que ellas testimoniaron ya figura en los anales de la justicia argentina.

Ese pibe tiene más que perdonar que yo

–¿Serías capaz de perdonar?

(Silencio). Me es difícil pensarlo así. El perdón lo veo ligado a... dejame pensarlo. (Silencio).

–¿Sentís que tenés algo que perdonar?

No. Ese es el tema. ¿Perdonar a quién? ¿A un militar? No. Lo que no se puede perdonar, en realidad... El pibe que vive en las villas miseria y que el viejo también era villero, y que el sistema de la Argentina, los gobiernos y la clase política y los grupos económicos han hecho que siga siendo villero y que siga sin tener oportunidades, ese pibe tiene más que perdonar que yo. Parece trágico todo lo que te cuento de mi vida, pero yo tuve oportunidades para estudiar, tengo el cuerpo sano, soy “blanquita”, tengo un nivel cultural medio, he podido viajar, fui criada en el amor. Tengo un montón de cosas que hay gente que no las tiene. Esa gente a quien nuestro país no le ha dado las oportunidades es la que tendría que decir si perdona o no.

Lo que sí no perdono, pero yo como cualquiera, no por la muerte de mi papá o por la destrucción de una familia, lo que no perdono es que no podamos vivir con igualdad para todos. Que siga pasando que hay un montón de gente que se está llevando la torta y viven bien para que otros no. Es evidente. Se ve. Está pasando en el mundo entero, ya no te hablo de Argentina. Lo que no se puede perdonar es la impunidad, pero la

impunidad de todo lo que está pasando. Un montón de injusticias que sigue habiendo y un montón de asesinatos o muertes por negligencia, por morirse de hambre.

Si vamos a pensar en los juicios, no, no perdono, no, obviamente. Juicio, perpetua para todos los responsables, en una cárcel común, y todo y ya. En eso no quiero perdonar, pero quiero hablar de lo otro porque me parece más importante, sino nos quedamos en eso, que está bien y que es el tema que nos compete, pero todo lo otro no dejó de existir.

Madrid, 18 de mayo de 2009

[Carolina volvió a vivir a la Argentina a fines de 2009. En 2014 nació su hijo Jano].

---

1. El 19 de septiembre de 1974, los hermanos Juan y Jorge Born, principales accionistas al momento del conglomerado cerealero e industrial Bunge & Born, fueron secuestrados por la organización Montoneros. El chofer y el gerente de la empresa Molinos Río de la Plata que viajaba con ellos fueron asesinados en el operativo. Los hermanos estuvieron en cautiverio varios meses y fueron liberados con vida tras un pago de sesenta millones de dólares.

2. "Teatro por la Identidad" es un movimiento de actores, dramaturgos, directores, coreógrafos, técnicos y productores que se inscribe dentro del marco de teatro político y conforma uno de los brazos artísticos de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo. Nació en 2000 en Argentina y hoy tiene varias sedes en el país y en el mundo.

3. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) fue creada el 15 de diciembre de 1983 por el entonces presidente Raúl Alfonsín con el objetivo de investigar las violaciones a los derechos humanos perpetradas por la dictadura militar desde 1976 a 1983. La Comisión recibió miles de declaraciones y registró la existencia de 8.961 desaparecidos y 380 centros clandestinos de detención. El informe final fue publicado en forma de libro con el título *Nunca más.*

Tati

Una beba llora en el avión. Vestida de rosa. Tati. Tiene solo un arito. ¿Por qué llora Tati? Está en brazos de su mamá. ¿Cuándo perdió el otro aro? Las manos de la mamá la envuelven, la mueven, la quieren calmar. Acarician su pelo cortito y suave.

¿Llora porque tiene hambre? La mamadera no la calma. ¿Estará la leche muy fría o muy caliente? La última se la dio la abuela en el aeropuerto, porque no saben cuándo volverán a verse. Quizá cuando ya no necesite mamaderas. O quizá ni siquiera.

La mamá le limpia los mocos, resignándose a que otra cosa ya no podrá hacer, solo limpiarle los mocos por ahora. ¿Llora porque quiere dormir? Tati y su mamá llegaron desde Mar del Plata el sábado. Están cansadas. El miércoles, en la ruta 2, comenzaron a irse.

El llanto es agudo y molesta a los demás pasajeros del avión. ¿Llora porque las manos de su mamá tiemblan? ¿Nadie puede calmarla? Una mujer a su lado ofrece ayuda. ¿Querés que te ayude? No puedo más, contesta la mamá. Tati es la que llora, de los ojos de la mamá caen las lágrimas.

Tati se ahoga con su propio llanto y parece que va a terminar. Menos de un instante de falso silencio. Retoma energía y vuelve con más fuerza. Se va quedando sin aire. ¿Llora porque está dejando la Argentina para siempre? El avión va hacia Montevideo. Luego se irán a Brasil o a España. Donde sea, bien lejos por un tiempo. Tati mueve las manos en su llanto. ¿Llora porque cuando el avión despegue su vida deberá ser vivida en otra parte?

El ruido de los motores encendidos no tapa el escándalo. ¿Llora porque a su papá lo secuestraron el martes? Tati llora. Sin lágrimas. El avión despega.

> [Rosario –Tati– Abachian Loyerte, 33 años después, habla –con acento español–, desde su casa en Madrid].

No, no, de mi viejo no recuerdo nada. Es que tenía ocho meses cuando desapareció. No me acuerdo de nada. Tengo alguna foto con él... ¡vamos! Tengo UNA foto con él. Y no me acuerdo de nada. Me contaron mil cosas, claro. Pero no me acuerdo.

Sobre mi nombre, por ejemplo. Todos me dicen Tati, aunque mi nombre es Rosario. Cuando vivían juntos mi padre y mi madre en la

clandestinidad, compartían siempre habitación y pisos con otra gente, todos teníamos nombres falsos, nadie podía saber nada de los otros por si caían. Entonces a mí no me llamaban Rosario para que nadie supiera ni quiénes eran ellos ni quién era yo. Me llamaban Tati porque era lo más fácil. Así me ha quedado hasta hoy. A mí me gusta por eso, porque me lo pusieron los dos: mis viejos.

–¿Cómo lo describirías según lo que te contaron?

La verdad es que tampoco sé muchísimo sobre mi viejo, porque a mi vieja es un tema que no le gusta hablar. No es que no le guste, sino que no puede. Tengo ideas de cómo era mi viejo por mi abuela, o sea su madre, por mi tía, o sea su hermana, y por algún amigo. Pero no muchas, porque varios compañeros suyos también están desaparecidos.

Cuando era pequeña a mí también me costaba mucho hablar. Como mi vieja no hablaba era un tema tabú entre las dos. Yo suponía que a ella le causaba mucho dolor y para mí era súper cómodo también. Siempre estaba ahí pero no teníamos que hablar del tema que era una cosa que a mí me parecía también muy dura. Luego cuando fui creciendo, y sobre todo en la adolescencia, empecé a tener muchas más ganas de saber y de preguntar.

Entonces lo que sé es eso, no es muy objetivo. Cuando le pregunto a mi vieja ella siempre dice que era un muy buen tipo, que era un tipo muy generoso con sus amigos, con su gente. Mi tía dice que era un tipo muy preocupado por la justicia, muy conmovido con la situación del país. Me imagino que también era un tipo muy valiente. Sobre todo eso, un buen tipo y generoso. No era ni un alto dirigente ni nada, era un tipo normal, tenía 26 años cuando desapareció, era un chico que iba a la universidad, que estaba con mi vieja, hacía tonterías de cualquier tipo de 26 años.

Luego otra cosa que sí me enteré cuando leí los testimonios es que cuando estaba en el centro clandestino de detención Arana se había intentado escapar. Eso también me da una idea de que era un tipo valiente.

Nada de súper idealizarlos, pero creo que básicamente era una buena persona. Es lo que dice mi vieja. Me acuerdo que cuando me decía eso de pequeña, yo decía "¿Buena persona? ¡Vaya tontería! Podía haber dicho cualquier otra cosa que me sonara más..." Pero ahora digo "¡Joder! Pues me parece fundamental, la verdad. Me parece lo más importante."

Nunca más volvimos a ver a mi viejo

Mi madre se llama Mercedes Loyerte y mi padre se llamaba Juan Carlos Abachian. Vivían en Mar del Plata. Sus familias vivían allí, los dos estudiaban en la Facultad de Derecho y militaban en la Juventud Universitaria Peronista. Yo nací el 1º de abril de 1976.

El 28 de diciembre de ese mismo año desapareció mi viejo cuando venía de una reunión a casa en La Plata. Le estaba esperando una patota,

no sé si a la salida de la reunión o a la llegada de casa. Lo que sé es que llegó hasta la puerta de mi casa y le dijo a mi vieja que saliera corriendo y mi vieja salió corriendo y se salvó de puro milagro. Mi viejo está desaparecido desde entonces.

Ese día estaban en La Plata los dos. Se habían ido porque en Mar del Plata estaban muy buscados y perseguidos y se fueron a La Plata, que fue un horror porque La Plata era peor todavía. Ahí estaba yo con ellos. Pero el día que desapareció mi viejo yo no estaba porque mi vieja me había dejado con una tía en Mar del Plata a pasar un fin de semana.

Sé que mi vieja lo vio, que él le dijo que se fuera, le gritó "¡Rajá...!", mi vieja corrió, tenían todo preparado por si pasaba esa situación, por si llegaba la policía, y ella y otra chica que vivía con ellos, se escaparon. Luego con el tiempo la otra chica también desapareció.

Mi vieja se salvó, salió corriendo en camisón, pasó toda la noche en camisón en un descampado. Ya nunca más volvimos a ver a mi viejo.

–¿No supieron nunca más nada?

Mis abuelos paternos tuvieron noticias, pero muy raras. Ellos eran amigos de la mujer de un comisario y esta mujer decía que mi viejo estaba en la ESMA, después les dijo que fueran a Montevideo con plata, que mi viejo iba a aparecer. Mis abuelos estuvieron dos días en el puerto de Montevideo esperando y mi viejo nunca apareció. Yo creo que esta tipa les engañaba pero ellos creen que esta señora veía a mi viejo. Pero por las declaraciones de después, recogidas en los juicios, mi viejo no estuvo en la ESMA, estuvo en Arana, en la Comisaría 5ta. en La Plata.

–¿A tu mamá la siguieron persiguiendo?

Mi vieja se fue a Buenos Aires y ahí ya empezó el exilio. De Buenos Aires a Montevideo. De Montevideo a Porto Alegre, en Brasil. De Porto Alegre a Río de Janeiro. De Río vinimos a España. También con mi tía, la hermana de mi madre, que también militaba en la Juventud Universitaria Peronista. Ellas se escaparon juntas. Llegaron a Madrid con pasaportes falsos.

Yo necesitaba un permiso paterno para salir del país, pero mi padre no estaba. Entonces fueron a ver a un abogado amigo de no sé quién que se hizo el tonto. Un primo de mi padre fue a firmar el permiso, se parecía un poco pero ¡vamos! ¡qué cualquiera se daba cuenta de que no era mi padre! Y dijo "Bueno, ¡venga!". Y así fue.

Al final te das cuenta que mucha gente que se salvó fue por eso, por contactos o porque conocía a no se quién y tenía además plata para pagarse el billete. Sin dinero y sin contactos y sin nada era mucho más difícil.

La vida después

Llegamos a Madrid, nos instalamos aquí primero y después nos fuimos a vivir un año a México. Porque en México se estaba preparando la contraofensiva, que era como la vuelta. Entonces nos fuimos para allá. Vivimos allí un año y cuando empezó la contraofensiva, los compañeros de mi vieja empezaban a caer nada más llegar al aeropuerto. Se hizo evidente que la contraofensiva era una muy mala idea, un desastre, entonces volvimos para Madrid. Habíamos estado como un año y pico en México y volvimos. Y ya desde entonces hemos estado siempre aquí.

–¿Siguieron manteniendo las costumbres argentinas?

Sí, casi todas, tomamos mate... Pero más que mantener las costumbres argentinas, es que no nos integramos para nada en la cultura de acogida. No he ido a una fiesta popular, típicas de aquí, hasta que ya he sido mayor y he ido por mi cuenta. Tampoco íbamos a flamenco, por ejemplo. Éramos un poco apátridas. Hay que tener en cuenta que en el momento en el que llegamos no es como ahora que vas a comprar dulce de leche al supermercado y hay alfajores por todas las esquinas en Madrid. Cuando nosotras llegamos no era así.

La distancia yo la noto todavía. No soy tan madrileña como mis colegas, lo veo, lo siento, hay cosas que no he hecho nunca y que tampoco me identifico con ellas. Por ejemplo, las fiestas de barrio, de los pueblos, la Semana Santa, nunca en mi vida he celebrado Reyes, que aquí es la fiesta sagrada. Nosotras siempre Papá Noel, era como una resistencia.

–¿Siempre supiste lo que había pasado?

Lo he sabido siempre, y siempre lo he tenido súper claro y en mi casa siempre se ha hablado de política, siempre he sabido que éramos exiliados, víctimas de la dictadura argentina, que éramos de izquierdas. En mi casa el tema de la política ha sido de lo que hemos hablado durante años. Siempre he sabido de ese tema, pero no recuerdo el momento preciso en el que fui consciente, me parece como que fue siempre así.

Me acuerdo que una vez le dije a una chica que mi padre se había muerto ahogado con las sábanas, así, que se había tapado así con las sábanas. Era una cosa que a mí me daba mogollón de miedo, ahogarme de noche, y dije eso. Pero creo que cuando ya entré en el cole, en la primaria, a los seis o siete años, ya lo decía. Nunca lo he ocultado. Decía “No, no tengo padre, se murió”. Punto. Los niños tampoco te preguntan cómo y tal. Es un tema que, si nadie me pregunta, no digo nada. Pero si me preguntan, lo digo.

–¿Creíste en algún momento que podía aparecer?

Alguna vez podía fantasear con esa idea. Pero sabía que no.

Mogollón de gente con tu historia

–¿Cómo es tu relación con la Asociación HIJOS?

Cuando tenía 20 años, que fue como el momento de máximo interés por mi propia historia, un momento en que se revoluciona todo con este asunto, caí en HIJOS Mar del Plata. Eso me dio vuelta y me emocionó un montón porque era un tema que nunca había hablado de esa manera antes. Me encontré con ellos y empecé a hablar con ellos. Y te encuentras mogollón de gente con tu historia y que ha tenido tus mismas experiencias y tus miedos y tus penas, y las alegrías, y fue muy heavy en ese momento. También crees que tienes todo en común y luego pues no, no tienes tanto en común. Ni desde el punto de vista personal, ni siquiera político, cada uno somos de distinta ideología. Te une ese hecho en concreto, que es mucho también, no digo que sea poco, pero luego también te diferencian muchas cosas.

Siempre que iba a Mar del Plata estaba ahí, militando. Mis amigos de Mar del Plata son de HIJOS. Era un grupo enorme y ahora son como 30 escisiones de diez personas y cada una pertenece a una rama distinta. En realidad el único objetivo que tienes en común es ese: cárcel para los culpables, verdad, justicia, memoria. Pero luego uno es trotskista, el otro leninista, el otro anarquista.

En Madrid hubo un HIJOS que se constituyó en la época en que Pinochet estaba en Inglaterra, cuando lo detuvieron ahí, y en ese HIJOS también participé. Estuvimos peleando sobre todo por eso, por la extradición de Pinochet. Había muy poca gente hija de desaparecidos, eran sobre todo españoles que simpatizaban con el asunto o hijos de exiliados, pero de desaparecidos había dos en concretos. Yo estaba ahí. Lo había armado mi prima, yo colaboraba. Después la organización se disolvió por problemas internos.

Luego vino una segunda etapa de HIJOS, la actual. En esta segunda, mi relación ha sido conflictiva, como con la otra, pero muy bonita también. Tengo muy buenos amigos de esa asociación y estoy contenta de haber participado en ella, pero me fui en un momento en el que me interesaba más militar en cosas que tuvieran que ver con mi vida ahora, con el tema de la vivienda, de la inmigración, me empecé a meter en esas cosas y veía que no tenía tiempo para seguir. Desde HIJOS se pretendió vincular todos los asuntos y a mí me parecía que no procedía y me fui. Fue un poco doloroso también porque es un grupo de pertenencia y donde hay un montón de vínculos e historias en común, y me costó dejarlo. Creo que hacen un trabajo imprescindible, Alexis, Amanda, Marianela... me parece fundamental que ellos estén ahí y se los agradezco un montón, como hija, como ciudadana, y como persona. Los admiro un montón. Tienen un sentido de la justicia que me parece admirable.

La búsqueda

–¿En qué sentís la diferencia entre que tu papá esté desaparecido o que esté muerto y enterrado?

No lo sé. Ahora, a raíz del tema de los españoles que están encontrando en las cunetas y en las fosas comunes, he leído un montón de artículos y frases del tipo "hasta que no se encuentran los restos y no se hace el entierro o lo que sea, el duelo no se termina..." cosas de ese tipo. Yo, honestamente, no lo vivo así. Sé que mi abuela sí espera que mi viejo llame un día al timbre y vuelva. Lo sé porque lo dice, porque no te deja hablar en pasado de él, tienes que hablar en presente como si estuviera vivo. Pero yo no tengo esa sensación. Yo creo que mi duelo ya lo he hecho. No siento que tenga algo pendiente. También lo he hablado con compañeros de HIJOS y no es algo que me inquiete encontrar sus restos, soy atea, no me preocupa que esté enterrado. Es como que ese ritual no formara parte de mi cultura, de mi vida. Entonces no sé si me cambiaría mucho. No es algo que yo haya vivido con inquietud y con tristeza. Me aclararía cosas porque sabría más de él, cómo murió, a lo mejor me aclararía más ese tipo de cosas. Pero, respecto a como yo lo siento y como lo vivo, la verdad es que no.

–¿Te llama la atención sentirlo así?

Sí, me llama mucho la atención. Porque mis amigos y compañeros de HIJOS me dicen "No, es súper importante". Yo no lo vivo así. Me he ido a sacar sangre para los análisis de ADN porque si alguien encuentra, ahora o cuando sea, los restos de mi viejo, me encantará saberlo. Y sí. Pero no es esa mi búsqueda. Tenemos que guardar la memoria y es imprescindible que eso sea así y luchar por la memoria y seguir peleando. Pero también tengo una necesidad personal de centrarme un poco más en mi presente, que estar siempre ahí, con esa historia. En mi presente, esa historia la tengo presente. En todo lo que hago eso es parte de mí, de lo que soy ahora. Es una manera también de gestionar este asunto.

–¿En qué sentís que la historia de tu papá está presente en vos?

Me apetece trabajar porque el mundo sea mejor, porque las relaciones entre los seres humanos estén más basadas en la justicia, en el amor. Trabajo para eso desde mi trabajo remunerado y desde mi militancia y este presente tiene que ver con mi historia. Porque he vivido la injusticia desde pequeña y me gustaría que nunca nadie más viviera una injusticia así. En lo que hago cada día está lo que me ha enseñado mi vieja, lo que me ha enseñado mi viejo con su ausencia y con la vida corta que tuvo y otra gente, mis abuelas con su lucha, mi tía, mucha gente me ha enseñado a que hay que luchar y resistir y ser buena, básicamente.

De Madrid y de Mar del Plata

Hoy tengo mi vida armada en Madrid. Trabajo como educadora social y como formadora, en temas de educación social y de género. Aunque mi formación universitaria es en historia, como siempre he trabajado en asociaciones y en los barrios, he acabado dedicándome a esto profesionalmente. Eso es lo que hago en este momento como trabajo. Desde la militancia, ahora mismo el tema que más me preocupa y más me mueve, y que es un poco en lo que más me quiero enfocar es el tema de la igualdad de género, de oportunidades, el feminismo.

Fui a la Argentina la primera vez con nueve años. Ahí conocí a toda mi familia paterna. Empecé a ver fotos de mi viejo y a interesarme un poco más, pero también despacito. Más me dio en la adolescencia, a los 17 o por ahí, de ya querer saber todo, al mismo momento de súper idealizarlo, de idealizar la lucha y todo eso. Ahora ya tengo una relación más tranquila con toda esa historia.

–¿Te sentís española o argentina?

Me siento... no sé. Me lo he pensado miles de veces. Para simplificar, me siento de los dos sitios. Pero es que no me siento tampoco ni argentina ni española. Me siento de Madrid y de Mar del Plata.

Voy allí siempre que puedo, casi todos los años. Me llevo muy guay con mi familia de allí, con mi familia materna y paterna. Claro que como vivimos a la distancia, es difícil llevarse mal... pero nos queremos un montón y les voy a ver siempre que puedo. Me siento muy a gusto allí en Mar del Plata cuando voy. Me siento como si estuviera en mi casa. Están allí todos y todas, excepto mi tía y mi prima que viven aquí.

–¿Sentís que la Argentina te robó a tu papá?

No, yo no lo veo así. Hay gente que sí es responsable y a esa gente la odio, claro. Pero no creo que eso sea el país ni mucho menos. Al revés, creo que hay gente increíble ahí. Muchos compañeros de mi viejo que están vivos, muchos que no están, mi familia. No. Para nada tengo esa idea. Ese tipo de gente está aquí en España también, allí, son los culpables, los responsables de esto.

–¿Te imaginás viviendo en Argentina?

Me lo he imaginado miles de veces. Me lo he imaginado toda la vida. Siempre quiero ir. Pero desde hace un año que ya no tengo tantas ganas, porque estoy muy bien aquí. Siempre que tengo crisis pienso “Me voy a tomar por saco, ¡estos españoles!”. ¿Ves? Con España sí tengo un relación más rara. Hay muchas veces que me pone súper nerviosa España y, claro, como Argentina no la conozco, me puedo imaginar que es de puta madre. Eso es lo malo. Por eso creo que está guay tenerla ahí siempre como un refugio. Y cuando me harto de aquí, pienso que ahí estaría guay. Pero como hace mucho que no me harto de aquí...

–¿Tenés miedo de que en Argentina la historia se repita, a pesar de las diferencias actuales?

Sí, tengo ese miedo. No es un miedo fundado ni nada, pero sí que siempre lo tienes ahí un poco. Sí que me da miedo. Aquí sé que nunca pasaría nada igual, pero a mí, en general, las fuerzas del orden me dan un poco de cosa y me parece algo muy violento. Algo como lo que pasó en Argentina no lo sé, pero ese miedo así, de alguna manera, sí que lo tengo y me molesta tenerlo. Si lo pienso bien y no me dejo llevar por mi miedo, me imagino que sería difícil que pasara, pero ya no lo sé.

Las vidas que no fueron

–¿En qué, sobre todas las cosas, cambió tu vida a partir de la desaparición de tu papá?

En todo. Supongo que viviría en Argentina, tendría más hermanos. Tendría un viejo, me llevaría guay con él, hablaría de cosas. Siempre pienso que habría tenido hermanos, es una cosa que tengo súper clara y es una cosa que me jode. Pienso que me habría llevado guay con mi viejo. Me habría molado conocerlo. Como me he criado en una casa de chicas, me falta ese referente.

–¿Hay responsables juzgados por su desaparición?

No. Hay gente en juicio que estuvo en esos centros de detención, pero gente concreta por la desaparición de mi padre, no. Tampoco es algo que yo haya investigado mucho.

–¿Pensás en eso?

Podría acusar a quienes estaban a cargo de esos centros de detención. Sí, pero es que requiere mucho tiempo.

–¿Cómo creés que quedó marcada Argentina con la dictadura militar?

Me imagino que falta toda una clase dirigente, gente que ahora podría hacerse cargo de los asuntos públicos, que lo haría bien. Me parece tan desproporcionado lo que hicieron, atemorizar a la gente, meterle miedo y mostrarles en qué se meten y con quién estamos enfrentándonos. Me imagino que eso también ha marcado a Argentina de alguna manera, la época del “No te metás”. Dividir un país en dos, tanto. Se hizo como una fractura social. Eso es a nivel global, no sólo en Argentina. Fue una época en la que eso pasó en todo el mundo, en el norte de África, en el Oriente Próximo, en otros lugares de Sudamérica. “No os animéis a hacer esto, porque esto es lo que pasa”. Ese es un miedo que, en realidad, tenemos un poco todos. Esa falta de participación, esa cultura del “Me da igual”, “No hago nada”, tiene mucho que ver con eso. Hablo de aquí en España también, la participación es cero, el interés por las cosas colectivas es nulo.

–¿Serías capaz de perdonar?

No. Creo que no. No. Ni de coña. No. Soy súper rencorosa. Puedo pasar, pero si tengo a uno aquí enfrente no le voy a perdonar ni le voy a entender. Es que me da igual si el pobre ha tenido una vida infeliz... no me interesa. No perdono.

Madrid, 8 de abril de 2009

Lucila

La abuela acomoda a Lucila sobre el suelo del cuarto, en esa pequeña manta amarilla que hace de alfombra. Lucila se sienta cómoda, hace poco aprendió a sentarse y va tocando todos los juguetes que la abuela deja sobre la manta. No llora. Hace dos días que no llora.

–Abuela, yo la cuido –dice la hermana más grande y deja a un costado su muñeca.

–Mirala a tu hermanita y cualquier cosa me llamás, que yo tengo que hablar con los abuelos.

La abuela se va y las deja jugando. Lucila se cansa rápido de esos juguetes. La hermana más grande se sienta a su lado y le habla, le acaricia toscamente la cabeza intentando parecer una mamá. Le dice que se tiene que portar bien, que ella la va a cuidar hasta que mamá y papá vuelvan.

La puerta quedó abierta y llegan al cuarto los murmullos desde el comedor. Los tres abuelos hablan. Una de las voces de mujer es muy áspera, de garganta cansada. El abuelo habla menos y cada palabra que dice queda temblando en el aire. La otra abuela tiene voz muy dulce pero no se le oyen las últimas letras de cada frase.

Las nenas están sobre la manta. La hermana más grande empieza a tirar con fuerza del brazo de la muñeca.

Llegan algunas palabras:

–¿Y si aparecen?

–No van a aparecer.

–¿Te parece que vamos a poder cuidarlas bien?

–Hablemos más bajo, que mejor...

–¿Lucila con ustedes?

La hermana más grande sigue tirando con fuerza del brazo de la muñeca y finalmente lo arranca.

–Para vos, Luci –le da el brazo arrancado y Lucila empieza a jugar con él como si fuera un juguete nuevo.

Hay ruido de sillas en el comedor. Parece que terminó la conversación.

Los tres abuelos entran al cuarto. La hermana más grande calla. Lucila no llora. Los abuelos están en silencio.

Una abuela se sienta al lado de la hermana más grande y la abraza con fuerza. El abuelo está inmóvil al lado de la puerta. La otra abuela se reclina y alza en brazos a Lucila. De golpe, el silencio se acaba. Lucila empieza a llorar.

> [33 años después, Lucila Teste, instalada en Barcelona, llega a Madrid para asistir a la entrega del premio “Dionisios”, otorgado por la UNESCO a

Teatro por la Identidad. Después de la ceremonia, comienza a contar].

Siempre fui armando mi propia historia a través de pedacitos que me iban dando. Cualquier pequeño detalle que me han contando –aunque quizá el que hablaba no tenía idea de la importancia–, fue muy valioso para mi rompecabezas.

Papá y mamá

Mi papá se llamaba Jorge Teste y mi mamá Mónica Schteingart. Creo que eran buenas personas. Mi papá había nacido en Buenos Aires en el 43, venía de una familia muy conservadora, su papá era militar, su hermano del Opus Dei. Había estudiado en el Liceo Militar, por lo cual tenía una formación bastante militarista. Era un gran estudioso de la historia y en un momento de su vida se decantó por el lado más comunista. Se transformó en una especie de revolucionario de la época, iba ahí fuerte y firme por sus ideales. Dentro de su familia, por supuesto, era la oveja negra: ateo, comunista, y además, se casó con una judía. Todo lo contrario a lo que su familia hubiera deseado de él.

Mi mamá era de una familia judía emigrada de Rusia de los pogroms hacia Argentina. Ella había nacido en el 42. Mis papás se conocieron en la facultad cuando los dos estudiaban abogacía. Creo que estuvieron muchos años de novios hasta que se casaron. Tuvieron a mi hermana Silvina y, cuatro años después, me tuvieron a mí.

A veces intento ponerme un poco en ese momento. Eran chicos que se reunían a hablar de política y del mundo, con unas convicciones que hoy en día son difíciles de entender y que estaban ahí, querían esos ideales y luchaban por sus convicciones. Hasta competían a ver quién sabía más, competían a ver quién había leído más libros. Mi papá era bastante exigente consigo mismo y se pasaba mucho tiempo leyendo y averiguando, sabía muchísimo de historia, sobre todo de la historia rusa. También tocaba la guitarra y cantaba canciones de protesta. A la vez, tenía todo su lado muy militar. Era una persona bastante tímida, en eso yo salí a él. Dicen que se ponía todo colorado cuando algo le daba vergüenza.

Mi mamá era también una buena persona y estaba a su lado, apoyando la causa. Su elección fue casarse con él, seguirlo. Creo que tenía una cierta admiración hacia mi papá.

Vivíamos en la calle French, en Recoleta, en la Ciudad de Buenos Aires.

Los dos habían estado presos anteriormente. Pero mi abuelo paterno, militar, vivía en ese momento y a mi viejo parece que lo habían respetado como “el hijo del coronel”.

–¿Qué país querían tus papás?

Querían una sociedad más justa, más social. Mi papá tenía una gran idea de lo que era el socialismo. Estaba alejado de Perón y era bastante antiperonista. Sus ideas eran muy respetadas, y mucha gente me ha hablado de los discursos que él daba, que eran bastante espectaculares, que lamentablemente se han perdido. Lo único que recuperé fue parte de una zamba que escribió, que tiene que ver con los obreros y su lucha, y el obrero que trabaja de sol a sol.

El secuestro

Fue la noche del 17 de noviembre del 76. Entraron dos tipos a casa. Estábamos mis viejos, mi hermana y yo, y una chica que nos cuidaba. Revisaron todo y se llevaron a mi mamá y a mi papá. Mi hermana se acuerda que les decía a mis viejos "¡Yo quiero ir!". Y que mis viejos le decían "No, no te preocupes que vamos a volver, no podés venir". Y mi hermana gritaba "¡Yo quiero ir, yo quiero ir, yo quiero ir!". Mi hermana dice que de la cara de uno se acuerda perfectamente. Yo no sé si lloraba o no lloraba, no tengo ni idea. Nos dejaron con la chica que nos cuidaba.

Mi mamá pudo llamar a mi abuela paterna, a su suegra, y le dijo que los llevaban y que nos fueran a buscar a nosotras. Entonces mi abuela paterna llamó a mi abuelo materno y él nos fue a buscar.

Nos separaron a las hermanas

Después, no sé cómo fue, nos separaron a las hermanas. Estuvimos un tiempo en la casa de mis abuelos maternos y después mi hermana se fue con mi otra abuela. Yo me crié con mis abuelos maternos, el lado más judío de la familia, y mi hermana con mi abuela paterna, el lado más católico. En un cierto punto, no deberían haber hecho eso, es verdad, porque pienso que separar a las hermanas es... por más que teníamos relación, pero no es lo mismo que vivir juntas. Pero por otro lado, la situación que en ese momento vivieron todos era muy difícil. Lo juzgo en un cierto aspecto y en otro no. Tampoco se sabía si mis papás iban a aparecer, si volverían, en ese momento nadie podía saberlo. Después todo el mundo viene y te dice "Pensé que las podíamos adoptar" o "Yo debería haber hecho esto", o no sé qué... pero las cosas fueron como fueron. Ya no se puede juzgar. Nunca lo vi con rencor. Por suerte no me han inculcado ese sentimiento.

–¿Por qué vos fuiste con tus abuelos maternos y tu hermana con los paternos?

Eso no lo sé porque cada uno te cuenta una versión distinta. Supongo que porque yo era bebé y mi abuela estaba con mi abuelo todavía. Quizás era más fácil criar a un bebé si había dos.

Cada una estaba en la casa de una abuela. Yo vivía en Pacheco de Melo

y Callao y mi hermana en Juncal y Uriburu, las dos casas en el mismo barrio de Palermo. A mi hermana la mandaron al colegio Lengüitas y cuando yo entré a ese colegio a ella la cambiaron a otro, a un colegio de monjas, en contra de lo que mis viejos hubiesen querido. Eso sí fue un gran error, un grave error. La educaron en un ambiente "cheto", de monjas medio fachas. Mi abuela paterna en ese momento decía que era porque mis primas iban a ese colegio pero mi abuela materna dijo "la sacaron del Lengüitas porque ahí va la hija del portero".

A mi hermana yo le tenía una especie de admiración, era mi hermana más grande y yo la chiquita. Quizás quería lo que ella tenía. O pensaba que ella era la que había tenido suerte. Después me di cuenta que fue al revés.

–¿Te acordás algo de tus papás?

No, porque yo tenía ocho meses.

–¿Una sensación?

Nada. No, lamentablemente no. Lamentablemente o no, yo qué sé. Porque mi hermana sí que tiene recuerdos y a veces no sé si es mejor o peor.

Abuela coraje

Me crié con mi abuela Matilde y mi abuelo hasta que mi abuelo murió, a mis seis años. Mi abuela fue como una especie de madre coraje, muy potente. Realmente estaba ahí presente en todo y ha luchado por mí. Ella me llevaba, me traía, me llevaba al teatro, a jugar a lo de mis amigos, invitábamos gente a casa. Ha sido un gran pilar de mi vida. Le agradezco enormemente todo lo que ha hecho por mí. En la adolescencia, obviamente, me la pasé peleándome con ella, pero visto ahora, desde la adultez, realmente fue bastante espectacular lo que hizo.

También tuve una gran influencia de mi prima. Mi tía, la hermana de mi mamá, vive en Suiza. Ella se había ido en el 75 con mis primas y una de sus hijas volvió a la Argentina a estudiar medicina cuando yo tenía ocho años y mi prima tenía veinte. Venía de Europa, de Suiza y, además, venía a una sociedad que salía de una dictadura, totalmente reprimida, con lo cual mi prima fue una influencia bastante importante y un lugar donde apoyarme.

–¿Supieron algo de tus padres?

No, no se supo nada.

–¿Hubo alguien a quien llamaste "mamá" o "papá"?

No, en ese sentido fue todo muy claro. Mis padres son desaparecidos. "Vos sos mi abuela, vos sos mi tía, vos sos mi prima". En mis discusiones

de adolescente con mi abuela, ella siempre me decía "¡Porque yo te crié como una madre, no se qué...!" y yo a los gritos "¡Pero no sos mi mamá, sos mi abuela!" Estas cosas crueles que nos decíamos.

Entonces yo me morí

–¿Cómo supiste lo que había pasado con tus papás?

Me lo contó mi tía, la hermana de mi mamá que vive en Suiza. De la primera vez que me lo contó no me acuerdo porque tenía dos años, pero esa vez mi respuesta ya fue de actriz. Fue la primera vez que ella volvió a Argentina después de que mis viejos habían desaparecido. Me contó lo que había ocurrido. No sé qué me habrá contado a los dos años. Y yo hice como el show, dije "¿¡Ah, mi mamá y mi papá desaparecieron!? Entonces... ¡yo me morí!" Y me tiré al suelo y me hice la desmayada.

Después, el primer recuerdo que yo sí tengo es cuando caminábamos en Punta del Este, en Uruguay, hacia la playa y que yo le hacía preguntas a mi tía y ella me respondía. Me acuerdo lo que ella me explicó: que los habían ido a buscar a casa y que se los habían llevado por pensar distinto. Esa fue la idea que siempre me quedó. Realmente creo que lo hizo muy bien porque siempre lo asumí como algo bastante natural. Sin embargo, a mi hermana no. A mi hermana le mintieron. Hasta los ocho años, que se lo contó mi tía también, mi hermana se pensaba que habían tenido un accidente, algo así le habían dicho.

–¿Cómo hacían si vos tenías una versión de lo que había pasado y tu hermana otra?

No hablábamos del tema entre nosotras.

–¿Le contabas a tus amigos tu historia?

Siempre fue como la carga: "Mis padres murieron, son desaparecidos". Lo cuento así y la gente se queda shockeada. "Lo siento, no lo sabía". "No, no lo tenés que sentir porque cómo lo vas a saber". Inclusive hoy en día me pasa porque alguien te conoce y supone que tenés tu papá, tu mamá, que quizá se murieron pero que los tuviste en algún momento. Entonces te hablan de tus padres y tengo que decir "No, mis padres murieron". Aunque ahora ya es más fácil de contar.

No me acuerdo haberlo dicho a mis amigos de pequeña ni me acuerdo charlar del tema, pero tengo amigos con los que me he reencontrado ahora, con mi amiga del alma de pequeña, por ejemplo, lo hablábamos hace poco y ella decía "Claro, yo conocía tu historia pero para mí era algo raro". Incluso compañeros del jardín con los que me he reencontrado, me decían "Yo conocía tu historia", quizá no por mí sino por sus padres, pero en ese momento no la terminaban de entender. Cuando sos chiquita tampoco vas a decir "Hola, mi nombre es Lucila Teste y mis padres son

desaparecidos, los desaparecidos son tal cosa...”. Pero sí que después cuando te hacés adulto y conocés a la gente, al final, le acabás contando.

Teatro y Barcelona

Terminé el colegio y después estudié ingeniería en sistemas. Los dos últimos años de la carrera trabajaba en empresas norteamericanas de consultoría de informática y me di cuenta de que no era lo que me hacía feliz ni me gustaba. Ir cada día a trabajar a una empresa con trajecito sastre no era para mí. No me sentía feliz dando dinero a una empresa norteamericana que no me importaba.

Era mucho esfuerzo, trabajaba todo el día, salía de trabajar y me iba a la facultad hasta las once de la noche. Los fines de semana me encerraba a estudiar. Estaba de novia también y un día me peleé con mi novio de entonces. Fue una separación bastante traumática y entonces decidí que dejaba de trabajar porque quería terminar la facultad. Siempre había tenido la idea de acabar de estudiar e irme un año afuera, a Barcelona. Toda mi vida había estudiado danza y después me había puesto a estudiar teatro. Me recibí y me fui a Barcelona en el 2000. Me fui a estudiar teatro. Hice la carrera de actriz. Fueron tres años muy hermosos. Durante el último te hacían armar una compañía de teatro y con mis compañeros de entonces sigo trabajando, hicimos cuatro obras y ahora estamos empezando una quinta. Al final me fui quedando. Ahora estoy de novia y en septiembre me caso. Por ahora estoy acá y por ahora pienso quedarme. Barcelona me gusta mucho.

Los entierro a mis viejos en el escenario

–¿Cómo definirías tu obra teatralHija de la dictadura argentina?[1]

Es un monólogo autobiográfico. La idea inicial fue contar mi historia, ordenarla a través de pequeñas anécdotas, a través de cómo yo la viví, de cómo la entendí, de lo que para mí significa la argentinidad. Empiezo con mi infancia, en la que yo era una niña feliz, que vivía en una Argentina en la que pasaban determinadas cosas, me gustaba el fútbol y los helados, y de repente empiezo a meterme en la historia de mi vida y después empiezo a meterme en la de mis viejos. < </p >

Está armada desde ahí, desde mí y desde algo que quería contar. Está contada con pequeñas acciones. A mí me gusta este tipo de teatro en el que a partir de pequeñas anécdotas al final te cuentan una historia. Está armada desde el ritual, por eso también hay mucho de circular dentro de la obra y esto funciona. Los entierro a mis viejos en el escenario y esto también funciona.

–¿Cómo fue el proceso de creación de la obra?

Surgió como una necesidad. En una de las visitas a Buenos Aires, revolviendo los cajones de mi abuela, encontré un hábeas corpus. Este texto, que ahora uso en la obra, narra los hechos textualmente. Nunca nadie me había contado los hechos así: "Se presentaron ante el domicilio, le preguntaron al encargado, revisaron, no encontraron armas, etc., etc." Nunca nadie me había explicado cómo habían sido los hechos la noche del secuestro.

Para mí fue bastante fuerte encontrarme con este papel. Entonces lo guardé, lo metí en la valija, lo llevé a Barcelona y pensé que en algún momento tenía que hacer algo con eso.

Un tiempo después participé en una obra de teatro que hablaba de mujeres que habían vivido situaciones traumáticas. Pensé que era interesante aprenderme ese pequeño trocito del hábeas corpus como monólogo y así empecé a trabajarlo.

Justo en ese momento, una amiga hacía un espectáculo y al final le daba un espacio a otra gente para poder mostrar algo. Ahí fue la primera vez que lo hice, fueron cinco minutos. Vi que al público le había impactado bastante este pequeño trocito. Una de las artistas que me impulsó mucho, Semolina Tomic, estaba ese día ahí y me dijo "¿Esto qué es? ¿Hay más?". Y le dije "No, no hay más". Y me contestó "¡Que haya más!". A partir de entonces empecé a darle vueltas. También con Ariá Clotet, el director de la obra, lo había hablado en su momento, y él también me había incentivado a que contara mi historia. Ahí empecé. Dije "Sí, de esto tiene que haber más".

Finalmente estrené la obra *Hija de la dictadura argentina* en 2004 en Barcelona. Hasta ahora la hice ahí, por otros lugares de Cataluña, Madrid, Buenos Aires y Rosario.

Seis meses después fueron a verme los de Teatro por la Identidad, que en ese momento era la Plataforma Argentina contra la Impunidad Barcelona y desde entonces me vinculé a ellos. Luego se armó Teatro por la Identidad como tal y estrenaron su primer ciclo en 2006. He participado en la organización desde el principio, he puesto mucho trabajo ahí adentro para que saliera, he participado con la obra *Hija...* y con la obra *Represión*, la performance que hicimos con mi compañía, muy visual, muy bestia. Y seguiré trabajando con ellos.

La fantasía de encontrar en un libro la carta que te dejaron

Hija... me ayudó más a conocer a mis padres. Era un objetivo y se ha cumplido. Es una especie de catarsis que hago yo y que después me doy cuenta que el público también hace conmigo. Me ayuda a mí y le ayuda a la gente. También es mi homenaje personal a mis padres, que necesitaba hacerlo.

En la última función de Hija... en Buenos Aires, además, tuve una

especie de regalo sorpresa. A la salida me estaba esperando una mujer. Yo sabía que mis padres habían estado en el centro clandestino Garage Azopardo, pero de ahí habíamos perdido el rastro. Esta mujer que me fue a buscar había sido detenida un día antes o un día después y había estado con ellos hasta que se los llevaron, supongo que para matarlos. Yo salía de actuar y viene esta mujer, una señora bajita, y en el medio de saludar a la gente y de la emoción, me dice "Yo estuve con tus padres hasta el final".

Quedé así cómo "¿Entendí bien? ¿Qué me está diciendo? ¿Hasta el final de qué?" Me dijo que estuvieron en Azopardo, que Azopardo funcionaba como una especie de lugar donde los llevaban a todos y de ahí los distribuían. Y de Azopardo se los llevaron a otro centro clandestino, El Vesubio. Ella no los vio porque iban vendados pero por lo poco que podían hablar entre tabiques, sabía quiénes eran, sabía los nombres, que mi viejo era el Colorado Teste, que mi mamá era Mónica Schteingart.

Esta mujer se sentía en la obligación de encontrarme y decirme que mi vieja, entre charla y charla, no paraba de hablar de sus dos nenas. Quedé varios días shockeada. Fue el broche de oro de haber ido a hacer*Hija*... a Buenos Aires, de recibir toda la emoción de la gente que fue muy fuerte.

Esta mujer me decía que los hijos muchas veces piensan que a sus padres les interesaba más la militancia que sus propios hijos. Esto es lo que dijo siempre mi hermana, por ejemplo. Pero es el dolor de no poder asumir que no te abandonaron. Fue un genocidio y eso hay que aceptarlo. Es una mierda pero es así.

Yo no quiero saber ni cómo los torturaban, ni si los torturaban más o menos o cómo la violaban a mi vieja. Sé que esas cosas pasaban porque están los testimonios, porque los he leído casi todos, porque he trabajado sobre eso, porque con mi compañera de teatro hemos trabajado sobre el tema de los centros clandestinos. Pero no quiero saber específicamente. Lo que sí permanece es la fantasía de sus últimos días, saber qué pensaban, qué decían. La fantasía de encontrar en un libro la carta que te dejaron.

Mi hermana y yo

Tengo una buena relación con mi hermana. Somos como el día y la noche pero hay algo más fuerte que nos une. Físicamente mi hermana se parece más a mi mamá y yo me parezco más a mi papá. Pero me han dicho que tengo gestos de mi mamá, que me muevo con mi mamá, ¡creer en la genética o reventar!

Con mi hermana no pudimos hablar de nuestra historia hasta adultas. Yo en un momento tuve una crisis, sobre todo cuando empecé a hacer *Hija*..., de decir "¡Pero este tema no lo puedo hablar con mi hermana!" Porque ella siempre fue muy hermética para hablarlo. Y yo muy tímida. Entonces entre el hermetismo de ella y mi timidez, no llegábamos a ningún lado. Muchas veces le escribí cartas que nunca le di. Pero un día le

dije “Tenemos que hablar de este tema, que nunca lo hablamos”. Mi hermana dijo algo como “Bueno, ¿por qué no se fueron del país?, no se qué, no se qué...” y se acabó.

Recién ahora, incluso varios años después del momento en que quise hablar con ella, está empezando a ver su historia y a aceptar quién es. Estaba aferrada a una aparente coraza de normalidad y siempre estuvo muy enojada con lo que pasó. Se había quedado en la bronca de “¿Por qué no se fueron? ¿Por qué me abandonaron?” Era un poco lo que decía. A ella no le habían contado la verdad, hay que tenerlo en cuenta. Pero, por suerte, hoy está trabajando sobre su enojo.

Mi hermana estudió administración de empresas. Vive en Argentina. Tiene tres hijos. Según ella, nunca fue feliz. Entonces le cuesta, tiene sus bajones, ahora está haciendo una terapia en un centro para víctimas de la dictadura en la Argentina y pienso que es bastante interesante el trabajo que está haciendo y que le va a ayudar. Veo que sí, que está dando muchos pasos muy grandes. *Hija*...también le ha ayudado a ella.

La primera vez, vino a ver la obra a Barcelona. Para mí era muy especial que ella la viera. Cuando terminó, su reacción fue “Ah, pensé que era distinta”. Y yo “Ah”. Y eso fue todo lo que me dijo. Que sí, que le había gustado, pero no me dijo más nada.

La segunda vez la vio en Buenos Aires, era el estreno en el Teatro Cervantes, y cuando salí me quedé totalmente sorprendida porque nunca la había visto a mi hermana tan feliz, nunca la había visto así. Fue muy fuerte. Esa noche fue cuando me dijo “No estoy de acuerdo en algo de la obra” y pensé *¿A ver qué me dice ahora?*. Le pregunto “¿En qué no estás de acuerdo?” Y me contestó “Cuando decís que las nenas dormían”.

En el hábeas corpus dice que los vinieron a buscar a mis viejos, “se los llevaron y dejaron al cuidado de una persona de servicio a dos nenas de corta edad, cuatro años y ocho meses, que dormían”. Mi hermana, esa noche, me dijo “No estoy de acuerdo cuando decís que las nenas dormían”. Para mí fue como... ¡Qué bestia lo que me estás contando! Que te lo tenés guardado esto. Imaginate, alguien que tiene guardado eso y que nunca se lo contó a nadie. Esto fue el año pasado. Que ella me haya podido contar eso, es un paso agigantado.

–¿Entonces nunca se creyó lo del accidente?

Claro que no. Ella sabía perfectamente lo que había pasado. Ella estaba despierta.

No cabe en mí

–¿Sentiste en algún momento, o sentís, bronca hacia tus papás?

La rabia está. La rabia de la situación. Pienso que es bueno sacarla. Lo

que he hecho en Hija es intentar pasar por todas las situaciones por las que he pasado. Es importante pasar por la rabia. Pero es también importante no quedarte ahí. O poder ir más allá de eso.

–¿Te imaginaste alguna vez que tus padres volvían?

Sí, como fantasía sí. Que un día volverían. Pero son fantasías, no hay mucha realidad en eso.

–¿Hubo juicio?

No, específicamente no.

–¿Creés que podrías perdonar a quienes los mataron?

¿Perdonar? No, creo que no hay perdón. No existe el perdón. No, no. No cabe en mí la posibilidad del perdón.

Este modo de ser argentino

Con la Argentina tengo una relación de amor-odio. Odio por tener esta historia de mierda. Preferiría haber nacido en otro lado y no tener esta historia, realmente. Amor porque siempre hay una cosa que uno siente hacia el lugar de donde es. Buenos Aires, particularmente, me gusta como ciudad y me gusta su cultura. Pero hay muchas cosas que no soporto, menos habiendo vivido afuera mucho tiempo, hay cosas de ahí que me costaría mucho aceptar, como la falta de respeto, la corrupción, la falta de una clase política que no esté ahí solo para beneficio personal. Tenía ocho meses cuando se llevaron a mis padres pero sus valores los tengo interiormente. Los valores que ellos tenían de lealtad y de honestidad sobre todo.

–¿Ves una relación entre la dictadura y esta falta de valores?

Sí, lamentablemente. En ciertos momentos me da una cierta nostalgia o pena.

–¿Cómo creés que la dictadura cambió a la Argentina?

Es una herida muy difícil de cerrar. Veo a la generación de mis viejos totalmente tocada: el que se quedó tiene la culpa de haberse quedado, el que no hizo nada tiene la culpa de no haber hecho nada, es una generación que sufre. Nuestra generación tiene ganas de saber qué pasó y eso es importante, interesante. La generación de nuestros padres fue silenciada. Pero nosotros somos del "¿A ver qué pasó?". Es una necesidad como sociedad.

Vas viendo las marchas de los 24 de marzo[2] desde hace unos años a ahora y cada vez hay más gente. Que se hayan abolido las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final[3] es un paso muy grande, aunque los juicios sean dudosos y sea todo un desastre. Ahí es cuando decís "¿Por qué

no se hace bien?”. Es un poco este modo de ser argentino: se hace, mal. Siempre hay algunos que tiran para adelante porque quieren hacerlo bien, luchando contra viento y marea. Pero todavía hay amenazas, hay desaparecidos en democracia, Julio López sigue sin aparecer. En el Teatro Cervantes por ejemplo, durante el ciclo de Teatro por la Identidad, hubo amenazas de bomba cada día. Y pensás en el saqueo que se ha hecho del país y la pobreza que hay en este momento en Argentina y decís “¿Cómo se sale de eso?”. A mí me desespera.

En todas las partes de mi vida

–¿Creés que tu historia influirá en tu manera de tener hijos?

Sí, por supuesto. Influye en todo, en todas las partes de mi vida. Seré un poco como la madre que no tuve, es raro. No sé lo que es una relación con una madre. Con mi abuela fue lo más parecido, pero es mi abuela y hay una generación de diferencia y eso se nota. A mí siempre me costó la relación con la generación de mis padres porque casi no tuve contacto. Espero tener hijos primero. Y espero hacerlo bien.

–¿En qué determinó más profundamente tu vida el hecho de no haber tenido a tus padres?

Quizás determinó mi fuerza, que no me doy cuenta a veces, que me siento débil por momentos, pero creo que al final sí que tengo fuerza, de subir a un escenario y contar mi historia, por ejemplo. Pero es difícil responderte porque soy quien soy también por esto. Y preferiría no ser quien soy. Preferiría tenerlos. Me hubiese gustado conocerlos, más allá de que todos quieren tener a sus padres al lado, me hubiese gustado mucho conocerlos por quienes eran.

Madrid, 4 de junio de 2009

[Un año después de la entrevista Lucila fue mamá. Escribió un mail a sus amigos: “Max nació el miércoles 13 a las 21.00 por (parto normal). La mamá y el bebé se encuentran perfectamente. El padre se encuentra agotado…”].

---

1. La obra de teatro *Hija de la dictadura argentina* fue escrita y es interpretada por Lucila Teste, con producción de Pablo Silva y dirección de Ariá Clotet. Fue nominada a los Premios ACE 2009 como Mejor Unipersonal.

2. Cada 24 de marzo en la Argentina varias organizaciones convocan a una marcha en diferentes ciudades en repudio al golpe de Estado iniciado ese día.

3. Las leyes de Punto Final (23.492) y Obediencia Debida (23.521), sancionadas en 1986 y 1987

respectivamente, paralizaron los juicios contra los acusados de secuestros, torturas y asesinatos cometidos durante la dictadura militar de 1976 a 1983. En 2005 la Corte Suprema de Justicia de Argentina declaró inconstitucionales dichas leyes.

Juan

El cuarto está vacío porque casi todos sus juguetes quedaron en la casa del otro país. A Juan le gustaría pedirle uno nuevo a su mamá (solo pudo traer el mono verde), pero ella todavía no pone la cara tranquila que ponía a veces y que era cuando Juan podía pedirle un tractor o los caramelos violeta que le gustan. La mamá está más callada y él intenta hacer lo mismo. A Juan le gustaría saltar por el cuarto, jugar a las escondidas con sus hermanas, preguntar por qué mataron a su papá, cantar alguna canción, llorar un rato. Pero prefiere quedarse sentado en la cama y practicar cómo se atan los cordones. Ahora es el hombre de la familia y tiene que crecer lo más rápido posible.

Sabe que estos días hay que hacer más silencio porque su mamá está nerviosa. A veces a ella le tiemblan un poco las manos. Juan no logra hacer el nudo con los cordones y golpea con su puño la cama para sacarse el enojo.

Entonces elije otro juego: trata de imitar el movimiento de las manos de su mamá. Pero eso es muy fácil y se aburre rápido. De pronto se levanta y se pone en guardia porque aparecen unos indios imaginarios que empiezan a tirar flechas por todo el cuarto y Juan se divierte muriéndose con cada flecha y levantándose después y tirando también flechas transparentes. Hasta que se oye desde el otro cuarto que la mamá habla por teléfono y los indios se van para que Juan pueda escuchar esa conversación.

La mamá usa palabras que Juan no entiende y entonces él vuelve a jugar con los indios. Hay una guerra en su cuarto –¿será parecida a la que nombraba su mamá?– y busca el encendedor que hace poco le enseñaron a usar. Logra una pequeña llama y la acerca a su mano. Cubre la llama con su mano hasta un instante antes de sentirse quemado. Vuelve a encender la llama, se apaga. Enciende. Acerca la pequeña llama a la pata de la cama. Le gusta ese olor a quemado. La madera marrón se pone negra. Los indios secuestraron a su mono verde y él debe quemar la fortaleza para rescatarlo. La madera ahora está roja. La llama está en la cama y sigue creciendo. Le gusta esa llama que crece y que va haciéndose muchas llamas. Lo cautiva el calor de la madera ardiendo. Mira absorto el rojo hasta un instante antes de sentir, por primera vez, miedo al fuego. ¿Así será el incendio del que hablaban por teléfono? Sale corriendo del cuarto. Ve la cara desesperada de su mamá que grita, que grita su nombre, que grita fuego, que grita qué pasa. Juan siente más miedo de la cara de su mamá que del fuego. No quería asustarla. Se arrepiente. Ahora sabe que –al menos hasta que su mamá olvide el fuego– no podrá pedir juguetes

nuevos. Pero ya no le importa, va a jugar con los indios por un tiempo.

> [Pasaron 31 años desde entonces. Hoy Juan Villarreal vive en Barcelona y habla de esa cama quemada como su primer recuerdo a partir del cual empezaría a enlazar todos los demás].

Mi vida es parte de muchas vidas

Mi viejo, Miguel –Chufo– Villarreal, nació en el 45 en La Plata. Mi vieja, Silvia Tolchinsky, en el 48 en Capital. Desde chiquitos, empiezan a militar. En la primaria, con catorce años, mi vieja ya militaba. Mi viejo empezó incluso antes; amigas de él me cuentan que iba a darles discursos a su escuela secundaria, cuando él todavía estaba en la primaria. Era muy de moverse, como muchos jóvenes en los finales de los 50 y principios de los 60. Tenían inquietudes. Los dos empezaron una militancia estudiantil que fue evolucionando por todos los nombres y siglas, uno desde La Plata y otro desde Capital. Hasta que coincidieron en el Movimiento de Liberación Nacional (Malena), mi viejo en Malena de La Plata y mi vieja en Malena de Capital. En un momento, en un espacio conjunto, se conocen. Eso los lleva a enamorarse.

Eran jóvenes, diez y pico y veinti pocos. Juntos empiezan otra aventura, en un proceso de diferentes movimientos, diferentes grupos, pero ya en pareja. Asumen eso, que militan no como individuos sino también como pareja. Tal es así que militan como familia, que asumen que el cambio no puede existir si no hay un cambio en el conjunto. Su ruta de militancia acaba en Montoneros, como muchísima gente.

En 1970 se casaron. Nació mi hermana más grande, Juli, en el 71, yo en el 74 y mi hermana más chica, Laura, en el 76. Mi viejo era biólogo y trabajaba en un ente público de investigación científico nuclear. Mi vieja estudió historia hasta tercer año y después, con la militancia y los hijos, dejó la carrera.

El modelo de vida que eligen es el del cambio y ese cambio implicaba para ellos renunciar a unas comodidades que podían tener por sus características sociales o sus características profesionales y asumen que el cambio lo llevan a cabo como familia. Nos llevan a militar al partido de Morón.

Al poco tiempo mi vieja se tiene que operar. Era una operación complicada y tenía que estar mucho tiempo en cama. Su familia estaba exiliada en Israel y entonces mis viejos deciden que nos vayamos los tres hermanos con ella a que se opere en Israel. Así nos fuimos por primera vez de Argentina en junio de 1977.

Vivimos con mi vieja en Israel mientras mi viejo seguía en Argentina. Al cabo de un tiempo, en agosto de ese mismo año, la distancia hace que tanto mi vieja como mi viejo se necesiten. Eran militantes pero también creían en su familia en conjunto. Mi viejo se va para Israel y desde ahí sigue la militancia, denunciando lo que pasaba en Argentina. En febrero del 78 parte hacia México con la idea de que nos encontremos todos ahí. Viajamos en marzo con mis hermanas y mi vieja hacia allá. Pero antes de que nosotros llegáramos a México, mi viejo hace un viaje a Buenos Aires. Vuelve porque no podía soportar que hubiese masacres, no solo reales, de sus amigos y compañeros, sino de la sociedad en general. En ese viaje a Buenos Aires, el 8 de julio de 1978, en una de las citas, "cae". La patota de la ESMA lo había seguido.

Un país en el que todos los niños puedan jugar

–¿Cómo era el país que tus padres querían?

Mi viejo, en una carta que le escribe a mi vieja y se refiere a nosotros, sus hijos, dice algo así: "Papá no está, no puede ir, porque quiere un país en el que todos los niños puedan jugar. Si esas condiciones no están, ¿cómo podemos vivir los demás?" Esa es la base que nos transmitió, aunque no me acuerde de él.

La muerte

A mi viejo lo secuestra una patota de la ESMA. Tenía una cita en El Foro, un bar de la avenida Corrientes, en Buenos Aires. Lo persiguen. Se mete en el subte pero en el camino se toma la pastilla de cianuro. Antes de morir grita "Soy Chufo Villarreal y me secuestran". Lo sacan del subte en brazos, medio drogado por la pastilla. Llega a la ESMA ya muerto. Una chica de La Plata lo reconoce. Esa chica por suerte llega a avisar a mi familia.

En el momento en que secuestran a mi viejo, otros hombres del mismo operativo van a la casa de mis abuelos en La Plata. Se hacen pasar por Montoneros. Mi tía, avisada por la chica que vio cómo lo secuestraban a mi viejo, los echa puteándolos, pero se la llevan a la ESMA. A mi abuelo, que en aquella época está enfermo, lo encierran en una habitación. A mi prima, de doce años, la utilizan de secretaria, enfermera, "Servime esto", "Traeme esto" le van diciendo. Se llevan también a Elsa, la señora que había criado a mi viejo y a sus hermanos y que también nos crió a la siguiente generación, una abuela para mí.

A las pocas horas sueltan a mi tía y a Elsa. A mi viejo lo tiran en un parque de Capital. Al tiempo llama la policía diciendo "Hemos encontrado este cuerpo, vengan a identificarlo". Le toca ir a mi tío, lo reconoce, los policías-militares le dicen que le dan el cuerpo pero que no pueden hacer nada, ni velorio ni nada, que lo entierren y que "se dejen de joder". Desde

entonces, mi viejo está enterrado en el cementerio de La Plata.

Mientras, nosotros llegábamos a México. Ahí le cuentan a mi vieja lo que había pasado. Laura no tenía ni dos años. Yo cumplía cuatro ese mes. Y Juli tendría seis. Yo todavía no recuerdo nada de esto, me lo contarían más tarde.

La vida después de la muerte

Ya no somos una familia de cinco. Mi vieja sigue militando y creyendo en el cambio, sosteniendo que el modelo que hay no es el que quiere para la Argentina. Creía mucho en Argentina y quería mucho a la Argentina como para darse por vencida.

Hay un recuerdo en México que es muy impactante, que es muy violento para mí. Es en la época antes de la muerte de mi viejo. Quemé una cama. Jugaba con un encendedor, jugaba a no sé qué, y prendí una cama. Fue violento porque incendié la cama y salí corriendo. A sálvese quién pueda... Ahí es cuando empiezan mis recuerdos reales. Era chiquito, tenía casi cuatro años, no sabía atarme los cordones.

Seguimos un tiempo en México y después, por temas de dirección montonera, nos vamos a Cuba. En La Habana nos incorporamos a la escuela que había ahí y empezamos a tener una vida de niños cubanos. Nos formaban cada mañana en la escuela y nos daban las noticias, nos contaban lo que pasaba en el mundo.

Estamos dos años en Cuba. Mi vieja vuelve a Argentina en los 80 y nosotros nos quedamos en la guardería con más chicos en similares condiciones: o sin padres o sin un padre o sin una madre o con los dos padres ahí.

Qué hacer con nuestros hijos si caemos

Cuando mi vieja se va a la Argentina deja las famosas cartas de “Qué hacer con nuestros hijos si caemos”. A mi vieja la secuestran.
En esa carta mi vieja decía que nos quedemos con mi abuela paterna. Un muy buen amigo de mi vieja nos lleva de Cuba a México. Estamos ahí con mis tíos y primos que estaban exiliados. Mi abuela viaja a México a buscarnos y de ahí nos vamos a Argentina a vivir.

Juli tenía nueve años, yo seis y Laura cuatro. Juli y yo quedamos en la casa de mis abuelos y mi hermana chiquitita va a casa de mi tía que vivía cerca.

Mi hermana Juli nos ha mantenido unidos. En su momento no supe reconocer el valor que ella tuvo en todo este proceso hasta que he ido creciendo. La hubiese matado y ella me hubiese matado a mí, nos peleábamos como hermanos. Pero su idea era “somos tres, vamos tres”. Laura iba a la guardería y nosotros a la primaria. Entonces salíamos de la primaria, Juli me agarraba a mí, que siempre estaba en penitencia en

dirección, y nos íbamos a buscar a mi otra hermana a la guardería. Si no estaba en la guardería y estaba en la casa de mi tía, íbamos a merendar a la casa de mi tía. Recuerdo mucho cómo Juli incentivaba el estar juntos, hacerme estudiar, que comiéramos, que durmiéramos. No era el rol de madre/padre porque siguió siendo siempre mi hermana, pero era como una niña de mano de hierro. Recién ahora le puedo decir gracias, antes la quería matar.

En el colegio yo decía que mi mamá estaba muerta, estaba convencido de que estaba muerta. La situación era muy difícil de explicar. La magia no existe, está o no está. Para explicar por qué vivís con tu abuela a los chicos del barrio jugando a la pelota o en la clase, es más sencillo decir que tu mamá está muerta y supongo que fue un mecanismo para evitar el conflicto. Hacia adentro no, uno mistifica, los padres son superhéroes a esa edad, supongo que no, que no me podía creer que ninguno de los dos estuviese muerto, aunque la evidencia de mi viejo existía. Entre otras cosas, iba con mi abuela al cementerio.

Aparecida

Mi vieja estuvo secuestrada casi mil días, del 80 al 82. Gracias a la estupidez y a la prepotencia militar, la dejan. Aparece, pero poco a poco porque sigue "estando secuestrada". Le exigen a mi abuelo de todo. Va apareciendo poco a poco. Le permiten llamar a una prima primero y poco a poco va "apareciendo".

Mis abuelos maternos vivían en Israel. Mi abuelo venía varias veces al año, nos sacaban a pasear, a comer, a comprar ropa. En una de esas salidas, íbamos supuestamente a un hotel a ver a mis abuelos, llegamos al hotel y estaba mi vieja. Yo no recuerdo ese período porque fue tan emocionante que supongo que lo tengo guardado. Tengo imágenes de estar con mi vieja. Ella dice que no la soltábamos, iba al baño y todos íbamos al baño, iba a comer y todos a comer.

Ella había visto imágenes nuestras. En las torturas le mostraban fotos nuestras, así nos vio crecer esos años. No sé exactamente pero puedo intuir lo que pasó mi vieja y no necesito que me digan las palabras. Ella siempre dijo que lo más duro fue su temor por nosotros.

Me acuerdo que en un momento, cuando mi vieja recién había "aparecido", yo estaba con la banda del barrio, de la calle, tenía ocho años y me viene a buscar mi mamá y no la presento como mi mamá sino como una tía. Después se lo expliqué a ella: "No podía decir que eras mi mamá si antes había dicho que estabas muerta".

No creo en Dios. No le podía dar un valor racional a la aparición de mi vieja. Fue una lotería que sobreviviera. Poco a poco fuimos viéndonos, le ponían condiciones para dejarla libre: que tuviera casa, que tuviera trabajo. Mi abuelo le puso una casa y le armó una biblioteca para que

tuviera trabajo. Nos fuimos de La Plata a vivir a Capital, nos matriculamos ahí en un colegio. Empezamos una rutina. Pero seguían amenazando a mi mamá y nos fuimos del país. Era junio del 83. Nos fuimos a Uruguay y después a Israel. Agarramos cuatro cosas y nos fuimos. Huimos hacia Israel, una familia de cuatro. Desde entonces no volvimos más a vivir a Argentina.

Hablemos

En 1986 nos vinimos a España, primero a Menorca. En el 90 mi hermana tenía que empezar la universidad y, como ahí no había, al poco tiempo nos vinimos todos a Barcelona. Mi vieja había empezado a estudiar psicología y no había terminado la carrera, así que la terminó también aquí. Para ella esta es su segunda vida.

Yo soy arquitecto técnico, estoy en la rama de la construcción. Vivo en pareja. Vivimos en El Raval. Mi vieja y mis hermanas también viven en Barcelona.

Aún teniendo diferencias ideológicas, sigo considerando que mis viejos asumieron una lucha brillante, que puedo discutirla en las formas, pero fue brillante. ¿Si se equivocaron? No lo sé. Yo lo miro en el 2009 sentado en un bar de Barcelona. Ellos estaban en Argentina en el 70.

Tuve mucha suerte que quedara uno vivo, que mi vieja "apareciera". Puedo hablar con mi mamá y tenemos diferencias, pero puedo entender y discutir. Por cómo mi vieja nos educo, me cuesta imaginar a mis viejos tomando las armas. Pero las tomaron. Ideológicamente no lo entiendo por cómo ellos me educaron, con los valores de la igualdad, de la necesidad del diálogo. Mi vieja no nos castigaba, nos decía "Hablemos". Por ejemplo, yo me hacía la rata en el colegio, y mi vieja me decía "¿Por qué te hiciste la rata?, ¿no te gusta la materia, no te gusta el profesor?" Aunque no estuviese de acuerdo, mi vieja me entendía, siempre me decía "Hablemos".

Yo no milito, tengo actividades políticas, considero que este modelo no me gusta y hago muchas cosas para cambiarlo pero no me considero militante por una razón sencilla: mis viejos dieron la vida por la causa, yo no.

Ni blanco ni negro

–¿En qué te marcó la muerte de tu papá y la desaparición y aparición de tu mamá?

Con lo que viví, aprendí lo que es la vida. Con todos sus matices. Tenía 14 años y me intenté suicidar. Ahí me di cuenta de que tu vida no es tuya, es de mi casa, de mis hermanas, de mi mamá, de mis amigos, de mis amigas, de mis tíos. Aprendí la ley de la vida. Claro que me hubiera encantado tener a mi viejo, pero agradezco tener a mi vieja. Ya está. Aprendí a disfrutar de lo que sí tengo, a gozar de la vida.

–¿Cómo es hoy tu relación con Argentina?

Durante una época le tuve odio. Luego amor. Más tarde entendí que no debe ser ni blanco ni negro. Parte de mi familia vive ahí. Mis viejos son de ahí, combatieron por ese país. Aprendí que a la Argentina no la tengo que amar ni odiar.

HIJOS

–¿Cómo fue tu participación en la Asociación HIJOS?

Mi hermana Juli había viajado a la Argentina y justo en ese momento se habían hecho los primeros homenajes a los desaparecidos. Uno de ellos fue en La Plata. Mi hermana va y se impacta de todo, de cómo la gente le dice "¿Vos sos la hija de?", "¿Tú papá era tal?". Vuelve erizada y nos cuenta que existe la asociación HIJOS y cómo es. Casualmente, hay otro chico de La Plata que también había viajado y vuelve impactado. Era finales del 95. Empezamos a movernos. Fuimos descubriendo la actividad que había en Barcelona relacionada al tema. Nos reunimos varios y decidimos hacer un acto por los veinte años del golpe. Convocamos a varios grupos en las ramblas, a participar en cuarenta y ocho horas de actividades políticas y artísticas. Como inicio de las actividades hicimos la presentación pública de HIJOS. En aquella época empiezan los juicios en Madrid, después estuvo Pinochet preso y nuestros objetivos eran principalmente de denuncia. Mis dos hermanas, cada una a su manera, también participaron. Luego yo me fui de la asociación porque disentía con quienes creían que todos eran "hijos". Tuvimos peleas. HIJOS se fue dividiendo. Y yo me abrí, pero nunca dejaré de ser HIJO.

No hay cosa más clara

–¿Serías capaz de perdonar?

¿Qué vas a perdonar? Juicio y castigo. Los responsables tienen que estar presos. En algún momento los hubiera masacrado a los culpables, pero hoy quiero que estén en cárcel común, con violadores, con asesinos, como lo que son. Juicio y castigo, no hay cosa más clara que esa.

Barcelona, 27 de noviembre 2009

[En 2012 nació el hijo de Juan "que día tras día me enseña cosas nuevas y además me hace pensar mucho sobre cómo sería me viejo conmigo, con nosotros... se llama Nicolás pero le decimos Niko..."].

Paulina

Alrededor de la mesa están sentados los grandes. Hablan de los temas de los grandes: política, exilio, tristeza, futuro. El señor de la punta va cebando mate orgulloso de haber conseguido la yerba que más le gustaba en su infancia.

Atrás permanece encendido el televisor. Es la hora del noticiero pero los hombres y mujeres no le prestan atención a ese murmullo danés. Deberían acercarse y oír atentamente si quisieran comprender las noticias en el nuevo idioma que recién comienzan a aprender.

Algunos chicos corren alrededor de la mesa. Paulina acaba de cumplir siete años y ya es grande para jugar con los más chicos pero demasiado chica todavía para conversar con los grandes. Está recostada en el sillón al lado del televisor.

Empieza a oscurecer y Paulina sabe que mañana irá al colegio y hablará danés, pero ahora le gusta ir durmiéndose con esas voces argentinas de fondo. Cierra los ojos y va recibiendo las últimas palabras –y el eco de esas últimas palabras–, antes de dormirse.

La mamá de Paulina pide que hablen más bajo y apaga el televisor. El mate va circulando cada vez más lento. Paulina ya está dormida. Comienza a soñar otra vez con el héroe: su papá en la furgoneta blanca va a repartir comida a los pobres.

Cuando todos se hayan ido, la mamá la llevará a la cama sin despertarla. Mañana temprano sonará el despertador y cuando Paulina despierte no preguntará dónde está su papá, porque sabe que estará mejorando el mundo en la furgoneta blanca. Tampoco preguntará cuándo irá a visitarla a ella, su hermana y su mamá a Dinamarca, porque hay muchos pobres todavía. Tampoco preguntará si vive, porque los héroes nunca mueren. No preguntará si es cierto que un malo lo secuestró, porque los malos nunca triunfan. No preguntará si le hicieron daño, porque los héroes no sufren. Cuando Paulina despierte estará contenta porque habrá estado con su papá en la noche y esperará lo que haga falta para volver a soñarlo.

[Transcurrieron 23 años desde entonces. Lejos de Dinamarca y de Argentina, instalada ahora en Barcelona, Paulina Tovo cuenta cómo siguieron su vida y sus sueños].

Mis papás

Mis papás eran de Pérez, un pueblito que está cerca de Rosario, en Santa Fe. Mi mamá se llama Ana María Lazarini y mi papá se llamaba Luis Tovo. Se llevaban tres años de diferencia de edad. Desde chicos habían empezado a sentir inquietudes políticas y empezaron a militar en la secundaria, distribuyendo primero panfletos y después involucrándose cada vez más. Mi papá empezó a estudiar ciencias económicas en el 73. No terminó la carrera. Mi mamá estaba acabando el secundario. Se sumaron a la organización de Montoneros. Hicieron diferentes cosas, metiéndose bastante a fondo. Con la dictadura, pasaron a la clandestinidad y fueron mudándose de casa en casa.

Se habían conocido en la secundaria, muy jovencitos, mi mamá tenía catorce años. Cuando ella tuvo dieciocho se casaron, un poco para salir de la casa, porque era la única manera de irse en aquella época. Los domingos hacían actividades familiares, a veces se iban a Córdoba, con la familia de ambos. En el 74 nació mi hermana Laura y en el 76 nací yo. Cuando nací, ya estaban en la clandestinidad, así que estuvimos un tiempo en San Nicolás, en la provincia de Córdoba, y desde ahí empezamos a dar vueltas.

–¿Cómo era el país que ellos querían?

Querían un país más justo para todos, igualdad de posibilidades y una repartición equitativa de las riquezas. Todos los movimientos mundiales giraban un poco en torno a eso: contra el capitalismo imperialista y por una sociedad más justa. En Argentina, y en general en los países de Sudamérica, hay grandes diferencias sociales, muy marcadas y muy visibles. Supongo que si yo hubiera nacido en esa época, hubiera estado en la misma. Son movimientos masivos que empujan fuerte y que alimentan la creencia de que el cambio es posible.

El quiebre

Cuando yo tenía ocho meses, a principios del 78, nos vinimos para España. Habían levantado varias casas y hubo varias ocasiones en las que “justo zafamos”. Mis papás priorizaron la seguridad nuestra y, aunque seguían creyendo en el proyecto político de cambio, estaban en una situación de la que necesitaban salir. Con muchas contradicciones, vinimos a Barcelona y estuvimos tres años. Ellos siempre estuvieron muy conectados con todo lo que pasaba en Argentina y con la familia. Tenían, sobre todo mi papá, una sensación muy fuerte de culpa de estar lejos y de no estar en el lugar de los cambios. Entonces, después de tres años, decidieron volver.

Estando nosotros en Barcelona se inicia la llamada “contraofensiva” en el año 80. Algunos de los capos de la organización de Montoneros seguían insistiendo en que había que volver y seguir haciendo la revolución. Ya era un movimiento bastante inviable, quedaba poca cosa, era muy fuerte el

control que había de todos los movimientos y de los integrantes y, además, ya había desaparecido muchísima gente y habían fusilado a otros tantos. Con la ayuda de la CIA estaba todo muy controlado. Era difícil cualquier movimiento. Aún así, no se sabe bien por qué razones, estos líderes seguían insistiendo en que había que volver. Mi mamá no estaba muy convencida pero mi papá sí.

Volvimos por Panamá. Ahí mi papá tuvo una reunión con Roberto Perdía. Estuvimos aproximadamente un mes. Curiosamente mi hermana y yo tenemos un montón de recuerdos de ese tiempo. Nos acordamos de cómo era el lugar donde vivíamos, cómo era el espacio, la ubicación de las habitaciones, todo con mucho detalle. Supongo, y esto lo entendí con los años, que lo recordamos así porque fue el último lugar donde vivimos los cuatro con una cierta tranquilidad.

En 1980 volvimos a Pérez, al pueblo, error número... ¡no sé cuanto! Porque en los pueblos era todavía peor, se sabía todo. Además había mucho miedo, eran los efectos de la dictadura, lo que se pretendía con ese sistema. Volvimos al pueblo y mis papás empezaron a desmarcarse de la política y pensaron que eso era suficiente para vivir tranquilos. Pero después mi papá le planteó a mi mamá que sentía que lo estaban siguiendo y que había que volver a España, que no era para nada una situación segura. Decidieron volver a España.

Compraron los pasajes y fueron a la policía a hacerse los pasaportes... error número... Al cabo de nada, secuestraron a mi papá cuando iba a su trabajo. Por la tarde había quedado con mi tío y mi abuelo para ver un partido de fútbol y no aparecía, no aparecía... Como se conocían las probabilidades, mi mamá en seguida se marchó de la casa con nosotras. Durante un mes vivimos en dos casas en Córdoba, hasta que finalmente mi mamá decidió irse del país. Su papá con otro familiar la llevaron escondida en el suelo de los asientos traseros de un auto, tapada con una manta. Pasaron la frontera a Uruguay. Ahí la dejaron y se tomó un avión a Río de Janeiro. La recibió una organización para refugiados. Estuvo unos meses hasta que mi tía, acompañada por un representante de Naciones Unidas, nos llevó a mi hermana y a mí con ella. Llevábamos salvoconductos como documentos para salir del país. Estuvimos en Río medio año y de ahí le dieron a elegir a mi mamá un país de destino. Ella siempre hubiera querido volver a España. Pero tenía 23 años y dos hijas chiquitas, no podía irse a la aventura, necesitaba un poco de respaldo y por eso decidió irse con apoyo institucional. Le dieron a elegir entre Noruega, Suecia y Dinamarca. Todos los exiliados querían estar en los países más cálidos y en el año 80, como había tantas dictaduras en Latinoamérica, Europa ya había recibido a muchos refugiados. A mi mamá le quedó solo la opción entre países escandinavos. Mi mamá dijo "¡Noruega, Suecia o Dinamarca! ¡¿Qué?!" "¿Qué está más al sur de estos tres? ¿Dinamarca? Bueno,

entonces a Dinamarca." Y nos fuimos de Río de Janeiro a Dinamarca. Llegamos ahí y fuimos a parar a un hotel donde eran todos refugiados, chinos, muchos chilenos y algunos argentinos. Estuvimos medio año así, viviendo en ese hotel, adaptándonos, recibiendo clases de danés.

Teníamos una habitación para las tres y había en cada planta una cocina gigante donde cada uno tenía su lugar y sus armarios y todo. Cuando llegamos había unas cajas enormes y me acuerdo de la sensación de empezar a abrirlas y tenían de todo: abrigos, botas, una aspiradora, edredones... y era muy emocionante ¡¡aaaaaahhh!! ¡¡sacábamos de todo!! Diría que mi hermana y yo ahí éramos felices, había muchos chicos y estábamos todo el tiempo en banda, corriendo por las escaleras, arriba y abajo.

Hace poco vi unas filmaciones que había hecho la televisión danesa sobre la llegada de los refugiados y la entrevistan a mi mamá y nosotras salimos también. La muestran a mi mamá recién llegada y tiene una cara que impresiona. También justo se había muerto su papá nada más llegar a Dinamarca, cargaba con la culpa, es hija única, "se murió de pena" decía. ¡Y cómo hablaba! su voz tan lánguida...

En esos primeros meses nos daban dinero para que las familias poco a poco empezáramos a administrarnos solas, por ejemplo, para hacer las compras. Después te ayudaban a conseguir un lugar para vivir. Había mucha familiaridad con el grupo de amigos, porque estaban todos igual, lejos de la familia y bastante solos. Vivimos en Dinamarca diez años. Hicimos una vida "normal", aunque también en ciertos aspectos fue una vida de inmigrantes. Mi hermana y yo nos adaptamos muy rápido y queríamos ser como todos los niños. Éramos diferentes porque en casa se hablaba otro idioma y porque los amigos de mi mamá eran todos sudamericanos pero en seguida nos hicimos "danesas" de alguna manera. Con mi hermana todavía hablamos danés cuando estamos juntas.

Mi mamá hizo una carrera de dibujo técnico y trabajaba de lo que podía, también había bastantes ayudas sociales. Después empezó a trabajar como dibujante técnica en la distribuidora de agua de Copenhague y luego a estudiar arquitectura. Ya no seguía relacionada con Montoneros ni con ninguna otra organización política, pero todos sus amigos eran exiliados. Siempre hablaban de política. Y a mí me encantaba quedarme dormida en el sofá e ir escuchando las voces cada vez más lejos... mientras iba entrando en el sueño. Mi hermana y yo vivimos nuestras raíces a la distancia y, por tanto, de manera mediatizada, según lo que quedaba en la memoria de toda esta gente exiliada, no de manera directa. Fue sobre todo a través de las frecuentes reuniones en casas. Todos los fines de semana venía gente a casa o íbamos a casa de otros.

–¿Hablaban por teléfono a Argentina?

No mucho. No tengo muchos recuerdos de eso. Antes el teléfono era otra cosa. Mi mamá mandaba muchas cartas con fotos y también recibíamos. Había algo de comunicación pero sobre todo vía mi mamá, que mandaba las fotos “de las nenas”.

Yo quería ser danesa

Yo quería ser danesa, me daba vergüenza hablar en español... lo niños son así, no quieren ser diferentes. En Dinamarca hay mucho patriotismo, estando ahí la sensación es que no hay nada mejor que ser danés. Me daba vergüenza hablar en español, pero me protegía con la idea de que mis padres eran héroes. No me gustaba mucho ser diferente, pero tenía una historia digna. A mis amigas les contaba que mis papás querían cambiar el país y había gente mala y nos habíamos tenido que ir. Pero igualmente era más de camuflarme entre los otros que de ir contando mi historia.

Tengo un recuerdo que fue muy incómodo. Nosotras vivíamos en una residencia de estudiantes, subvencionadas por el Estado, donde vivían muchos estudiantes y también muchos extranjeros. Una vez, el papá de una amiga me agarró de la oreja y me dijo “Ah... ¿así que vos sos ‘niña de residencia’?”. Era como decir “¿Vos sos inmigrante, sos de los que no pueden?”. Apreté fuerte los dientes para no contestar “Sí, soy eso”.

Mi papá, el héroe

–¿Qué sabías de tu papá en esos días?

Mi mamá nos fue contando poco a poco. Mi imagen, lo que tenía en la cabeza, era que mi papá iba con una furgoneta blanca llena de comida que era para los pobres. Cuando uno es chico la división es entre buenos y malos. Y mi papá era el héroe. Ellos eran los que iban a cambiar el país y había gente mala que no lo permitía. No tengo el recuerdo de cuándo empezó a faltar, de la sensación de ausencia, aunque sé que con mi hermana preguntábamos dónde estaba papá. Yo tenía tres años, casi cuatro, cuando él desapareció. Tampoco viví mucho de su militancia. Cuando vinimos a España tenía ocho meses y en esos tres años acá la vida fue bastante normal, de trabajo, escuela y la organización familiar.

–¿Recordás cuando te enteraste que había desaparecido?

No, no recuerdo ningún momento concreto, supongo que la memoria es muy selectiva. El impacto más fuerte con la historia fue cuando volvimos a Argentina, cuando ya tenía trece años. Toda la infancia fue algo muy paulatino, fui viviendo con eso. Mi vida era así pero tampoco preguntábamos mucho, no era un tema muy hablado. No se traían muchos recuerdos a la mesa de cómo había sido nuestro papá, permanecía más bien como una figura abstracta, idealizada, no como una persona concreta.

Por eso, la primera vez que fuimos a Argentina fue un impacto muy grande. De repente, fue darle una corporalidad a mi papá. Y encima ya no estaba. Pero estaba todo lo otro: la casa donde él había vivido, las fotos de la familia, su madre, su hermano. Nosotras estuvimos nueve años sin poder salir de Dinamarca por el tema de los papeles. Crecimos toda la infancia con una familia un poco ilusoria. Los veíamos por fotos, pero no tenían existencia física. Sabíamos que estaban, sabíamos que pertenecíamos a otro lado pero las raíces y la herencia cultural la fuimos viviendo a través de toda esta gente que estaba en una situación particular de distancia.

Antes de ir a Argentina mi mamá nos había dicho "Este es tu primo Sergio... esta es tu prima Mariana". ¡Teníamos un lío con todo eso! Era "Ah... ¿este quién era?" "¡Este es tu primo segundo!".

El viaje fue muy fuerte. Fuimos un mes al pueblo, a Pérez, en el 89, yo tenía trece años. Era mi primer contacto con la familia después de mucho tiempo. Ellos nos habían visto cuando yo tenía cuatro años y mi hermana cinco. Fue como meternos en la burbuja de la familia. Estuvimos todo el mes en el pueblo, entre las casas de una y otra abuela. Nos venían a visitar un montón de tías. Y decían "¡Ay, las nenas!" y "¡Qué grandes que están!" y "¡Cómo te parecés a tu papá!". Sentí que yo venía de ahí y sobre todo, lo más fuerte, fue la relación con todo el entorno de mi papá. Estaba su casa, su mamá, sus fotos, su hermano, sus lugares. Fue sentir, de repente, que él había sido una persona real.

Por primera vez, mi papá bajaba a un plano real y entonces también por eso se notaba más el agujero que había dejado. Mientras era algo más idealizado no había sentido ese agujero. Supongo que había sido una manera de protegerse, de no sentir el vacío. Pero en Argentina no había escapatoria. Y todos se ponían a llorar porque me parezco muchísimo a él. Fue muy impactante. Me iba a dormir casi todos los días llorando. Fue el primer duelo, de alguna manera, porque mi papá se había vuelto una persona humana.

Al final del mes, la despedida fue un dramón. Habíamos sentido algo que tenía que ver con las raíces, con pertenencias, con algo que te rodea y te envuelve y después dejar eso, separarnos de ellos, fue terrible. Sentíamos también la cantidad de años que habían pasado sin ellos y no sabíamos cuándo nos íbamos a volver a ver. Mi hermana directamente se enfermó cuando nos íbamos. Viajó con una fiebre galopante.

–¿Qué fue lo que más te impactó de todo el viaje?

El agujero. El agujero que había dejado mi papá. Las fotos que había colgadas en la casa de mi abuela, todos sus espacios, imaginarme que él había crecido en esa casa. Su corporalidad y su existencia me impactaron. Conocerlo a su hermano. Darme cuenta de que había tenido una existencia

y de que ya no estaba.

La vida siguió

Volvimos a Dinamarca. Empezábamos a salir y era la época de los novios y las fiestas, había mucha efervescencia propia de la adolescencia en la que nos sentíamos en casa en Dinamarca. Teníamos esa historia pero nuestra realidad era otra. Y volvimos a nuestra realidad con mucha normalidad. La vida en Dinamarca continuaba.

Mi mamá nunca había querido volver a Argentina. Ya cuando nos habíamos ido en el 80 había cerrado esa puerta. Lo que siempre había querido era volver a España. Mi hermana y yo vivíamos con "la amenaza" de volver a vivir a España. Digo "amenaza" porque nosotras no queríamos saber nada, pero sabíamos que era el sueño de nuestra mamá. Nosotras nos queríamos quedar en Dinamarca, era la vida que conocíamos. Y ahí estaban nuestros amigos.

Pero en el 88 mi mamá se puso de novia con Dani, un hombre argentino exiliado en Barcelona. A él le habían dado una beca en Londres y estuvieron dos años viajando entre Londres y Copenhague. Cuando a él se le terminó esa beca y volvía para Barcelona, mi mamá dijo "¡Ahora o nunca!". Su primera lucha habían sido los papeles, la ciudadanía danesa, ya la teníamos y ella no se veía haciéndose vieja en Dinamarca. Era el momento ideal para volver a España.

Hicimos sin saberlo unas vacaciones "prueba", para ver si sería posible una vida familiar juntos. Dani tiene un hijo, Juan Pablo, de la edad de mi hermana. Era la primera vez que íbamos a pasar un tiempo largo los cinco juntos. Todo fue muy bien. Entonces un día entré a la cocina y mi hermana estaba con mi mamá y con una cara de piedra. Me dice "Nos vamos a vivir a España", yo le contesto ligeramente "Ah, sí, sí". Habíamos aprendido a convivir con la amenaza sin tomarla mucho en cuenta, siempre era "en dos años vamos a España". Mi hermana dice "¡Ahora! Vamos a estar un mes en Dinamarca y venimos". En ese momento se me cayó todo mi mundo abajo. Me acuerdo que me quedé congelada y las lágrimas empezaron a brotar y brotar.

Irse otra vez

Y así fue. Volvimos de esas vacaciones y estuvimos un mes en Dinamarca de despedidas. Yo estaba con un novio. No quería saber nada de irme. Era una mula que hasta me tuvieron que empujar por las escaleras del aeropuerto porque no quería irme. Fue muy duro. Esa despedida a los catorce y la de Argentina a los trece años las tengo marcadas muy fuertes en la memoria.

Nos vinimos y fue un año de escribir cartas de quince páginas a los amigos, diciendo "Acá todo es una mierda". Fue muy difícil porque el

sistema educativo era muy diferente, en Dinamarca era todo mucho más pedagógico y había más asignaturas, muchas de las cuales no eran estrictamente académicas, como natación, deporte, cocina, costura, carpintería, etc. Fue un año muy duro de ponerme al día con todo. Casi no hablábamos español, entendíamos bastante pero nos costaba hablar. Además estaba el catalán. Para mí fue un año de estudiar y estudiar.

A mi mamá llegué a decirle "¿Cuánto tiempo vas a querer vernos sufrir para darte cuenta de que te equivocaste?" Estaba enojadísima. Después de un año, con mi hermana volvimos de vacaciones a Dinamarca. Durante todo ese año habíamos estado soñando con Dinamarca y sintiendo la impotencia de que la realidad de tus amigos continuaba sin vos, ¡¿cómo puede continuar sin vos?! En esas vacaciones a Dinamarca nos preguntamos mucho: "¿Siempre fue así?". Nos empezaban a chocar algunas cosas.

Volvimos a Barcelona, empecé la secundaria, me sentía mejor, y también más al día con las asignaturas. Empezó a gustarme la vida de acá e hice muy buenos amigos, en parte gracias a Juan Pablo, que había vivido casi toda su vida en Barcelona. Viajábamos a veces a Dinamarca pero ya estábamos bien en España. Y al final también se lo agradecí a mi mamá. Creo que Dinamarca es un muy buen país para la infancia pero también España es un muy buen país para la juventud, hay un poco más de color y de calor.

Veinte años

A los dieciséis años hice un viaje sola a Argentina. Estuve un mes y medio y fue otro contacto con el país. El primer viaje había sido ponerse al día con el pasado y este viaje que hice sola fue un encuentro más mío con Argentina y con su gente. Me encantó, me sentía muy en casa de alguna manera y me quedé con ganas de volver por un tiempo ilimitado. Entonces terminé la secundaria y decidí tomarme un año sabático. Fui a Dinamarca a trabajar, junté plata y después me fui a Argentina con un pasaje abierto.

Era el 96. Coincidía con los veinte años del golpe y con mis veinte años. Me instalé en Rosario. Viajé mucho con mi tío por Argentina, me contó mucho de mi papá. Fui a la marcha por los veinte años del golpe y conocí a algunos chicos de la asociación HIJOS. Con una amiga argentina que también había vivido en Dinamarca fuimos a una reunión de HIJOS, era el momento del inicio de la organización, había mucha gente, con una fuerza muy impactante.

Me sentía en casa ahí. Era raro porque nunca había estado viviendo en Argentina y mi realidad había sido otra, pero de repente, sentía que ese era mi lugar. Empezaba a sentir que todo eso era el sentido de mi existencia. Conocí a todos estos chicos y me hice muy amiga, me sentía muy unida a ellos. Esa fuerza de lo grupal, de sentir que estamos todos en lo mismo.

Reivindicábamos la lucha de nuestros padres pero también queríamos hacer cosas por la situación del momento del país. Hicimos mucho trabajo social en los barrios, abarcando diferentes ámbitos, una cátedra de derechos humanos en la universidad, un encuentro por los derechos humanos en Uruguay... Muchas reuniones y acciones que me motivaban profundamente.

Se me terminaba el año sabático y tenía que volver. Yo salía con un chico que estaba en HIJOS. Estaba toda la efervescencia del principio, éramos muchísimos. Era todo muy fuerte. Sentía que Argentina era mi lugar. Algo había en mí de Argentina y de lo que estaba viviendo.

Volví a Barcelona porque venía el verano y después empezaba el curso escolar y me iba a anotar en física. Pero volví y me sentía muy mal. Estaba en la casa de mi mamá y Dani y cada vez que se compraban algo nuevo para el departamento, por ejemplo, me daba mucha rabia. No podía entender su actitud después de haber comprendido de dónde venían y cuál había su lucha y su motivación. Me enojaba tremendamente que no siguieran luchando y encarnando los mismos valores, o que vivieran tan lejos de esa realidad que en ese momento me estaba haciendo vibrar a mí. En realidad estaba enojada porque estaba en un lugar en el que no quería estar. No le encontraba sentido a nada, a lo que hacían mis amigos... a nada. Me parecía todo superficial, sin importancia y acorde con el sistema.

Estuve dos meses muy mal en Barcelona hasta que decidí que volvía a Argentina. Trabajé para juntar dinero y me fui. Tampoco sabía realmente a qué me iba ni por cuánto tiempo ni qué iba a hacer. Solo sentía que tenía que ir. Me saqué un pasaje también abierto por un año y me fui a ver qué pasaba.

Me fui a vivir a la casa de una amiga en Rosario, empecé a trabajar en un bar, a estudiar filosofía y seguía militando. Así estuve dos años y medio. Después el grupo de amigos de HIJOS tuvo un momento de distensión, cada uno iba un poco más por su lado. Se fue agotando la vida comunitaria intensa que hasta ese momento llevábamos. Además, no me gustaba mucho la facultad, ni el plan de estudios ni mis profesores. Dejé la carrera y empecé a estudiar teatro. Ya no estaba más con el segundo novio que tuve de HIJOS. El grupo de amigos disuelto. Sentía que se me habían ido agotando las motivaciones en Rosario. Cada año venía a Barcelona de vacaciones. Al tercer año vine de vacaciones con una sensación de que había una Barcelona pendiente de descubrir y una Rosario agotada. Al llegar me entero de que mi hermana estaba embarazada. Le crecía la panza... me fui quedando, quedando, la panza crecía... y yo sentía que no tenía mucho a qué volver. No tenía ni el novio, ni la facultad, amigos tenía pero ya no era esa cosa de pertenencia tan fuerte. Había llegado en noviembre del 99 y en marzo o abril del 2000 me enteré que una chica conocida dejaba su casa, me encantó el departamento y me mudé ahí. Así

fue que decidí que ya vivía en Barcelona. Después de un año fui a Rosario a hacer la mudanza, a ver qué tenía en esas cajas que había dejado... Acá también estaba HIJOS, participé un poco pero no llegué a comprometerme demasiado ni a sentirme parte, después de la fuerte experiencia de Rosario.

Desde ese momento me quedé en Barcelona. Estudié en una escuela de interpretación mientras trabajaba en un restaurante. Hice algunos viajes a Argentina.

Toda tu historia está en tu cuerpo

–¿Cómo es tu vida hoy?

Llevo un tiempo viviendo en el campo, teniendo el privilegio de no tener una presión económica. Tengo un departamento en Barcelona que compramos con la plata de la indemnización. Ningún dinero repara nada pero nosotras lo aceptamos sin ninguna culpa. Es un dinero que se nos da, que no tienen nada que ver con la vida de mi papá. Es también lo que me ha posibilitado en este tiempo vivir sin la presión económica porque alquilamos el departamento a turistas. Me permitió también hacer mis estudios y hacer trabajos que me han permitido ir conociéndome más y conociendo la historia y haciendo más consciente todo esto de lo que estoy hablando.

Tengo algunos proyectos artísticos como actriz, actuando, escribiendo, armando grupos de gente que cree en el proyecto y se va sumando.

Estoy estudiando idiomas y haciendo la formación en un método de respiración y voz. También a través de ese trabajo con el cuerpo he entendido muchas cosas de la historia. Es un método de desbloqueo psicofísico, a través de la respiración y la voz. La voz ocupa el espacio interno del cuerpo y hay algunas zonas por las que no pasa, son los bloqueos. Los bloqueos se van formando durante toda tu vida por todo lo que te va pasando y están ubicados físicamente en algún sitio. Son cosas que han quedado ahí atrapadas en el cuerpo y a través de la voz se atraviesan esos lugares y se liberan. Vas entendiendo tus tensiones, durezas y corazas. El trabajo con el cuerpo no engaña. Toda tu historia está en tu cuerpo.

–¿Seguís militando?

Ahora creo más que el cambio tiene que generarse primero en nuestra conciencia. Vivimos en un mundo totalmente individualizado, basado en la persecución de poder a través de mecanismos de consumo. Nos guste o no, no hay una estructura social que nos contenga, no tenemos referencias en las que creamos plenamente, no nos sentimos representados en los modelos y sufrimos muchos vacíos existenciales. Lo único que nos queda es intentar arreglarnos lo más posible a nosotros mismos, indagar en nuestra esencia,

e intentar construir nuevos paradigmas desde lo pequeño y cercano, en base a algo real y experimentado, para poder así proponer otro tipo de relación con los demás y el entorno. Hoy estoy trabajando desde esta convicción.

–¿Cómo es tu relación con Dinamarca?

He ido en diferentes ocasiones, varias veces por trabajo. Me siento un poco danesa en algunas cosas. Me gusta ir de vez en cuando, aunque también hay muchas cosas que no me gustan. Tengo amigos allá. Volvería por algo concreto. Está cerca, se puede volver siempre.

Mejor persona de lo que hubiera sido

–¿Cómo es tu relación con Argentina?

Para mí fueron muy importantes los años que viví en Argentina. Sé que soy mucho mejor persona de lo que hubiera sido si no hubiera estado ese tiempo allá. Haber podido vivir en carne propia la motivación de mis padres y su generación, me ayudó a reconciliarme con mi historia y a comprenderla mejor. Con la gente de allá siento mucha conexión. Pero tampoco es un lugar donde ahora tenga ganas de vivir. Lo viví y lo conocí bien y sé que ahí me faltarían muchas cosas también.

–¿Sentís bronca hacia Argentina por lo que te pasó?

Creo que no. He ido limpiando bastante porque no es bueno vivir con bronca. No tengo duda en señalar a los culpables. En todo caso, la bronca no es hacia el país, porque un país no es una identidad concreta contra la que uno pueda enojarse. Con respecto a la dictadura, están los responsables que tienen cara, pero después está toda la situación sociopolítica que permite que algo así suceda, y todos los mecanismos de poder como la educación, los medios de comunicación, etc., a través de los cuales se instala profundamente un modelo. Todo eso puede generar bronca, claro, pero es más efectivo transformar esa bronca en entendimiento de cómo evoluciona la historia.

Efectivamente la historia del país me ha afectado directamente al desarrollo de mi vida y de mi personalidad. Todas las secuelas, por ejemplo, de la perversamente ideada figura del desaparecido, si no se elaboran, se transmiten de generación en generación, porque siguen ahí. Eso es algo que logró la dictadura. Lo que a mí me despierta todo esto, son ganas de conocerme cada vez en más profundidad, de mejorar mis estructuras y poder proponer algo en lo que sí creo, pero empezando por lo pequeño, en lo cotidiano, en lo que tengo a mano, y creo mucho en esa fuerza. Ahora puedo decir que no es bronca lo que tengo, son ganas de entender.

Sin embargo, hay muchas cosas que se han movilizado desde la bronca y creo que han sido justas y necesarias, como por ejemplo la lucha de las Madres y de las Abuelas. Porque también hay un proceso en el que es necesario eso. Más necesario incluso después de tanto silencio e injusticia. Poder expresar esa rabia y ese dolor y convertirlo en una lucha colectiva de reivindicación y justicia ha sido la manera de sobrevivir tanto dolor. Es necesario curar las heridas y buscar los culpables puede ayudar y, en ese sentido, todavía hay mucho trabajo por delante. Me saco el sombrero por toda esa gente que sigue luchando y que a lo mejor sí tiene bronca y la canaliza en algo útil.

Algo que se extiende en el tiempo

–¿Se supo algo de tu papá?

No. Una vez, en ese tiempo de militancia en HIJOS, alguien me dijo que parecía que había estado en un batallón determinado. Pero no se supo concretamente qué pasó. No supimos nada.

–¿Hay un juicio por el caso de tu papá?

No. Como no se sabe nada, no.

–¿Cómo sentís la diferencia entre tener a tu papá desaparecido o muerto?

Queda toda la fantasía de que puede estar vivo. Una vez íbamos en un autobús y de repente mi hermana hizo "¡Ah! ¡Me parece haberlo visto a papá!" Siempre está esa fantasía de que puede volver. Tiene que ver con el acto simbólico del duelo, los entierros son rituales que te permiten hacer el duelo y cerrar, poner al muerto en su lugar, dejar que se vaya. Si no, es algo que siempre queda abierto.

Tengo una amiga, por ejemplo, que también se crió en Dinamarca, el papá también desaparecido, y que hace unos años decidieron con la mamá hacer un ritual simbólico de despedida, un entierro para expresarle sentimientos guardados y poder decir "Se murió". Hay muchas secuelas, también a nivel inconsciente, que derivan de no poder procesar el duelo.

–¿Recordás en qué momento sentiste que tu papá estaba muerto?

Cuando fui a Argentina. Pero yo no digo "mi papá murió", yo digo "mi papá desapareció", y hay algo ahí que tiene que ver con eso, es algo que se prolonga más en el tiempo. Decir "murió" es "en estas circunstancias, en estas fechas", pero "desapareció" es inconcluso, la sensación es de algo que se extiende en el tiempo, como que está siendo todo el tiempo. Si se murió, ya pasó. De esta manera es siempre un desaparecido.

–¿Te gustaría encontrar el cuerpo?

Nunca me lo planteé. Nunca lo necesité o nunca creí necesitarlo. Pero

creo que hay algo que, a nivel de estructura familiar, necesitamos hacer, las tres, mi mamá, mi hermana y yo, las que quedamos... No sé si pasa por recuperar más la historia y todas esas cosas que nunca se hablaron o, a lo mejor sí nos encontremos en algún momento en que necesitaríamos encontrar su cuerpo, o al menos recuperarlo simbólicamente. Dentro de la familia no está del todo terminado. Nunca se termina, supongo.

–¿En qué te definió como persona no haber tenido a tu papá?

Sé que estaba muy conectada a mi papá, tenía mucha unión con él. Cuando falta alguien se redistribuyen los roles de la familia, más aún estando lejos de las raíces. Por mi carácter yo asumí el papel más masculino, me hice con toda una coraza externa de fuerza, siempre muy dura, no me podía permitir ser vulnerable. Esa coraza me protegía, porque realmente era chiquita y muy sensible y con mucho dolor. Asumí muy niña demasiada responsabilidad. Mi mamá y mi hermana tenían un papel más sensible. Con los años tuve que romper mi coraza para poder conectarme con mi interior. Cada uno tiene su historia, y la historia marca y te define. Creo que siempre que quieras ser libre para elegir más quién ser, hay que comprenderla. Cada uno con su propia historia. La mía tiene todas estas particularidades.

–¿Y en la historia de Argentina cuál fue la marca más fuerte que dejó la dictadura?

Toda una generación que desapareció, que no es poco. Y después todas esas heridas que quedaron sin poder cerrar. El miedo. A nivel de política económica, mucho, todas esas secuelas están por todos lados. Muchas cosas de las que están pasando ahora, son las consecuencias de la dictadura. El miedo creo que es lo que más secuelas ha dejado en la conciencia de las personas.

–¿Serías capaz de perdonar a los asesinos de tu papá?

No sé. Creo que no les tengo que perdonar. Primero, porque ellos no están arrepentidos ni piden perdón y después, porque no sirve de nada. Me parece que es una cosa más interna mía de no sentir bronca porque yo no quiero vivir con bronca. Cada cosa se pone en su lugar y ellos tienen el lugar de culpables y si el perdón los sacara de ese lugar, no lo quiero. Tampoco es sano vivir con una sensación de venganza porque no hay de qué vengarse, así fue la historia y cada uno tiene que reconciliarse con lo que pasó y con lo que no se puede cambiar.

Sí hay que seguir luchando por la justicia, porque ayuda a poner las cosas en su lugar. E intentar que las experiencias pasadas sirvan para aprender a construir mejores individuos y mejores sociedades.

Barcelona, 29 de noviembre 2009

[En 2012 Paulina se trasladó a Berlín, Alemania, donde vive desde entonces].

Martín

Con una ramita en una mano y la mano de su mamá en la otra, Martín avanza con pasos nuevos. Hace un año que camina, pero cuando está en la calle prefiere sentir que su mamá lo sostiene.

Con la ramita raspa las rejas que rodean la cárcel de Córdoba y avanza escuchando el golpeteo metálico que hace la madera seca contra el hierro. Un paso, una reja. Se alejan. Un paso y la ramita parece que se quiebra pero no se quiebra.

En esa mole detrás de las rejas Martín estuvo con su papá. Conoció a su papá. Jugó con él. Adentro, el papá de Martín le armó un avión. Jugaron con el avioncito intentando que al lanzarlo no se fuera de la celda por los pocos espacios que comunicaban hacia afuera. El avión no se fue. El papá le escribió una tarjeta para cuando aprendiera a leer. Lo sostuvo en sus brazos, unieron una piel con la otra, las dos tan parecidas. El papá lo hizo reír y rió. Le dijo "Martincitito", le dijo palabras que no eran palabras. El papá se sentó en el catre, lo subió a sus piernas y jugaron al caballo con una canción inventada. Y cuando Martín estaba sobre sus piernas y apoyó su cabeza sobre el vientre de su papá, el papá sintió el deseo de meterlo dentro de su cuerpo porque no quería perderlo.

Cuando se tuvieron que separar, ninguno de los dos lloró.

El papá guardó el olor de Martín en su celda.

Martín no pudo guardar a su papá en la memoria. Camina con su mamá. Cuando crezca solo recordará el traqueteo de la rama contra la reja. Vuelven a casa. Un paso y la rama parece que va a quebrarse. Finalmente cruje y se quiebra. Martín empieza a llorar.

> [Aquella rama se partió hace 33 años en la ciudad de Córdoba. Hoy, desde Barcelona, Martín Ernesto Mozé Acosta cuenta cómo siguió su vida desde entonces].

El rompecabezas

Toda esta historia que ahora te voy a contar cronológicamente no la supe así desde el principio. Fui investigando y, poco a poco, armando un rompecabezas.

Mi abuelo paterno es un judío yugoslavo que emigra desde Yugoslavia hacia Argentina buscando un nuevo lugar durante la segunda guerra mundial. Pasa por Italia y ahí conoce a una mujer, Ángela, que hoy es mi

abuela. Viajan juntos para Argentina.

Mi padre nace en 1948 en Argentina y es seminarista. Lo mandan al Seminario Menor en el Valle de Punilla en Córdoba y después se va al Seminario Menor de Jesús María. Ahí conoce a una gran camada de gente. Mi padre deja la Iglesia y se va a un barrio a militar con tres amigos más. En ese barrio conoce a mi madre.

Mi madre es la menor de cuatro hermanos. Mi abuelo materno es Acosta, inmigrante español. Mi abuela, de apellido Nieves, es descendiente de los Ochonga, una tribu de San Marcos Sierra, de Córdoba y esa parte de la familia tiene una bella historia de lucha, creo que de ahí viene un poco nuestra veta también. Mi mamá nace en 1950, se llama Olga Acosta.

Mis papás se conocen, empiezan a militar juntos y se enamoran. Mamá tenía 20 años y papá 22. Papá venía militando mucho junto a los curas tercermundistas y viaja mucho por el interior del país organizando las ligas agrarias con movimientos campesinos, en el noreste argentino, sobre todo en la parte de Chaco y Misiones, una zona bastante oprimida por los agroexportadores de la región. Conoce a mamá. Pero él era visto como el seminarista, que iba a ser cura, y esto fue una cuestión bastante compleja en su momento.

En esa época, 70 a 73, papá tiene una gran actividad pública y política, llegando a ser el presidente de la Juventud Peronista de la Regional 3. En los años 70 Argentina se dividía en cinco regionales. Regional 3 abarcaba Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja. Después estaba Buenos Aires Capital, Cuyo, Sur y las dos líneas norte.

Cuando papá está en la Juventud Peronista se adentra en la línea Montoneros, llegando a ser el representante de Montoneros en Córdoba.

Mi padre no veía nada, tenía unos anteojos súper grandes y por eso todos le decían “El Chicato Mozé”. Era una persona que tenía mucha habilidad con la palabra, para hablar en público, era simpático y comprador.

Mi madre, en ese momento, empieza a tomar un perfil más bajo, sigue militando dentro del movimiento pero con un perfil muy bajo y se adentra más en las villas miseria, en el trabajo más cuerpo a cuerpo. Mi papá empieza a dejar ese trabajo y empieza a trabajar en un lugar más emblemático, por el “Luche y vuelve” para traer a Perón de nuevo al país.

Mi mamá estudiaba derecho en la Universidad de Córdoba. Por su militancia la echaron de la universidad y nunca pudo retomar. Mi papá había dejado el seminario en el 70 y se mete en el AES, que es una parte de estudios en la Universidad de Córdoba, donde estudia filosofía y teología. Además, cuidaba niños.

Tenían una estructura familiar donde el abuelo suministraba lo que necesitaban. Papá recibe un pequeño dinero de su mamá, y sobrevivían. Pasaban hambre pero sobrevivían.

Cuando se conocen, mamá queda embarazada. Era enero de 1973. A partir del 72 mi padre ya había empezado a ser perseguido. Ya había medidas de seguridad para verse entre ellos. Mamá empieza a notar que a él la política lo absorbe de una forma muy muy grande y empieza ese conflicto entre ellos. Mi mamá nunca formó parte de Montoneros, ella pertenecía a lo que en ese momento se llamaba "estructura de superficie", los militantes que no formaban parte del movimiento pero que eran necesarios para todo lo demás.

Mamá y papá discutían mucho. Ella me cuenta que el día que se pusieron de novios fue por una discusión. Estaban discutiendo cómo hacer el cambio político. Un amigo de ellos les dice "Se van afuera y siguen discutiendo, arreglen esto afuera y vuelvan". La solución fue que volvieron con un beso y agarraditos de la mano. Ese fue el día en el que se pusieron de novios. Después siguieron discutiendo mucho porque mi papá decía que había que traer a Perón y que el peronismo era el camino. Y mi mamá decía que no, ella tenía una visión más trotskista, más guevarista.

En mayo del 73 son las elecciones presidenciales y gana Héctor Cámpora. En esos días Cámpora se reúne con Salvador Allende, presidente de Chile, y Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba. En esa reunión –hace muy poco se recuperaron imágenes– está mi padre conversando con ellos y le ofrecen a mi padre un cargo político. Pero él dice que tiene que volver al campo popular para seguir trabajando en lo social en Córdoba.

Yo nací el 4 de septiembre de 1973. Mis padres viven juntos tres meses y después mi papá se va a Buenos Aires. La casa es allanada y mi mamá decide que nos mudemos a la casa de mis abuelos maternos. Papá estaba viajando todo el tiempo, venía como de visita. En ese momento ya tomaban muchas medidas de seguridad porque la Triple A estaba actuando y a mi padre lo perseguían.

Hubo varios allanamientos. En julio del 74, por ejemplo, fue lo que se llamó la "Operación masacre de las sierras de Córdoba". Estaban buscando a mi papá que estaba armando las ligas agrarias y trabajando conjuntamente con el movimiento campesino. En una reunión de estas llegaron a los tiros y mataron a varias personas. En realidad, estaban buscando a mi papá. En esta época con mamá casi ni se ven. Empiezan los allanamientos también en la casa de mis abuelos maternos. Se llevan presa a mi tía, embarazada, no se sabe si porque ella también era militante o porque la confundieron con mi mamá.

El secuestro

A mi papá lo secuestraron el 25 de julio de 1975 en la vía pública. El se había transformado físicamente, había pasado a la "clandestinidad". Se cortaba el pelo de otra forma, se había dejado bigotes. Pero había hablado en todas las marchas en los barrios y en Córdoba era un ser muy conocido.

Pasar a la clandestinidad era algo imposible para él. Era conocido como "El Chicato Mozé". ¿Cómo se sacaba los lentes? Lo veían y decían "¡Ahí va El Chicato!".

El operativo fue rodear una radio donde él estaba dando un aviso: "Se vende coche azul con neumáticos tal, en dirección tal, patente tal...". En realidad, estaba pasando otro mensaje. Lo apresan ahí personas de civil, aparentemente de la Triple A, y había un cordón militar, todos uniformados, y así fue secuestrado papá. Hubo testigos de eso. El pide a un hombre que conocía, que estaba ahí, "¡Ayudame, soy El Chicato, ayudame!". Le pegaron fuertemente y se lo llevaron. No se sabe de papá por varios días.

El hombre que vio el secuestro se pone en contacto con Hugo Vaca Narvaja hijo, abogado, y presentan un hábeas corpus en el Pabellón de Justicia. Dos semanas después se pudo detectar que, aparentemente, mi papá estaba en algún sitio y entonces lo legalizan, automáticamente lo pasan a la División Informaciones (D2) de la Policía de Córdoba.

Hugo Vaca Narvaja –después de entregar el habeas corpus por el cual blanquean a mi papá–, baja las escalinatas del Poder Judicial en Córdoba y es apresado y puesto preso y a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. En ese momento todavía estábamos en democracia.

Mi papá y Hugo Vaca Narvaja, en calidad de abogado de mi papá, son legalizados y llevados a la Penitenciaría Nro. 2 en el barrio de San Martín. Ahí son torturados fuertemente. Lo torturaron fuertemente a mi padre. Lo torturaron muchísimo, y sé que si a algo le tenía miedo era a la tortura. Por testigos sé que a pesar de la tortura, no habló (esto lo digo adhiriendo a la posición política de que toda persona que fue ingresada a un campo de concentración es una víctima, más allá de hablar o no hablar bajo la tortura).

En la cárcel

En esos días mi tía Leticia va a visitar a la cárcel a un compañero de una fábrica, Beto Brum. Cuando están charlando ella le dice "No sabemos dónde está El Chicato" y este compañero le dice:

–¡Está acá El Chicato!

–¡¿Cómo que está acá?!

–Sí, lo tienen en la seguridad máxima de la penitenciaria.

–¿En qué parte queda?

–Queda por allá, qué se yo.

–¿Y podré ir?

–Bueno... –mi tía estaba con la panza de embarazada.

Entonces mi tía se va de la celda de Beto, por la cárcel, caminando muy segura y llegó hasta la celda de presos políticos donde estaba mi padre, en un pabellón largo con muchas celdas. En las celdas los presos se separaban

por sus facciones políticas porque entonces todavía podían elegir y se dividían entre el ERP, el PC, Montoneros... aunque tenían una vida comunitaria de compartir muchas cosas y llegaban a acuerdos en muchas otras, estaban divididos por facciones políticas.

Mi tía llega a la reja y lo ve a mi papá, y lo ve torturado y muy mal. Se abrazan a través de las rejas y al oído mi papá le dice "No sé si es una locura, pero si pueden, traélo a Martín." Hasta que un policía se da cuenta y la sacan a mi tía.

A partir de ahí ocurren muchos movimientos dentro y fuera de la cárcel, de familias que se empiezan a juntar porque saben que los presos políticos están ahí y empiezan a querer tener comunicación con ellos. Se accede a una visita para los familiares durante los domingos. Mi mamá me lleva a la cárcel. Así que puedo decir que realmente los años que jugué o que estuve con mi papá fueron cuando él estaba preso. Me quedaba ahí. De esto no me acuerdo, tenía tres años. Tengo solo un vago recuerdo y es ir con una ramita raspando una reja del perímetro que tenía la cárcel y raspando, traca, traca. Es el único recuerdo que tengo y creo que no me gustaba, era un lugar angustioso. Se ve que al llegar o irnos yo hacía eso con la ramita. Se ve que toda la angustia que había alrededor, de alguna forma, yo la absorbía. Ahí adentro papá me regala una avioncito de madera.

–¿Lo tenés al avioncito?

No, en un allanamiento lo perdí. Pero sí me quedó una tarjeta. Esa Navidad mi papá me hizo una tarjeta.

Así voy tres veces a la cárcel y así conozco a mi abuela y a mi tía paterna. Ellas lo van a visitar y ahí me conocen a mí, de bebé. Pero a partir de esa Navidad la situación se recrudece y se cancelan las visitas. El 76 ya empieza sin visitas y después viene el 24 de marzo y ya no hay nada. En la última visita, en esas charlas de rejas, mi papá le dice a mi mamá "No vengan más, no se arriesguen más, se va a poner más dura la mano".

El 17 de mayo de 1976, ya después del golpe, mi papá es trasladado desde la Penitenciaría Nro. 2 y llevado en un camión junto con cinco personas más. Todo esto con permiso judicial porque ellos estaban legalizados y eran presos.

Mamá, estando en el trabajo, lee en el diario que seis extremistas habían querido escapar en un intento de fuga y los habían matado. Mi papá había sido fusilado junto con sus compañeros a la salida de un supuesto traslado. Mamá se tuvo que aguantar las lágrimas, cerrar el diario y seguir trabajando. Con un dolor increíble porque habían matado al amor de su vida, al padre de su hijo, a su compañero. Fue un daño tan invaluable que, por ejemplo, hasta el día de hoy no volvió a formar pareja. Son las secuelas de ese dolor.

Preguntas y respuestas inconclusas

Mi papá era consciente de que corría peligro desde el 72, mucho antes de que yo llegara. Tiene una parte muy heroica pero también, a veces, muy dolorosa, porque él también podría haber elegido irse con su mujer y su hijo. Son estas preguntas que nunca nos responderemos y estos reproches que tenemos los hijos con nuestros padres. ¿Qué tan importante era la militancia? ¿Nosotros qué rol jugábamos en eso? Son preguntas y respuestas inconclusas. ¿No valía yo lo suficiente como para qué también valiera la pena? Son nuestras contradicciones.

De común acuerdo, mis papás charlaron de no ponerme el apellido paterno. El sabía que, al menos en ese momento, era un problema. Mamá estuvo de acuerdo y me pusieron Martín Acosta.

Morir 28 veces distintas

Cuando estaba en primer grado, tenía seis o siete años, todos los de la clase tuvimos que hacer una tarjeta para el día del padre. Había que hacer una tarjetita y dibujar la casa, el sol y todos felices. Me daba cuenta de que "estos chicos tienen papá". "¿A quién le hago la tarjeta?", pensé. A mí no me habían dicho nada.

Entonces vuelvo a casa y se lo pregunto a mi mamá: "¿A quién le hago la tarjeta yo?". Y mi mamá se largó a llorar muy fuerte. Noté que mi pregunta causaba dolor. Hasta me sentía culpable de haber preguntado. Mi mamá tomó fuerza y al cabo de unas horas me dijo: "A tu papá lo mataron unos hombres malos y papá está en el cielo, pero vos tenés que decir que papá murió en un accidente de auto". Me acuerdo que durante muchos años, cada día del padre me inventaba una muerte distinta. Si yo tengo 35 años, mi papá debe haber muerto 28 veces distintas. Llegó un momento en que contaba accidentes de coches con todo lujo de detalles: que no iba bien, que se metió contramano... o un día inventaba una historia contra un colectivero. Supongo que uno a esa edad juega a los autitos, yo me inventaba choques.

De mi papá recuerdo poco. Creo que tiene que ver con esta burbuja de amor que me hizo mi mamá, que también se hizo ella para no sufrir. Recibí mucho amor de mi familia materna y supongo que eso también me envolvió y me protegió. Pero también después me impidió otras cosas. Esto es justamente lo que se produce durante el terrorismo de Estado, provoca estos miedos, estos dolores. Cada uno va buscando las herramientas y las formas de lucha para poder seguir adelante. Hay trabas psicológicas y humanas que cada uno va buscando la forma de destrabarlas.

El día en que sentí que necesitaba saber quién soy

Mamá trabajaba mucho. Empieza a trabajar en el Consejo de Educación.

Mi abuelo materno muere entonces y las dos mujeres –mi mamá y mi abuela–, mantienen la familia. Vivíamos una vida aparentemente normal, con allanamientos hasta el 78 y con situaciones difíciles que mi familia con cariño me iba encubriendo. Por ejemplo, yo jugaba a la pelota y a veces cuando se iba a alguna casa, la iba a buscar y me decían "¡No te voy a devolver la pelota, negrito guerrillero!". Volvía a casa y decía "Me dijeron negrito guerrillero", y mi mamá o abuela me decían "No hagas caso, es como decirte boludo o pelotudo". Y me iban encubriendo muchas otras cosas. Si me hubieran contado qué era un guerrillero a lo mejor lo hubiera comprendido. Pero el dolor que se había provocado en mi familia era tan grande que no me pudieron contar ni esas cosas.

Recuerdo los allanamientos. Entraba un policía a casa, rompía la puerta de un patadón, era una mezcla de policías y otros de civil, daban vuelta todo, rompían fotos... Por eso tardé tantos años en recuperar fotos. Todavía no encuentro una donde estemos juntos mamá, papá y yo. O una foto de papá y yo. El sueño mío es encontrar una foto de los dos. A veces creo que si encuentro esa foto voy a recordar lo que viví en sus brazos. Sé que hay pero no la encuentro.

–¿Te llamaba la atención tener el apellido de tu mamá?

No recuerdo un tiempo de cuestionamientos, de quién soy o dónde está mi papá. Mi familia era muy politizada y se hablaba de política todo el día en casa, pero yo notaba que si me acercaba, se cambiaba de tema. Había un tabú y yo sabía que cada vez que indagaba le provocaba dolor a mi mamá.

Pero el dolor más grande viene cuando mi búsqueda se hace potente, a partir del año 94 sobre todo, y tomo las riendas de esa búsqueda y empiezo a sentir que tengo que saberlo. Recuerdo el día en que sentí que necesitaba saber quién era yo y quién había sido mi papá. Surgió a través de que voy a una muestra fotográfica y veo una foto de Dorticós, Allende, Cámpora y mi papá. Todo el mundo que me veía en la sala decía "¡Ay, qué parecido que sos!". Dos o tres personas vinieron, me abrazaron, se pusieron a llorar y se fueron sin decirme nada. Con veinte años fue súper fuerte. Había sido muy cuidado y muy mimado y lo que me debería haber pasado a los quince o diecisiete años, me pasó a los veintitrés. A partir de esa foto empiezo por primera vez a preguntarme cosas políticas. "¿Qué hacía papá en esa reunión?"

Recordemos que cuando empiezo esta búsqueda ya había sido decretado el indulto.[1] En la época de Alfonsín se había declarado la Obediencia Debida y Punto Final y Menem los había indultado. La única salida que habían encontrado las Abuelas de Plaza de Mayo era el juicio por la apropiación de niños.

Mi mamá empezó a contarme lo político y por primera vez noté que no

se angustió. Me contó las reuniones y los lemas. Yo escuchaba y nos pasábamos horas charlando de política.

Terminé el secundario. Empecé a estudiar la carrera de analista de sistemas, intenté tres años hasta que me di cuenta que no me gustaba y empecé a estudiar ciencias de la información y me di cuenta que era lo que amaba. A partir de ahí empecé a meterme en sociología, en filosofía, de oyente en otras carreras y empecé a sentir que había estado durmiendo durante mucho tiempo.

Le vi la espalda a mi papá

Estaba estudiando y me fui al Primer Foro Social Mundial de Porto Alegre y después de ahí, en el 99, me quedé viajando un año solo por Sudamérica de mochilero. Ahí conocí a mi compañera Laia y ahí cambió un poco mi vida. Me vine para Europa.

En esos años, estando en Argentina, un día llego a un festival de cortos de la Universidad de Córdoba. De repente, empieza un corto sobre los años 70. Aparece un hombre hablando en una pantalla de cine de tres metros y mis compañeros me dicen "¡Sos vos!". Y empecé a llorar. Ahí fue la primera vez, de grande, que sentí la voz de mi papá, dando un discurso en Córdoba. Hablaba de la justicia social y de la democracia, de llegar con Cámpora al gobierno y Perón al poder y que todos juntos vamos a hacer la patria socialista. Le vi la espalda a mi papá. Hasta ese día había sido una foto. Era una foto en la que no le podía ver la oreja, no le podía ver de acá ni atrás. Ese día le vi la nuca, vi cómo se movía y me reconocí en él. Mis amigos pensaban que era un montaje de la época y que había actuado yo. La voz. La voz era increíble. Ese día fue un día muy fuerte en mi vida. De ahí el cine tomó otro valor, hizo un click en mi vida. Siempre me había gustado y ya era un gran cinéfilo pero a partir de ese día... y cuando llegué a Barcelona, lo primero que hice fue estudiar cine. Me di cuenta que el arte audiovisual transforma y puede comunicar muchas cosas. Puedo decir que estudié cine porque la primera vez que escuché y vi moverse a mi papá fue en una sala oscura en el cine. No lo recuerdo en vivo y en directo pero ese día lo vi.

A partir de esa película empecé a buscar. Y hace catorce años que estoy buscando imágenes. Encontré un montón, hice entrevistas a amigos de mi padre y filmé el juicio de recuperación de mi identidad. Ahora estoy armando un documental.

Lo político metido debajo de un dolor

Esa búsqueda me llevó a HIJOS. En el 99 empecé a militar en la asociación. A través de mi amigo Emiliano empecé a militar en HIJOS Córdoba y empecé a comprender un montón de cosas. Ahí empecé a llevar más adelante la causa sobre la recuperación de mi identidad, es decir, el

juicio para recuperar mi apellido paterno y explicar por qué yo no tuve mi apellido. El nombre técnico es “Juicio de filiación post mortem”, es decir, lo político metido debajo de un dolor.

Mi papá, para desvincular a la familia, firmaba “Mosse” y se hizo unos documentos falsos para que no identificaran a su hermana, a mi abuela y a toda la familia. Durante mucho tiempo yo pensé que su apellido era “Mosse”, hasta que descubrí que era “Mozé” con su partida de nacimiento y otros documentos.

Finalmente el juicio se resolvió favorablemente y desde entonces me llamo Martín Ernesto Mozé.

–¿Mantenés el apellido de tu madre?

Con la abogada pedimos mantenerlo. Mi nombre sería Martín Ernesto Mozé Acosta. Pero el juzgado se equivocó y me pusieron Mozé solamente. Voy a tener que hacer un juicio para recuperar el apellido Acosta que ya tenía. Estas son las vueltas y los errores de la justicia que se siguen cometiendo.

La resiliencia

–¿En qué te marcó más la vida no haber tenido a tu papá?

Creo que la pregunta se responde sola. Creo que lo que más me marcó en mi vida es no tener papá.

–¿En qué creés que marcó más a la Argentina la dictadura militar?

Lo que pasó en Argentina no se puede extrapolar como una experiencia única. En realidad existió un Plan Cóndor en América Latina donde se intentó cambiar una forma de pensar, una forma de consumo y donde se estaba negociando, por el patio trasero y con vidas humanas, la gran derrota o el gran triunfo del capitalismo. El Plan Cóndor, que fui instituido desde la CIA por Kissinger (que también es Premio Nobel de la Paz) fue un plan sistemático ideado de muchas formas, en muchos países, que modificó la vida de muchas personas. Fue un plan sistemático que se dio a partir del 60, que tiene que ver con los más de 289 golpes de Estado que se han dado en América Latina, con desapariciones, con mentiras, con robos, con vender los recursos naturales, con privatizar.

El golpe de Estado en Argentina encubre todo esto. Fue un gran robo. Un gran robo de una generación, el gran robo de los recursos naturales, un gran robo y entrega de ideas de un país y de una idea de país. El gran robo y una gran mentira con los desaparecidos. Un gran robo que tuvo como último botín la identidad de muchos hijos a quienes les robaron su historia.

Ante esto, la resiliencia. La resiliencia es la forma que reacciona un

metal ante un golpe. En la psicología, la sociología, se utiliza la palabra para explicar reacciones de la gente. Por ejemplo, dos mujeres son violadas sistemáticamente durante muchos años. Una mujer, al cabo de 25 años, muere de sífilis deprimida y la otra mujer es la Madre Teresa de Calcuta. La resiliencia de los seres humanos ante los golpes que nos da la vida provoca diferentes reacciones. Eso es lo que hemos aprendido de las Abuelas de Plaza de Mayo, de las Madres, de los sobrevivientes, de los presos, de los exiliados. Hemos podido absorber esa forma y esa capacidad de lucha de ser resilientes ante grandes golpes y grandes robos.

–¿Cómo es tu relación hoy con Argentina?

Vine a España el 7 de agosto de 2002. Hay un cuento de Gabriel García Márquez que dice que cuando se viaja en avión uno se encuentra como perdido y entonces le pusieron a eso jet lag. Pero él dice que eso no es el jet lag y yo coincido con él. Dice que, en realidad, el cuerpo viaja muy rápido pero el alma tarda un tiempo en llegar a su lugar de destino. A veces llega toda, a veces una parte, y a veces otra parte se queda ahí. A mí me pasa eso. Hay una parte que siempre se queda en Argentina, mis ideas, mis cortometrajes, mi lucha política. Estoy aquí pero estoy pensando en allá. Hay algo que nunca se viene del todo. Estoy como partido, estoy viviendo ocho meses en España y cuatro en Argentina, a veces seis y seis. Trabajo en cine, tengo una cooperativa de artesanías, también doy talleres para niños. Eso es lo que intento hacer y cuando voy a Argentina llego y me pongo a hacer de todo también.

–¿Tuviste en algún momento bronca hacia tu papá?

Nunca sentí esa necesidad porque fui criado con mucho cariño y mucho afecto. El amor que me ha dado mi madre me ha ayudado a no sentir bronca hacia mi padre. Él tenía 26 años cuando lo secuestran y 27 cuando lo matan. Le faltaba un gran camino por recorrer para poder juzgarlo. Fue consecuente y coherente con lo que pensaba hasta el último segundo, hasta en los errores. Eso me habla de una dignidad y esa dignidad no es negociable ni se puede perdonar o no perdonar. Si tuviera que decirle algo ahora a mi padre, es “gracias”.

–¿Podrías perdonar a quienes lo mataron?

Creo que tal vez se abriría la posibilidad al perdón si hubiera un arrepentimiento. Desde el vamos no hay un arrepentimiento, entonces no se abre la puerta a que yo pueda pensar si los puedo perdonar. Por el momento, te digo que no los perdono y no olvido. Y la solución al no perdón y al no olvido, es juicio y castigo. Pero sé que algo mío puede cambiar y no tengo rencor.

Este año por fin, después de tanta espera, comienza el primer juicio en el que se sentará toda la cadena de mandos, se va a sentar desde Videla,

como comandante del golpe, hasta el ejecutor, el que le pegó el tiro en la nuca a mi padre, pasando por todos los que estuvieron en el medio. En la causa soy querellante y los abogados calculan que si el ritmo de la justicia sigue así estaríamos en juicio hasta el 2050. Pero no quiero estar con toda mi energía en los juicios, quiero hacer otras cosas, quiero tener hijos, pensar que el mundo puede ser mejor y trabajar para lograrlo.

Barcelona, 28 de noviembre de 2009

---

1. En octubre de 1989 y diciembre de 1990 el expresidente Carlos Menem sancionó los decretos que indultaron a más de 1.200 personas, civiles y militares que habían cometido delitos durante la dictadura, incluyendo a los miembros de las Juntas condenados en 1985.

Juan Diego

Sobre la orilla está Juan Diego jugando con el nuevo muñeco que le regalaron para su cumpleaños. Su hermana lo saluda desde adentro del mar pero Juan Diego no la escucha y hace en la arena un pozo para su muñeco.

La mamá los mira, sentada a la sombra bajo la sombrilla. Juan Diego saca al muñeco del pozo y le arma un castillo.

La mamá se acerca a Juan Diego y cariñosamente le pregunta "¿Cómo se llama tu hijito?", porque Juan Diego acaricia al muñeco con la dulzura con la que un padre debe acariciar a un hijo.

–¿Cómo se llama? –repite la mamá. Juan Diego dice que no con la cabeza.

–¿No tiene nombre? –insiste la mamá.

Otro no con la cabeza.

Juan Diego levanta al muñeco del castillo y dice "Papá".

La mamá hace fuerza con los dientes para contener el llanto. Juan Diego sigue jugando. La mamá descubre que su hijo no está jugando a tener un hijo. Juan Diego juega a tener un papá.

> [Transcurrieron 33 años desde entonces. Hoy Juan Diego Botto vive en Madrid y, sentado a la mesa de un bar, recuerda y comparte la historia de su padre y su familia].

Algo posible y cercano

Cuando mis papás se conocieron los dos eran actores. Se conocieron en la Escuela de Agustín Alezzo. Mi viejo se llamaba Diego Fernando Botto y mi vieja Cristina Rota. Llegado su momento, él fue militante en las FAR. Mi madre también estuvo implicada en la militancia pero nunca en la medida en la que lo estuvo mi padre. Si bien militó, ella se salió.

Vivían juntos, se habían casado en el 73. Mi hermana nació en el 74 y yo nací en el 75. Como toda su generación, estaban muy ideologizados y tenían la sensación de que la patria socialista era una evidencia que estaba al alcance de la mano. Sentían que la posibilidad de que la Argentina pudiera vivir un proceso revolucionario que diera los pasos hacia un sitio sin oprimidos ni explotados era algo posible y cercano. Lo digo por lo que nos ha transmitido mi madre, que siempre ha sido muy rigurosa y ha intentado transmitirnos lo que pensaban y lo que sintieron. No lo vivían

como una cosa política abstracta, sino como algo que estaba ahí y que con un pequeño esfuerzo más se alcanzaba.

Mi madre, en un momento dado, tuvo la sensación de que aquello no estaba ahí, que la coronación de fuerzas era muy en contra y que nunca se iba a alcanzar y que el coste iba a ser demasiado elevado o lo estaba siendo, y se retiró. Creo que para ella la vuelta de Perón, aquel día en Ezeiza, fue un día de inflexión. Mis padres estuvieron ahí. Mi madre estaba embarazada y estuvo ahí. Eso fue para ella un punto de inflexión. "Esto no va a ser posible" sintió. Ninguno de los dos era particularmente peronista, pero como todos "nadie era peronista y todos eran peronistas" (inexplicable para cualquiera que no sea argentino).

Antes de que se precipitara el horror, tenían su vida cotidiana y su amor, sus hijos, su amor al teatro, sus ganas de ser buenos actores. Combinar la militancia con la vida de padres y con la profesión, en concreto la actuación, es un sacrificio que me cuesta imaginar, un esfuerzo que me cuesta pensar. Pero que ellos lo tenían y mantenían.

El secuestro

El 21 de marzo de 1977 desaparece mi padre. No sabemos cómo. No sabemos cómo. Sabemos que aquel día nosotros estábamos en la casa de mi abuela en Villa Elisa.

Habíamos cambiado muchas veces de casa, habían allanado una. Hubo una temporada en que habíamos estado separados, mi hermana con mi padre un tiempo, mi madre conmigo, hasta que nos cambiaban. Ese día, el 21 de marzo de 1977, estábamos en Villa Elisa y se suponía que él tenía que venir. Si no venía a equis horas, mi madre tenía que hacer un llamado, y si pasado un tiempo no había venido tenía que abandonar la casa.

Por supuesto, no la abandonó hasta la madrugada. Pero a la madrugada la abandonó, nos fuimos, y ahí empezó la búsqueda. Y realmente no sabemos nada. Mi madre no sabe si él tenía un operativo ese día, piensa que sí, si cayó en el operativo, si cayó en la vuelta a casa, no se sabe.

Cuando mi madre empezó a buscar, distintas fuentes le dijeron que estaba en Campo de Mayo. No tuvo ninguna información certera, le informaba un amigo que tenía un amigo que era comisario... un amigo que dice que alguien lo vio... Incluso mi madre un día fue –en un acto completamente suicida– fue con María, mi hermana, con unas mantas a Campo de Mayo como para decir "Me han dicho que mi marido está aquí", haciéndose la que no sabía nada "y venía a traerle unas mantas". Y cuenta que el soldado que estaba en la puerta le dijo "Señora, aquí no hay nadie, váyase, váyase."

Mucho tiempo después, mucho después, cuando fui a Buenos Aires a rodar la película Roma, de Adolfo Aristarain, gente del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) me dijo que mi padre había sido visto en

la ESMA, lo cual fue un shock familiar porque todo lo que sabíamos hasta ese momento lo vinculaba a Campo de Mayo. Esto convertía todo lo que a mi madre le habían dicho y fue un poco traumático. Y es todo lo que sabemos, que fue visto, según los testigos que aporta EAAF, en la ESMA. Es todo lo que sabemos.

Mi madre presenta el hábeas corpus y hace el periplo propio de la búsqueda. Mi padre tenía muchos hermanos, una familia mayoritariamente conservadora, muy católica, que le cuesta creerse que esto fuera posible y le cuesta entender el proceso que deberían seguir o el apoyo que deberían hacer. Tengo enorme afecto a la familia de mi padre pero es justo decir que en ese momento no supieron entender el proceso histórico que se estaba viviendo o lo que le podía pasar a mi padre.

Pasado un tiempo, mi madre entiende que si no ha sido cantada por su marido, que evidentemente no lo había sido porque ahí estaba, podía ser cantada por cualquier otro. Porque ella había llegado a tener mucha responsabilidad dentro de la organización. Es tarde, en el 78, cuando decide irse. A través de favores y de amigos consigue un permiso temporal para sacarnos del país, con promesa de volver a determinado tiempo.

El avión infinito

Los recuerdos que tengo de mi infancia son muy fugaces. De mi padre, ninguno. Los pocos recuerdos que tengo son de esa casa, donde estábamos el día en que él despareció, una casa que tenía mi abuela en Villa Elisa. Pero esos recuerdos no sé si son míos o los he elaborado a través de fotos y de cuentos y de relatos. El único recuerdo que tengo nítido, que puedo saber que es mío, es el avión. El avión que nos trajo a España. Mi primer recuerdo.

Salimos en el 78 y vinimos a España directamente. Recuerdo que el avión me pareció infinito, era un aparato inmenso. Recuerdo correr por los pasillos con mi hermana María. Recuerdo mirar el mar y pensar que si se caía yo sabría nadar, y flotaría. Recuerdo que vomité. Por algún motivo es el primer recuerdo que tengo que sé que es un recuerdo mío.

–¿Sentías la ausencia de tu padre? ¿Te preguntabas por qué no viajaba con ustedes?

No recuerdo haberlo pensado. Mi padre ya hacía prácticamente un año que no estaba cuando nos exiliamos. Me cuenta mi madre que, sobre todo los primeros meses, cada vez que veía a alguien con el pelo rizado, joven, yo decía “¡Mirá a papá!”. Pero yo no lo recuerdo.

–¿Y tu hermana?

Mi hermana recuerda más. Recuerda más de comentarios de cuando íbamos al jardín, “Si te preguntan no cuentes nada”, que nos decían a los dos.

–¿Cuándo fue la primera vez que sentiste que tu padre no estaba?

No recuerdo no haberlo sentido. La ausencia fue una presencia muy constante en mi vida. Que no preguntara por él no significa que no fuera consciente. Desde que yo recuerdo, mi padre faltaba. El primer relato fue que estaba detenido, que había unos militares, que eran malos y lo habían detenido. Desde que tengo consciencia, nunca hubo una mentira de "Papá está de viaje", "Papá va a volver".

Mi idea era que mi padre era la persona más importante del mundo y si había un preso, el preso del mundo más importante era mi padre. Recuerdo un dibujo que hice cuando era muy pequeño... debía haber visto en televisión el Congreso de Diputados, posiblemente el español, y entonces dibujé una suerte de semicírculo con un sitio donde se hablaba y a la derecha una cárcel donde estaba mi padre. Era "El preso". No recuerdo nunca no haber sido consciente de que mi padre faltara y de que mi padre estaba detenido. ¿Cuándo pasé de "está detenido" a entender? No lo sé. Supongo que después, con el tiempo, entendí lo de "desaparecido". Y mucho, mucho, mucho tiempo después entendí, pero digo mucho tiempo después, que "desaparecido" era un eufemismo para una figura probable que era "secuestrado, torturado y asesinado". Me costó mucho que cayera esa ficha.

–¿Cómo empezaron la vida en España?

Primero vamos a Valencia, estamos casi un año y la cosa no funciona allí. Mi madre intenta montar un restorán. El exilio lo vive como una suerte de "esto se acabó", era actriz y decide montar un restorán, una cosa que no tenía nada que ver con ella... no sé si era como un castigo. La cosa no funcionó y vinimos a Madrid. Mi madre peleó mucho y por suerte le fue bien. Ella pensaba que desde aquí podía hacer algo por Argentina. No sé por qué lo pensó, pero lo pensaba, o necesitó pensarlo para poder venirse. Pensaba que algo se podría hacer desde Europa y que el viaje era temporal, que en cuanto se resolviera la situación volveríamos.

No sé en qué momento ella asumió que mi padre estaba muerto, no lo sé. Porque yo he tardado casi veinte años en asumirlo. No es fácil.

–¿Cuáles son las diferencias entre tener a tu padre muerto o desaparecido?

La diferencia es inmensa. Inmensa. Es una figura hipercruel la del desaparecido. Desde los más antiguos signos de civilización se registran los ritos funerarios. En los primeros grupos que se juntan para convivir existen esos ritos. Es, por algún motivo, una necesidad humana. Esa necesidad de despedirse, con un rito, de la gente que muere.

El castigo al que te somete la desaparición es que depende de uno asumir que el otro ya no está, asumir que ha muerto. Uno se resiste y pelea contra eso con todo lo que pueda. No lo vas a enterrar, lo vas a mantener

vivo. En tu imaginación, en algún lugar de tu subconsciente, lo vas a mantener vivo. No lo quieres pensar, lo postergas, hasta que llega un momento en que se te cae el alma a los pies y te das cuenta que tu padre está muerto, que está muerto desde hace mucho tiempo.

Todavía hoy, cuando digo que está muerto me resulta raro. Si dices "Está desaparecido" es un presente continuo, incluso la figura legal, es un delito que no deja de cometerse hasta que no aparezca el cuerpo o sean juzgados los responsables. Se llama un delito de comisión permanente, se está cometiendo constantemente.

–¿Te imaginabas que volvía?

Sí, muchas veces. Toda mi infancia. Fantaseaba con que íbamos de vacaciones a algún sitio y nos encontrábamos, que doblaba en una esquina y me lo encontraba. Veía un tipo con el pelo rizado y pensaba que podía ser él. Mucho tiempo pensé que a lo mejor mi padre había sufrido un problema como de memoria, una amnesia, entonces no nos reconocía o se había olvidado de que tenía hijos. Mucho tiempo pensé este tipo de cosas. Que se había salvado pero que estaba viviendo otra vida, que no se acordaba.

La vida en España

Fui al colegio aquí en Madrid. Mis hermanas también. Mi madre tuvo otra hija que nació aquí en Madrid. La hermana pequeña. Fuimos al colegio, nos decantamos por la interpretación uno a uno. Primero María, después yo, después la pequeña.

Mi madre es actriz, tiene una escuela de teatro, consiguió que le fuera muy bien con muchísimo trabajo. Estudiamos con mi madre los tres. Que mi padre haya sido actor también influyó, sin dudas, en la medida en la que influye a los hijos el trabajo de sus padres. O por filiación o por fobia... No vi sus trabajos hasta mucho tiempo después. Había hecho fundamentalmente teatro y tiene dos cositas muy chiquitas en cine. Fue impactante verlas porque algo que no me imaginaba era su voz. Sorprende. En mi imaginario juvenil mi padre era lo más próximo a Paul Newman, era el protohéroe. Era una mezcla entre el Che Guevara y Marlon Brando, el revolucionario actor. Que es un tema, porque competir con un padre así resulta muy complicado.

–¿Viajaron a Argentina en esos años?

Desde la primera vez que vinimos a España en el 78, tardamos mucho en volver. Porque hasta no tener la nacionalidad española no queríamos salir del país porque no sabíamos si íbamos a poder volver a entrar. Hasta los quince años no fui a Argentina. Conocía los nombres de mis primos, que tengo un montón, y les conocía por fotos, pero no había ido. Cuando

fui me encantó. Me encantó mi familia. Me encantó La Plata, la ciudad de mi madre. Me encantó Buenos Aires. Me encantó la gente que conocí.

–¿Te sentiste argentino?

Sentía que esa gente –todos– eran más parecidos a mí que la mayoría de la gente que conocía en España. Eso me ancló mucho y me impactó mucho.

–¿Ellos te veían diferente?

Por supuesto. Ellos me veían como un turista. Era absurdo tratar de explicar que pertenecía a ese lugar porque ellos me veían como un extranjero.

El viaje para entender

Cuando tenía 27 años hice otro viaje a Argentina. Mi padre tenía 28 cuando desapareció. Con 27 fue cuando fui a la Argentina y con 27 años fue cuando realmente entendí. Hay cosas que son costosas de asimilar.

Hay algo que sabía, que anticipaba que iba a ser importante y no sé si traumático pero sí sorprendente, y era ser más viejo de lo que nunca fue mi padre. Supongo que por eso volví con 27 años a Argentina y no más tarde. Por otro lado, con 27 años ya tenía una fortaleza emocional o psíquica como para asimilar poder buscar por mí mismo. Había surgido en mí la necesidad de vincularme con mi padre de forma directa. Hasta el momento todo lo que sabía de él era a través de mi madre y necesitaba buscarlo desde otro lado. En realidad en ese momento no lo sabía, pero lo que necesitaba era hacer una especie de despedida. En ese viaje fue cuando sentí caer la ficha de que él estaba muerto.

Mi madre nos habló mucho de él siempre. Nunca nos ocultó nada. Si alguna vez le preguntamos algo, siempre nos responde. Es evidente que es doloroso y siempre lo ha sido para ella, pero no recuerdo situaciones de tabú, de “Esto no se habla”, o “Aquí hay un secreto”. Hacia el exterior sí era diferente. Una cosa era hablarlo en familia, pero fuera no contábamos nada. Eso nos moldeó el carácter de alguna manera.

Luego, eso es una cosa que descubrí al entrar en contacto con la gente de la Asociación HIJOS en Argentina, hay una gran diferencia con los hijos de allí y los hijos de los exiliados. El contexto es fundamental. Yo aquí no sabía que había otros hijos en la misma situación. Yo y María éramos únicos, no podíamos hablarlo con nadie, no había nadie que viviera tu situación. Cuando entré en contacto con HIJOS de Capital vi que para todos ellos fue muy importante el vivir en un país que contextualizaba eso, que se hablaba cuando se empezó a hablar, que había mucha gente en esa situación, había muchos hijos de desaparecidos, se creó una organización donde había muchachos que podían compartir las mismas experiencias, y

eso es muy importante. Nosotros, y en general en el exilio, no tuvimos esa posibilidad de compartir.

Mi contacto con la Asociación HIJOS en España fue fundamental para entrar en contacto con la Asociación HIJOS en Argentina. Fue un momento muy importante en mi vida. Fue en el 98 cuando arranca el juicio a Pinochet. Recuerdo un día que compraba el periódico El País y fue cuando la Cámara de los Lores decidía en primera instancia dejar ir a Pinochet y recuerdo, de repente, no parar de llorar y no parar de llorar... no podía frenar. Entonces, me acuerdo que había una concentración. En ese momento la Audiencia Nacional Española tenía que pronunciarse sobre si España era competente para juzgar a Pinochet. Hubo una concentración donde se trataba de presionar a la Audiencia. Fui. Había unos muchachos con unos carteles que decían "HIJOS". Y me acerqué. Les pregunté, les comenté que era hijo de desparecido y así entré en contacto con ellos. Era un grupo muy minoritario, muy heterogéneo pero que fue muy importante para mí porque fue mi primera conexión con gente en una situación similar. Era el 98, bien corrido el tiempo. Me relacionaron con HIJOS de Argentina, me dijeron que existía. Unos años más tarde, en 2002, hice ese viaje tan importante para mí.

Es difícil entender que cada ficha necesita un tiempo de asimilación. Uno piensa "Una vez que te enteras de algo, ¿por qué no vas de corrido?" Y no sé por qué, pero es que no se puede. No sabría explicarlo. Simplemente que no se puede. Te enteras de una cosa, es importante, pasa un tiempo y después el cuerpo te pide dar el siguiente paso.

Estuvimos mucho tiempo en movilizaciones por el caso de Pinochet, prácticamente un año. Quedaron contactos armados y, por supuesto, quedaron amistades.

Actualmente no tengo una participación activa en HIJOS, pero si hay una demanda importante o necesaria para hacer, voy a estar ahí. Cuando pusieron a Zaffaroni en la Corte, cuando se debatió derogar las leyes de la impunidad, todo lo que podía escribir aquí o las concentraciones que desde aquí podía mover, o toda la presión que podía hacer desde aquí, o allí cuando estuve, sin duda lo hice y lo volvería a hacer si surgiera algo importante, algo que fuera necesario. Igualmente cuando fue el juicio de Scilingo, que fue un proceso muy importante, también estuve presente. Soy una persona muy activa políticamente, siempre lo he sido y siempre voy a estar ahí si es necesario exigir justicia, verdad y reparación.

Actuar la verdad

–¿En algún momento tuviste, como actor, que representar algún papel cercano a tu historia?

Sí, y no es conveniente. La actuación es un trabajo muy sensible porque

la materia prima que manejas son los sentimientos, que es una cosa muy frágil. Esas son tus herramientas y hay emociones que no están en disposición de ser manipuladas. Había una película que hice, se llamaba Silencio roto, que era sobre la guerra civil española. Terminaba la guerra y era sobre la resistencia. Entonces un tipo, un herrero, toma la decisión de irse al monte, agarra un fusil y trata de luchar contra el franquismo. Y tiene que tomar decisiones difíciles... su mujer en un momento dado le dice "Estoy embarazada, vámonos", "Vamos a Francia". Yo sabía, porque me lo había contado mi madre, que mis padres tuvieron esa posibilidad. En un momento dado les ofrecieron ser tesoreros e irse a París, cosa que ambos rechazaron. Siempre ha sido un tema que me he planteado. Hubo un momento en el que mi padre tuvo que pensar "Tengo dos hijos, ¿realmente merece la pena esto?, si yo no estoy van a ser criados sin padre". Es algo que mi padre pensó y que mis padres discutieron. No es una cuestión fácil de resolver.

Con cualquiera discutiría cualquiera de las dos opciones. Con los que dicen "Lo primero es lo humano y la familia", discutiría que no hay nada más humano que tratar de dejarle a tus hijos un mundo mejor, que no hay nada más digno y más decente. Con los que dicen "La militancia es lo primero" también, discutiría que el amor es revolucionario y que proteger a tu familia es revolucionario. No es una discusión fácil de resolver. No guardo más que respeto y admiración por la decisión que tomó mi padre.

–¿En algún momento le tuviste bronca por esa decisión?

Es simplemente algo que tienes que elaborar, que tienes que trabajar y que tienes que comprender. Siento respeto, admiración y gratitud por el camino que tomó. No quiere decir que no sea una cosa dialéctica y contradictoria. En un momento te dan ganas de decir... sobre todo en las pequeñas cosas, las tonterías, porque al final lo que cuenta en la vida son las tonterías. La primera vez que te afeitas, por ejemplo, alguien que te enseña a afeitarte, alguien que te enseña a jugar al fútbol... y ahí es cuando dices "¡Joder, cómo me hubiera gustado tener a mi padre!".

–¿Cuál fue el daño más grave por no haberlo tenido?

Son muchas cosas. Es un cúmulo de pequeñas cosas. Es algo que no se va. Es una ausencia que está ahí, como si estuviera aquí, y que vives con la noción de una ausencia. Siempre.

–¿Te afectó su ausencia al momento de decidir tener un hijo?

Viví dos procesos. Siempre desde adolescente había pensado que quería tener un hijo. Pero una vez, una pareja que tuve me propuso que tuviéramos un hijo. Entonces me di cuenta de que lo que yo quería, cuando fantaseaba con tener un hijo, no era tener un hijo, sino tener un padre. Que cuando fantaseaba jugando con un nene, lo que anhelaba era

esa figura de alguien jugando con un nene. Entonces a esa pareja tuve que decirle que no. Porque a pesar de lo que yo pensaba, incluso lamentando el engaño por haber comentado siempre el deseo de tener un hijo, de repente me di cuenta de que esa fantasía que tenía de tener un hijo no era tal, era otra.

El tiempo pasó, hice este famoso viaje a la Argentina a mis 27 años, pude caer en la cuenta de que mi padre estaba muerto, lloré mucho, tuve la sensación de que me podía despedir de alguna manera y algo cambió. Porque los símbolos son importantes, los duelos hay que vivirlos, y en el caso del desaparecido, el poner una flor en una tumba es una cosa hiperpostergada. Como que nunca llega ese momento, es una decisión que tienes que tomar, ¿y quién quiere tomar la decisión de enterrar a su padre? Lo que quieres es mantenerlo vivo el mayor tiempo posible. Pero un día cae la ficha, te das cuenta que está muerto, lo entierras, te despides. Y a partir de ahí, cuando encontré una mujer de la que me enamoré y sentí las ganas terroríficas de tener un hijo fue simple, fácil, sencillo, nada complejo, no necesité apoyo del analista... me enamoré, quise tener un hijo y fue lo más normal del mundo. Mi hija se llama Salma, tiene dos años.

Cicatrices

–¿De qué forma creés que la dictadura definió a la Argentina?

La definió en muchas maneras. No sabría por dónde empezar. En lo político, el plan económico que implementó la dictadura fue el principio de una debacle. Se hizo pública la deuda privada y se implementaron unos planes de ajuste durísimos. Todavía hoy se viven los efectos de esa política económica. Pero sobre todo, se viven los efectos de esa cultura del miedo que se sembró en toda la gente, en toda la ciudadanía, tener miedo al vecino, decir “Algo habrá hecho”, “No digas nada”, “Mejor no participes”, “Mejor no te comprometas”, “Mejor estemos callados”.

Otro elemento muy importante es que de la generación que le correspondía haber liderado el país llegado el momento, los cerebros, las cabezas, la gente formada, muchos de ellos, estaban muertos o exiliados. Eso es una gigantesca pérdida para el país de la que tardará mucho tiempo en recuperarse.

Un período tan traumático define un país por mucho tiempo. España, más allá de la dictadura, está todavía hoy –todavía hoy– definida por su guerra civil. Condicionada absolutamente por su guerra civil y estamos hablando de 1936. Del 36 al 39. Luego vinieron 40 años de dictadura. Supongo que Argentina estará marcada durante mucho tiempo todavía por encadenar una serie de procesos militares con uno último que fue particularmente sangriento.

–¿Cómo es hoy tu relación con Argentina?

Tengo una relación de mucho afecto, aunque creo que nunca podría vivir allí. Podría pasar largas temporadas, eso sí. Por ahora tengo una deuda pendiente que es ir con mi hija que todavía no ha ido y además sacarle el pasaporte argentino. Me gustaría que tuviera relación con Argentina. Yo la tengo.

–¿Sentís que el país es responsable por la muerte de tu padre?

No. El país es una abstracción. No sé qué es "Argentina" como concepto. Responsables son una serie de individuos apoyados por la estructura militar y política de Estados Unidos, y las abstracciones no sirven para mucho.

–¿Hay alguna demanda por el caso de tu padre?

Mi padre está dentro de un proceso que es muy amplio que es el proceso de la ESMA, junto con otros muchos casos. Cuando fue el proceso de Scilingo aquí en España, yo era parte de la causa. Ahora estamos esperando y esperando y esperando.

–¿Serías capaz de perdonar?

Es curioso porque no es algo que lo sienta como una necesidad. Hay un tema con el perdón, que es previo al perdón, que es muy importante, y es que te pidan disculpas. Es imposible perdonar a quien no te pide disculpas. Porque en la petición de disculpas hay una asunción de responsabilidad. Cuando te digo "Perdón" estoy asumiendo que hay algo que he hecho mal, y eso es muy importante porque me estás dando lugar para que te diga "Sí, es cierto, lo has hecho mal pero... no importa."

Honestamente, no sé si el perdón es relevante. La falta de rencor sí es importante porque no sirve para nada, te amarga a ti y amarga a los demás. El perdón... no lo sé. Yo no tengo rencor. Si me pidieran perdón supongo que diría "Sí, te perdono". Pero eso no puede suavizar, ni en un ápice, la demanda de justicia. La justicia se inventó porque es una necesidad social. Para superar un duelo colectivamente hace falta pagar. No es solamente por una cuestión de orden, es por una cuestión de necesidad emocional. Uno necesita que el tipo que viola a su hija esté en la cárcel, lo necesita para elaborar y superar. La pérdida de mi padre es irretribuible, pero la búsqueda de justicia es importante.

–¿Siguen las fantasías de que tu padre aparece?

Hoy ya no. Atravesé un proceso. Algo que me ayudó mucho fue montar Hamlet. Hacer esa obra de teatro tuvo mucho que ver con despedirme. Es una obra que me obsesionaba desde la primera vez que tuve consciencia de Hamlet, y contar esta historia de un tipo que ve al fantasma de su padre y trata de darle justa venganza tuvo un gran impacto en mí. Le dediqué a mi

padre el acto heroico de producirla, adaptarla, versionarla, dirigirla y actuarla... y después de ese tamaño gesto dije “Ya está”. Ya no lo veo en presente. No quiere decir esto que no esté muy presente en mi vida. Está. Por ejemplo, en mi cartera llevo una foto de él y de mi madre cuando se casaron. Además, se parece un montón a mí, todo el mundo me lo ha dicho toda la vida. Pero llevarlo encima es ahora de otra manera.

–¿Soñás con él?

Muy pocas veces he soñado con él, y por supuesto, en los sueños aparece vivo.

Madrid, 22 de mayo de 2011